
LA ENCRUCIJADA
DEL MILLONARIO
DINASTÍA MONTGOMERY 2
MAYA R. STONE

La encrucijada del millonario

Dinastía Montgomery 2

MAYA R. STONE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Desenlace
NOVEDADES

Capítulo 1

—¡Joder, cuidado!

El grito se suspendió en el aire mientras Rhett pugnaba por recuperar el equilibrio tras el resbalón que le llevó a perder pie en la roca del Monte Yonah.

El imprevisto le llevó el corazón a la garganta, pero su entrenamiento se activó, automático, y la cuerda le sostuvo. Volvió a tocar la pared de roca, con alivio, y resopló.

Nada serio, su cuerpo estaba entero, apenas eran algunos raspones.

—¡Estoy bien!—gritó hacia los dos que le observaban en distintas contorsiones desde cinco metros más arriba—. Sigamos.

—Tío, ¡concéntrate! No es la gran altura, pero te puedes matar igual—le gritó Kay, su guía y entrenadora.

Rhett levantó la mano raspada en un gesto teatral.

—Una mera inspección técnica de la superficie. Le doy un diez.

Teo rio y sacudió su cabeza con la paciencia de quien ya lo conocía demasiado bien.

—Claro. Solo asegúrate de que estas inspecciones tuyas no acaben como la vez que casi debimos pedir el helicóptero de rescate.

Rhett sonrió sin mirar abajo, y ascendió con agilidad. Esto era lo suyo: caminar al borde del susto y de la adrenalina. Aquí no había idiotas en Armani ni sonrisas falsas en salas de juntas; aquí no se fingía, no había pretensiones.

Solo roca tibia bajo los dedos, músculos tensos, aire limpio en los pulmones.

—¡Vamos, tortugas! La cima nos espera.

El ascenso se retomó en silencio, interrumpido aquí o allá por algunas interjecciones, suspiros, o graznidos cuando el esfuerzo era mayor. Nada importaba, salvo el desafío personal de subir y llegar.

Rhett era libre y feliz por completo en estas excursiones.

El aire se impregnaba de resinas y frescos aromas de la naturaleza, y en el valle, las sombras de los árboles se estiraban como telas largas. El dibujo de un río y sus meandros se veía más lejos.

Sonidos de pájaros, algún que otro animal a lo lejos, y sus corazones latiendo por el esfuerzo.

Kay fue la primera en llegar a la repisa de la colina, y con un impulso de piernas y brazos la siguieron los dos amigos.

—Bien—dijo Kay, arqueando una ceja, seria—. Queda la parte más intensa. Nada de falsos heroísmos, gilipollas.

—Me encanta tu dulzura, Kay—ironizó Rhett, pero sus palabras no disimulaban el respeto que sentía por esta mujer que no toleraba sandeces y no dejaba un detalle al azar cuando se trataba de escalar.

Como debía ser. Un mal pie y a la mierda, serían historia.

Pero, ¿no era ese el sentido de esto? Sentir la adrenalina del peligro, del logro al confrontar el temor y de llevar el cuerpo al extremo. No había ejercicio como este, ni actividad que…

Bueno, tal vez follar se le acercaba.

—Allá vamos—dijo Teo.

El último tramo les llevó un buen rato, porque era escarpado y resbaloso. Aunque la visión desde la cúspide lo valía, era maravillosa.

El mundo se abría como un mapa desplegado: un mar verde, una línea azul en el horizonte, carreteras finísimas como venas. Teo llegó tras él, jadeando, y se dejó caer a su lado.

—Esto de pagar por sufrir… Hostia, ¿por qué cojones no hacemos como el resto de nuestros amigos y vamos al gimnasio?—dijo, limpiándose el sudor.

—Deja la gilipollez. Eres tan borde como yo—replicó Rhett, quitándose el casco con un chasquido—. ¿No es esa la razón principal de que seamos un equipo imbatible?

Kay rio bajito, más lejos, acomodando las cuerdas y anclajes.

—Chiflados por la adrenalina, eso son. Supongo que tener tanto dinero y acceder a todo se vuelve aburrido.

—No lo sabes bien, Kay—dijo Rhett, acuclillándose para observar lejos y disfrutar de estos instantes de gloriosa sensación de logro y libertad.

—Hala, hagamos las fotos oficiales—indicó Teo, revisando su mochila para tomar el móvil y hacer el registro de sus sonrientes rostros.

Luego de eso hubo minutos de estiramiento, de charla sobre los aspectos técnicos de la subida, algunos chistes y adivinanzas terribles de Teo, y un descanso obligado para recuperar las fuerzas necesarias para el descenso.

Acostado mirando el cielo, Rhett dejó que el aire fresco y limpio le acariciara y se aseguró de limpiar su mente de todo lo que no fuese este instante de paz.

La vuelta a Savannah le llevaría al caos diario de los negocios y la rutina, y tenía tiempo para pensar en ella en el viaje de retorno.

—Esa apuesta tuya con la que quisiste enredar a tu hermano salió distinto a lo esperado, ¿eh?

Rhett resopló y se sentó, asintiendo.

—No creí que Beau terminaría con la soga al cuello, eso es seguro. O mejor, envuelto de pies y manos frente a esa mujercita. Mi hermano no hace las cosas a medias.

Teo rio y asintió enfático.

—Siempre fue así, intenso y enfocado. Perder no está en su escenario.

—Mm—asintió, pensativo, y la seriedad se le coló en la voz—. Esa mujer… Lila—se corrigió. Su nueva cuñada era agradable, mucho, y más le valía hablar de ella como correspondía o se arriesgaba a la ira de Beau. Y con razón—. Lila lo atrapó de verdad. Beau está enamorado y se le ve feliz. Incluso fascinado, y con hijo postizo.

—Todo un logro. El soltero más codiciado de Savannah atrapado por una florista. ¡Jodido premio mayor para ella y su niño! Y tú heredaste el cetro.

Un destello de sonrisa cruzó el rostro de Rhett.

—No lo digas así. Lila ha logrado romper las defensas familiares con su honestidad e integridad.

—Oh, no creo que tu tía Lucille o su hermano Cornelius piensen igual.

Rhett negó. Claro que no, por supuesto que lo más rancio de la familia Beaumont, dos de los hermanos de su madre, no habían tomado las cosas con alegría, pero… A Beau o a ellos, incluso a sus padres, eso importaba poco.

Los tíos se habían quedado en el tiempo y lo que les restaba era patalear y hacer declaraciones altisonantes. Rhett les frecuentaba poco y nada, aunque no tenía más remedio que tolerarlos en las cenas familiares.

—Lo cierto es que Henry, el crío, es gracioso y le encantan los videojuegos. Ha logrado derrotarme varias veces.

Teo se echó a reír.

—No jodas. ¿Me dices en serio que te has dejado atrapar por la nueva rutina familiar? El más cínico de los Montgomery quedándose a jugar con un pequeñajo en lugar de ir de clubes o a follar?

Rhett chasqueó la lengua.

—Eso es lo hermoso de mi vida. Tengo tiempo para todo. Y mi polla está muy conforme con la atención que recibe, muchas gracias.

—Interesante cháchara, catetos, pero les quiero concentrados —dijo Kay, pasando a su lado veloz, rebotando con agilidad sobre la roca.

Teo siguió su ritmo y Rhett no se quedó atrás, con lo cual la bajada se hizo más rápida.

Una vez en la zona donde habían dejado los vehículos, se abocaron a guardar el material, y solo entonces Rhett miró el móvil, que había quedado en la guantera.

Había varios mensajes sin mayor urgencia, salvo el de su hermano Harrison:

HARRY: *¿Cuándo vuelves? Tengo un asunto entre manos que huele mal. Tiene que ver con la fundación.*

Rhett suspiró. Apenas tocaba piso y ya tenía demandas. *No seas idiota. ¿Cuántos quisieran tener tus problemas?*

Sonrió en automático al recordar lo que su tía Augusta, la mejor de las Beaumont, solía decir:

<<La enorme mayoría de personas vería nuestros problemas como bendiciones, queridos. No lo olviden.>>

Además, si Harrison le enviaba mensaje era porque el tema era jodido y ameritaba una decisión colectiva. No era de los que exageraban; era expeditivo y profesional, controlador incluso.

Vería de contactarlo cuando estuviese en Savannah. Teo notó su distracción.

—¿Problemas?

—Harrison. Quiere hablar de algo que le inquieta. Asuntos de la fundación—resopló Rhett.

—Vaya. Creí que tendrías más tiempo libre, pero la responsabilidad llama a tu puerta. Es una pena, te iba a invitar a un sitio.

—Oh, por favor, ¡cómo si no pudiera con varios asuntos a la vez! ¿Qué lugar es ese? Estoy cansado de lo mismo. Nada de salones con apellidos solemnes, espero.

—Justo, este sitio es particular, en Riverfront—propuso Teo, con brillo cómplice—. Diversión garantizada sin distracciones. Acceso sin móviles, no hay cámaras… Tragos, buena música…

—Perfecto.

Kay terminó de guardar cuerdas y mochilas en su vehículo y se acercó a ambos, chocándoles los puños para despedirse.

Rhett le dedicó una media sonrisa.

—¿Qué desafío nos tienes para el mes que viene?

Kay era profesional y muy requerida, y sus clientes estaban por todo el sur del país, pero siempre tenía lugar en la agenda para ellos.

El pago era generoso, claro, pero a Rhett le gustaba pensar que la quisquillosa alpinista tenía una inclinación por él y Teo.

—Hay una competencia en Red Rock, Nevada. Profesionales, en su mayoría, pero puede ser interesante. Están preparados, de eso estoy convencida.

—Mm, ¿lo crees? No sé si me interesa competir—dijo Teo, dubitativo.

—Suena muy bien—dijo Rhett, asintiendo enfático—. Es diversión, así lleguemos últimos, Teo.

—Pff. Como si te creo que no vas a ponerte intenso. Con lo competitivo que eres.

Se encogió de hombros, sonriendo de lado. Tenía razón, probablemente.

—Estaremos en contacto. Confírmenme antes de la siguiente semana.

—Bien, bien—rezongó Teo—. Anótanos.

—¡Ese es el espíritu, amigo!

—Les enviaré los detalles. Cuídense.

Sin más, se dirigió al vehículo, y ellos se treparon al Jeep. Rhett sentía aún la adrenalina recorriéndole los músculos, la piel vibrando con esa euforia que solo dejaba la roca.

El cuerpo pedía prolongar la sensación, y lo harían. La invitación de Teo era para disfrutar de una noche sin rendir cuentas a nadie, sin flashes de paparazzi, sin que lo persiguiera el peso de ser un Montgomery.

Esperaba que el club que Teo le había mencionado fuera justo lo que necesitaba: un refugio de música y anonimato.

Al día siguiente la rutina volvería a cerrarse sobre él, y tenía la necesidad de exprimir cada hora libre como si fuera la última.

Capítulo 2

La luz de la cafetera parpadeó, caprichosa esa máquina como era, y Michelle le dio un golpecito con los nudillos.

—¡No te me falles, cariño! Necesito este café.

—¿Ahora les hablas a las máquinas?—bromeó Mae, entrando con una bandeja de pan recién tostado y esa sonrisa dulce que no la abandonaba nunca, bendita sea.

Michelle se encogió de hombros y suspiró de alivio cuando el aparato comenzó a funcionar.

—Más que hablar, ruego. Sin café no lograría recuperarme del ataque de esa panda de voraces predadores. Joder, ¡parecen fieras hambrientas!

Mae rio alto mientras acomodaba los trastos y ordenaba la mesada. El desayuno era la hora complicada. Bah, las comidas en general eran caóticas, ruidosas.

Pero no era como si alguna de ellas lamentase tener que atender a los monstruillos de la sala.

Michelle sirvió el brebaje y lo bebió con deleite mientras escuchaba las once voces mezclarse, además del sonido de zapatillas arrastradas, risas agudas, una puerta que se cerraba de golpe y volvía a abrirse un segundo después.

Casa Magnolia, la vieja Magnolia House que había sido una plantación en su tiempo, hogar de encumbradas élites sureñas*, hoy* respiraba como un cuerpo vivo.

Crujían sus suelos, se quejaban sus cañerías, pero sobre todo, vivían los niños del hogar que regenteaban Mae y Thelma. Lugar donde la misma Michelle había crecido luego de quedar huérfana.

La historia de la casa estaba en las paredes. Una foto sepia mostraba a la viuda Mason, la mujer que había donado *Magnolia House* tras perder a su familia: seria pero con un brillo de esperanza en los ojos.

Al lado, otra foto: Thelma y Mae recibiendo la llave muchos años después. Thelma, erguida como un roble, con esa sonrisa

escasa pero orgullosa; Mae, en cambio, con los brazos abiertos, desbordando ternura.

Más abajo colgaban recortes de periódico con titulares pequeños, pero grandes para quienes vivían allí: Nuevos logros en Casa Magnolia. En ellos se veía a los chicos sonriendo, a veces tímidos, a veces desafiantes, sosteniendo diplomas de primaria o certificados de campeonatos escolares.

La pared era un mosaico de cicatrices y sueños cumplidos: vetas de otro siglo en los marcos de madera, pintura fresca intentando disimular grietas viejas.

Para Michelle, esas paredes hablaban tanto como las dos mujeres que la habían criado. Mae era dulzura hecha carne, capaz de convertir un mal día en un remanso con una taza de té y una caricia en el hombro.

Thelma, en cambio, era firmeza: la voz que enseñaba disciplina, la que arreglaba cañerías con sus propias manos o ponía límites cuando nadie más lo hacía.

Entre las dos habían sido madres postizas, ancla y brújula, y el amor que unía a las tres llenaba la casa más que cualquier pintura o mueble nuevo.

Michelle dejó la taza y comenzó a guardar platos, cubiertos y vasos que Mae lavaba con agilidad.

—Tsk, tsk, Michi, deja eso. Es suficiente, siéntate un minuto. Los chicos ya casi terminan de desayunar. Tú deberías estar durmiendo, no corriendo detrás de ellos en tu día libre.

Michelle negó sin perder la sonrisa. ¿Si estaba cansada? Descontado, la semana era brutal. Pero nada la energizaba más que estar aquí, con su familia elegida.

—Esta casa me necesita, y yo a ustedes. Además de que si no te ayudo, te recargas tú.

Mae dejó la bandeja y la miró con ternura.

—¿Y tu trabajo?

Michelle suspiró, encogiéndose de hombros.

—Como siempre. Aburrido, pero paga las cuentas.

Lo que no añadió, porque no tenía sentido cargar a Mae con su cinismo, era que odiaba ese empleo.

Se sentía miserable deambulando entre las prendas finas de diseñador, atendiendo a mujeres que se paseaban con sus bolsos Louis Vuitton como si fueran coronas.

La mayoría autoritarias, apuradas, desdeñosas, o indiferentes. Ricas como Midas, sin apuros económicos, sin necesidad de malabares financieros.

Joder, esa boutique y esta casa eran dos puntos extremos de la pirámide social. Mae, que parecía leerle la mente y el alma aunque no lo dijera, cambió de tema.

—Dos de los chicos trajeron diplomas ayer. Y sabes que Clarita anda algo baja de ánimo. Podrías hablar con ella luego. Te escucha más a ti.

Michelle asintió, con un nudo en la garganta. Esa era la razón por la que no se quedaba en la cama: cada logro, cada sonrisa arrancada valía más que un turno entero en la boutique.

Los pasos rápidos avisaron de la llegada de Thelma, que venía con un montón de papeles en sus manos, y se dejó caer en la silla con pesadez.

Michelle le hizo un gesto hacia la cafetera y la mujer asintió, por lo cual se apuró a servirle una taza.

—Gracias, cielo, eres lo que no hay—La tomó y bebió, y luego carraspeó, mirándola con expectativa—. Bueno, recordatorio necesario—dijo, dejando los documentos a un lado—. Se avecina la gala anual de la fundación de los Montgomery, Kingship. Michi, necesitamos a alguien que pueda asistir que no parezca un ogro o un hada cansada—sonrió a Mae—, que sonría a los donantes y se vea dulce y bonita.

—Michelle, no te lo pediríamos si no fuese necesario—añadió Mae.

Michelle levantó las manos en gesto defensivo, suspirando. Odiaba ese tipo de eventos con intensidad. Los ricos y famosos haciendo ostensible su veta solidaria.

Pero sus aportes, sentidos o no, ayudaban a varias causas, y no le competía a ella hacer de filósofa o criticar la fácil manera en que limpiaban sus conciencias.

—No me hagáis esa cara. ¿En serio es vital que estemos ahí?

—Sí—replicó Thelma, firme como una roca—. Es importante que estemos presentes. El aporte que nos hacen no es grande, pero paga el gas y cubre una parte de los alimentos. Y eso, querida, nos mantiene a flote. Tú lo sabe mejor que nadie.

Michelle soltó un bufido, su frustración evidente, pero inconsistente. No sería por ella que la casa se quedaría sin ese dinero.

—Uno pensaría que con la pasta que tienen los Montgomery-Beaumont serían ser mucho más generosos.

Mae le lanzó una mirada reprobatoria por encima de las gafas.

—No empieces. Necesitamos que estés allí, y con tu mejor cara. Brillante, no incendiaria.

—Soy una ex huérfana representando a una casa de huérfanos. Nadie espera que luzca como…—se detuvo, buscando la palabra—. Como una de esas muñecas de sociedad.

Thelma alzó la barbilla.

—Claro que lo esperan. Son donantes, ilusionados y vanidosos. Piensa lo que quieras, pero frente a ellos queremos verte impecable.

Michelle cerró los ojos un instante y exhaló resignada.

—Está bien. Seré un milagro de discreción, conseguiré un vestidito decente, y portaré mi sonrisa más educada. ¿Feliz?

Mae le acarició el brazo con dulzura.

—Más que feliz. Orgullosa.

Michelle sonrió a regañadientes. Sabía que iría, aunque le revolviera las entrañas. Porque al final, esa casa, esas paredes y esos niños lo valían todo, cualquier sacrificio suyo.

El inventario que había hecho mostraba una despensa en declive. Lo mismo los ahorros en el banco. Michelle llevaba las cuentas de la casa desde hacía años, y solía trabajar mano a mano con Thelma para ver en qué podían ahorrar, cómo podían potenciar recursos.

Las necesidades crecían y el dinero parecía volar y agotarse cada vez más rápido. La enfermedad de dos de los pequeños, por fortuna hoy curados, había dejado facturas en el hospital.

Además, hubo que reparar la caldera y pagar los útiles escolares. Era un nunca acabar.

Mae y Thelma hacían milagros con lo poco que entraba, pero Michelle no podía evitar que la preocupación le mordiera el estómago cada vez que miraba esas estanterías medio vacías.

Dylan, el mayor de los huérfanos, apareció con la camiseta puesta al revés y el cabello alborotado.

—¿Puedo llevarme el portátil para terminar la actividad de ciencias?

—Sí, pero me lo devuelves antes de comer—contestó sin alzar la vista—. Y dile a Sam que deje de esconderse en el porche cuando hay mates. Lo vi haciendo el ninja.

Sam, el bromista de nueve años, asomó detrás de su hermano con una cuchara en la mano.

—No me escondo, practico moverme con mucho sigilo.

—Okay, veo que tenemos nueva palabra. Bien. Ahora, a practicar matemáticas y luego hablamos de movimientos—le guiñó el ojo.

Sam le sacó la lengua con todo el teatro del mundo y salió corriendo, carcajeándose.

Michelle fue detrás de ellos hacia la sala. En la mesa del rincón, Aisha ya había abierto un libro. Estudiosa hasta el tuétano, letra minúscula y ordenada, subrayadores clasificados. Sonrió, y le acarició el cabello.

—¿Te echo una mano con los peques, Michi?

—Sí, pero luego me cuentas si ya enviaste la solicitud de la olimpiada —le replicó—. Nada de modestias, Aisha. Tú vales para esto.

La chica se encogió de hombros, medio orgullosa, medio tímida, escondiendo la sonrisa.

Michelle cerró la libreta y cruzó la sala. En otro rincón estaba Clarita, hecha un ovillo en el sillón, la mirada perdida en el suelo. Se sentó junto a ella en silencio, sin decir nada, hasta que la niña apoyó la cabeza en su hombro.

La rodeó con un brazo y respiró hondo. Sabía lo que era sentirse abandonada, la punzada de creer que nadie volvería por ti.

Ella también había pasado por hogares donde los abrazos eran escasos y los portazos frecuentes. Por eso, con Clarita, no hacían

falta palabras.

Solo quedarse allí, sosteniéndola, recordándole con el gesto que esta vez nadie la iba a dejar atrás.

Capítulo 3

La boutique en la que trabajaba largas horas era un mundo bien distinto al de Casa Magnolia. El ambiente de lujo y glamur se lograba con suntuosas telas, mármol en estratégicas pilastras y soportes, cristales de luces innecesarias e incluso alguna pieza de arte en tendencia.

Todo brillaba tanto que cada paso parecía una intrusión.

—¿Esto también tiene descuento?—preguntó la clienta que estaba atendiendo, señalando una percha con un vestido color azul con interés, mientras en la otra mano sostenía una copa de champagne.

Era algo temprano para beber, pero las compradoras no rechazaban las atenciones que la boutique proveía: café, té, champagne. Una inversión del local, que compraba las mejores marcas, pero cada cliente que entraba compensaba con creces.

Michelle descolgó la percha señalada y la elevó, haciendo correr su mano por la parte trasera del vestido para que la tela destacara y se viera la caída de la prenda.

Su sonrisa no se apagó, si acaso se hizo más sutil, pero deferente. *Cada cliente satisfecha que compra, mantiene su salario, queridas. Sonrían, brillen,* les hacía notar cada pocos días el mánager.

—Este es un modelo exclusivo y está al 60% de su valor. Es fino y elegantísimo, se le vería soñado. Con su piel y el tono de su cabello destacaría infinitamente—dijo, con la voz suave y calma, enredando el halago con sutileza.

No mentía. ¿Quién podría lucir mal en un vestido tan arrebatador?

—Es demasiado… corriente—respondió la mujer, haciendo un gesto de fastidio—. Quiero algo más sofisticado. Que grite tendencia,

Mmm. ¿Quería grito? Michelle podría… Nah, era tonto pensarlo. Asintió sin demostrar su fastidio con el tono, y colocó la percha en

su sitio, tras lo cual guio a la señora hacia otro sector.

Allí seleccionó tres vestidos que supuso podrían ser del gusto de la clienta, y se los mostró sin apuro. La mujer se tomó el tiempo de considerar cada uno como si se jugara la decisión más importante de su año.

Se probó uno de ellos, finalmente, y giró frente al espejo, estudiándose el perfil, el frente, la parte trasera, y luego otra vez, girando, haciendo carantoñas, sin abandonar ni una vez su bolso, que colgaba del brazo como una joya.

Esa Birkin era del año pasado, y podía mantener a Casa Magnolia por meses, consideró. Pero ese era el caso de las joyas, carteras, ropa y accesorios de la gente que venía aquí.

Estaban fuera del alcance del habitante común, y eran el sueño de una porción de la sociedad que gustaba de *parecer*.

No era su sueño, por cierto. Tenía prioridades bien distintas, y trabajar en este ambiente le mostraba que lo que brillaba no era oro.

No, no: había mucha miseria, soledad, hipocresía y dolor detrás de la brillante vidriera que eran algunas de estas señoras aburridas y con demasiado tiempo libre y billeteras abiertas.

O tal vez hablaba desde su burbuja de urgencias diarias y no tenía noción real de lo bonito de no sentirse agobiada.

Contuvo el deseo de moverse, inquieta, y miró al fondo del local, donde estaba Carla, que rodó sus ojos.

Michelle disimuló una sonrisa, breve, apenas un guiño de complicidad entre dos soldados en trincheras de terciopelo.

—Tráeme el otro, el de seda. El verde botella—ordenó la clienta, sin mirarla.

Michelle asintió. Dio media vuelta, y mientras traía el vestido, una frase se enunció clara en su cabeza: Como sea, ha de ser *fácil vivir si lo único urgente es decidir en qué gastar el dinero, y si este es ilimitado. No todos los ricos son bastardos egoístas e infelices, Michelle. Ni todos los pobres son felices.*

<<El dinero no hace la felicidad, ¡pero cómo ayuda!>> solía decir Thelma, y tenía razón.

Le tendió la prenda y esperó su retorno del probador, su cabeza todavía en modo reflexión. *La vida real está en otra parte, lejos de estos probadores impecables y palpitando entre risas, urgencias, problemas, decisiones diarias.*

Estaba en Casa Magnolia, en esas voces que la alentaban con risas y gritos. Estaba en la familia, en los sueños, en los amigos.

Pero un descanso de deudas y preocupaciones financieras no matarían a nadie, tampoco. *Equilibrio*, pensó.

Cuando la mujer volvió con el vestido, se acercó, y con sinceridad le hizo notar lo elegante que le sentaba. La clienta asintió, y Michelle aprovechó para sugerir tacones a tono, y la mujer accedió.

La comisión que cobraba era pequeña por cada venta inducida, pero sumaba. En diez minutos estaba conduciéndola a la caja para cerrar la compra, con un pañuelo agregado que la mujer colocó de inmediato a su Birkin.

—Hoy salimos—susurró Carla, conteniendo una sonrisa mientras deslizaba con elegancia una bolsa de papel grueso hacia la clienta—. Y nada de bares de guiris. The River Room. Música buena, cócteles serios.

Michelle sonrió a la mujer una última vez mientras le devolvía su tarjeta, una extensión de la cuenta bancaria de alguien importante, seguramente, y deseó buenas tardes a la que ya no la miraba y taconeaba de salida.

Miró a Clara e hizo un gesto de disculpa:

—Mañana tengo que madrugar.

—Siempre madrugas, ¿dónde está lo divertido de la vida? Anda, no me dejes sola. Necesitas esto tanto como yo. Te vi la cara cuando la *señora tendencia* chasqueó la lengua en desprecio a ese Chanel divino. Parecías a punto de morderla.

Michelle soltó una carcajada contenida, bajita, cuidando de no molestar a las dos personas que deambulaban por el local.

—Ese lugar que mencionas suena carísimo. No puedo ir a un sitio donde se necesita vender un riñón para pagar los tragos.

—Tranquila. Lo tengo cubierto. Uno de mis primos trabaja allí como bartender. Hará que nos dejen pasar sin drama y podremos

beber algunos tragos gratis, ya verás—Carla le guiñó un ojo—. Es exclusivo, sí, me ha dicho que es muy difícil entrar, y no es ese sitio donde debes hacer colas.

Michelle arqueó una ceja.

—¿Qué vamos a hacer en un lugar así, Carla? De seguro está colmado de gilipollas que se creen mucho y esperan que las mujeres caigan a sus pies.

—Confía en mí —dijo Carla, ahora con los ojos brillando—. Es lo mejor de la ciudad. Vamos a mimarnos. Si nos aburrimos, podemos ir a por pizzas y cerveza, y ya.

Michelle bajó la mirada a las perchas que acababa de ordenar. Pasó los dedos por una blusa de gasa. Carla no se equivocaba, necesitaba divertirse, hacer algo distinto.

—Una noche—murmuró, casi para sí—. Suena bien. Olvidarse de las responsabilidades.

Carla le dio un pequeño codazo, cómplice.

—Eso, nena. Una noche para disfrutar y dejarnos ir un poquito. ¡Oh, no puedo esperar-Hizo una pausa y dibujó su sonrisa de trabajo-. ¡Bienvenidas!

La llegada de un par de señoras maduras a la que acompañaba una conocida y meticulosa asistente de compras las impulsó al centro del local, y por un par de horas no hubo tiempo de otra cosa que no fuese ir y venir por prendas.

En el receso consumió su ensalada de verduras y revisó su móvil. Había un mensaje esperando:

MAE*: No te estreses con los detalles de la gala. Te queda bien lo que te pongas, y es solo estar para marcar nuestra presencia. Apenas lo hagas y el evento esté avanzado, puedes volar de allí.*

Michelle sonrió. Mae se preocupaba por ella, sabía que le costaba ir a ese tipo de eventos, máxime cuando era sola. Había asistido a varios con las dos mujeres, o con Mae, y solía aburrirse como una ostra.

Pero eran unas pocas horas. Ya había estado mirando algunos vestidos en la página de la tienda de ropa de segunda mano de lujo, el *Blue Heron Vintage.*

Había uno especialmente bonito, y había hablado con la modista de la boutique para que se lo acondicionase en caso de que no le quedase al cuerpo. Prerrogativas de trabajar en el rubro.

++++

Michelle se inclinó un poco hacia el espejo iluminado, y Carla hizo una pausa al delineado. El aro de luces alrededor lanzaba reflejos cálidos sobre sus mejillas.

—Atrás. Y no parpadees—advirtió Carla, concentrada—. Si te tiembla el ojo, te hago parecer payaso.

Michelle sonrió, pero obedeció.

—Si me hace parecer despierta, me sirve.

Carla dejó el pincel sobre la mesa y se sentó en el brazo del sillón.

—¿Estás con ánimo de morreo o solo pista y tragos?

Michelle se rio, bajando la mirada.

—Pues no te niego que un ligue me vendría fenomenal. Pero no creo que lo encuentre.

—Hala, no te desanimes ni anticipes. Puede haber gemas en la noche. Algún morenazo con un arma especial en sus pantalones.

Rieron, y Michelle suspiró.

—No lo sé.

—¡Pues yo veré como hago, porque necesito desempolvar mi cachucha!

—¡Clara! Eso es… Crudo e innecesario, joder.

—Un pelín gráfico, pero… No tengo acción desde el año pasado, amiga, y echo de menos un buen polvo.

—Te entiendo.

¿Cómo no? En su caso eran dos años de sequía, pero los rollos de una noche le costaban. Tenía que ser un flechazo, un maromo que le agitara las entrañas, y no solía pasar.

—El hombre ideal no va a estar ahí, Michelle, deja tu película de Disney de lado.

—¡Oh, no seas mala! No es fantasía, es tener estándares.

—Mmm. A ver, ilumíname. ¿Cómo sería ese bombón?—preguntó Carla, cruzándose de brazos, como si le pidiera una receta.

Michelle pensó un segundo antes de responder.

—Uno guapo, por supuesto.

—Obvio. Nada de sapos. Buen culo, y nada de micropene.

—¡Oye! No discriminemos. El físico importa un poco, sí, no lo niego, pero además…—Elevó su cabeza, pensativa—. Un hombre que no me quiera acomodar a su molde. Que no me cuestione por qué invierto parte de mi tiempo en Casa Magnolia. Que sea empático, amable, trabajador.

Carla la observó a través del reflejo.

—No vas a encontrar a ese tipo en el circuito en el que te mueves, a menos que lo atropelles en algún sitio entre la boutique, tu apartamento o la Casa Magnolia.

Michelle rio y sacudió su cabeza.

—Solo sé lo que no quiero—respondió Michelle—. No quiero depender de alguien, de su dinero. No quiero que me diga qué hacer o a qué hora llegar. Si no puede con mi paquete, que pase de largo.

Carla asintió, con una sonrisa ladeada.

—Entonces esta noche, nada de hombres ideales. Solo música, cócteles caros… y, si pinta, besos y piel con un buenorro caliente y de nombre olvidable.

Michelle suspiró y asintió.

—Si pasa, apliquemos nuestro sistema de seguridad.

Era algo que Mae siempre le había inculcado: no irse con desconocidos sin hacerlo saber a alguien, mantener comunicación.

—Avisar, obvio—interrumpió Carla—. En persona, porque deberemos dejar nuestros móviles al ingresar.

—¿Cómo?

—Si, es muy top, y no quieren que se tomen fotografías o videos de los asistentes.

—Okay, suena… ¿A debacle?

—No, no es nada explícito. Al menos no en la zona común. Los Vips tal vez son otro tema, pero…

—Ahí no llegaremos—asintió—. Bien, si pinta ligue, nos avisamos y dejamos nuestras ubicaciones activadas.

Carla rio.

—Qué sexy es ser responsable.

—No tanto, pero no nos van a tomar desprevenidas. No van a joder con nosotras—respondió Michelle, poniéndose de pie—. Espero que los movimientos que te enseñé no se te hayan olvidado.

—No, mamá. Bloqueo, pisotón, golpe a la garganta y a los testículos, y a volar.

—Espero que no tengas que agradecerme por enseñarte, nunca—refunfuñó ante el tono de guasa de Clara.

—Ponte ese vestido ya.

En el respaldo de la silla, el vestido negro se veía sencillo. Simple, ajustado a sus curvas, con poco escote, pero con espalda al descubierto. Michelle lo tomó y se lo colocó con rapidez, y se estiró las arrugas, mirándose con cuidado.

—¡Joder, pero te queda divino! No dice mucho de adelante, pero cuando te das la vuelta… Vas a dejar de boca abierta a más de uno—dijo Clara, que se estaba vistiendo en uno blanco con escote potente y que dejaba ver sus piernas largas.

—No lo creo. Deberían poder sacar los ojos de tus senos—bromeó, y Clara movió sus pechos sin complejos.

Capítulo 4

Media hora más tarde estaban frente al local, que apenas tenía un cartel discreto: *La habitación junto al río.*

Desde afuera, el lugar no gritaba su exclusividad: fachada de líneas sobrias, portero trajeado, lista en mano, cero ostentación. Pero el aura estaba ahí.

Carla le apretó la muñeca.

—Tranquila. Mi primo nos puso en la lista. Finge que pertenecemos. Indiferencia desdeñosa.

El procedimiento fue preciso: saludo breve, decir los nombres, que fueron chequeados en la lista, mirada rápida de inspección de pies a cabeza, y estaban dentro.

Les pidieron los teléfonos al ingresar a una pequeña oficina, y los colocaron en lockers individuales.

Al acceder al salón, el cambio se sintió de inmediato. El aire tenía otra densidad: música electrónica de base melódica, luz baja con destellos ámbar y paredes revestidas de terciopelo oscuro que absorbían el bullicio.

La barra de madera pulida brillaba como un piano recién afinado. En lo alto, una DJ de labios rojos y auriculares dorados manejaba el pulso de la noche con precisión quirúrgica.

Carla la tomó del brazo y la tironeó entre la gente para acercarse a la larga barra donde había dos bartenders. El primo de Carla apareció enseguida, camisa negra ajustada, sonrisa franca

—Las mejores chicas de la noche, Bienvenidas, bellezas—dijo, sonriendo con amplitud.

—¡Freddy, gracias! Esto es…—Carla miró alrededor, y se encogió de hombros—. Brutal.

—Diviértanse, chicas. ¿Qué les sirvo?

—Un mojito.

—Lo mismo—dijo Michelle—. No te preocupes, haré que le dure—aseguró, y Freddy rio y meneó su cabeza.

—No digas más, veo que la conoces bien—Clara le dio un golpe juguetón en el antebrazo—. Mi jefe sabe que están aquí y me dio piedra libre apenas le mostré tu foto—dijo a su prima—. Las mujeres bellas atraen hombres que gastan, así que considérense una inversión, y mímense.

—Si tú lo dices.

—Por supuesto.

Los vasos eran bajos, pesados, con bordes escarchados, coronado con pétalos de lavanda y una piel de naranja twist. Michelle bebió un sorbo. Dulce, pero no empalagoso; fresco, pero con fuego en el fondo.

Sintió el alcohol deslizarse como un permiso por la garganta.

—Está bueno. Realmente bueno.

—Esto es solo el principio—dijo Carla, ya balanceándose al ritmo del beat.

La pista se desplegaba como una escena cuidadosamente curada. Hombres de trajes entallados que gritaban sastrería fina, con relojes sofisticados, conversaban en los bordes, vaso en mano, como si cada frase pudiera cerrar un trato.

Mujeres vestidas de seda, tul y cortes arquitectónicos cruzaban el espacio con paso seguro. No había gritos. Nadie bailaba con descontrol. Todo parecía fluir en una cadencia medida.

Una escalera llevaba a un segundo nivel, un espacio sin barandas, muy amplio, y VIP. Tenía zonas iluminados y otras más tenues, y había sillones y mesitas.

Camareros con bandejas de champán, scotch carísimo y tragos coloridos iban y venían.

Un grupo de cuatro hombres que debían estar en su cuarentena reían junto a dos mujeres con vestidos que dejaban poco a la imaginación.

Más lejos, una mujer elegante y sexy tenía prisionero a un musculoso maromo que debía tener la mitad de su edad, y le consumía la vida en un beso.

—¡Vamos a bailar, deja de mirar a la gente, Michelle!

Asintió, y como convocado, la DJ subió el ritmo, mezclando beats electrónicos con jazz filtrado y bajos envolventes. No hacía

falta reconocer la canción: la música se sentía más que se escuchaba.

Michelle se dejó arrastrar por Carla hacia el centro de la pista. Todo olía de maravilla, y los perfumes se mezclaban. Cuando el bajo le vibró en el pecho, Michelle se dejó llevar, ya estaba dentro del ritmo.

No hacía falta pensarlo. Cerró los ojos un segundo y dejó que la base le marcara la respiración. Giró sobre sí misma, soltando una risa limpia, y Carla la imitó.

Ambas se contagiaban como si compartieran una coreografía secreta. Brazos en alto, hombros sueltos, piernas firmes. No había espacio para el pudor.

Michelle bailaba como si el cuerpo se le hubiera adelantado al pensamiento. Como si todo lo que pesaba, lo que la agotaba, se hubiera quedado fuera del club, guardado en el casillero con su teléfono.

Carla le guiñó un ojo mientras marcaba pasos con una seguridad feroz. Michelle se rio y se dejó llevar aún más. Una vuelta de cadera, un paso hacia atrás, un salto corto.

El vestido negro le acompañaba cada movimiento como una sombra fiel. A su alrededor, la pista se desdibujaba. Eran ellas dos, riendo, sudando, brillando. En su mundo. Una noche para sí. Una pista que las entendía.

Al cabo de un rato el cuerpo les pidió tragos, y fueron a la barra, riéndose todavía, Clara con las mejillas encendidas por el baile y Michelle intentando recuperar el aliento mientras avanzaban.

Freddy levantó la coctelera como si fuera un trofeo.

—Vaya par de estrellas en la pista, ¿eh?—bromeó, y ambas soltaron otra carcajada.

Michelle apoyó la mano en la barra, esperando el trago prometido, y entonces lo vio.

Fue apenas un parpadeo, un destello en la periferia, pero bastó. Sus ojos lo detectaron de inmediato, como si el resto del salón se hubiera borrado. Había algo magnético en él, imposible de ignorar.

Miró hacia Freddy un segundo, fingiendo atención a su verborragia, pero la curiosidad pudo más. Volvió la vista, esta vez más lenta, más consciente.

La camisa clara se ceñía al torso con esa caída que solo la ropa buena tiene; los hombros anchos tensaban la tela. Los antebrazos descansaban con calma sobre la madera oscura, como si nada le urgiera. Vaqueros oscuros, simples pero caros, el metal del reloj brillando bajo la luz.

Michelle sintió el cosquilleo del alcohol y la música todavía latiendo en su sangre, tal vez por eso sus ojos no se despegaban de él. No tenía que hacerlo, nadie la miraba.

Salvo él, que levantó la vista, directo hacia ella. Intensa, una mirada hecha de grises se encontró con la suya y la sostuvo unos segundos. Los ojos de Michelle chisporrotearon, sorprendidos por la fuerza del contacto.

Su pulsó se aceleró y entonces, como quien comete una travesura, bajó la vista al instante, ocultando el temblor con una sonrisa rápida hacia Clara.

El trago llegó, frío, pero la sensación en su piel seguía siendo caliente.

—Oh, madre de los maromos sensuales. Te pillé, amiga, pero no te culpo. Joder, ¡qué buenos están esos dos!

Volvió a mirar, y solo entonces observó al otro, un rubio alto.

—Vaya par que son esos dos, sí—susurró.

—Me pido el rubio—dijo Clara, que ya lo miraba sin complejo—. El otro es totalmente tu tipo.

Michelle soltó una risa baja, sin quitarle la vista de encima.

—¿Mi tipo?

—Sí, te van los intensos. Mmm, perfecto, ya los tenemos. Saluda, Michelle—dijo, extendiendo una sonrisa juguetona mientras succionaba la pajilla con exageración.

—Ay, por Dios, Clara, deja esa cutre imitación de vampiresa.

—Nah, siempre he querido hacer esto, y aquí nadie nos conoce.

—Vas a hacer que nos echen por exhibición indecente, joder—murmuró, codeando a la jodida, que soltó la risa.

Los dos hombres las miraban. No con urgencia ni con ansiedad. Con interés. Con ese aplomo que viene de saber que no necesitan apurarse.

El de Michelle alzó apenas su copa, como si brindara desde la distancia. Ella inclinó la cabeza, divertida. Carla les sonrió con descaro.

—Nos están invitando a algo—dijo, relatando lo que veía—. El tuyo hace un gesto.

—No es mío. Y a de ser a tragos. Salvo que ya los tenemos gratis—respondió Michelle.

—Pero no lo saben, y a Freddy le va a venir bien la propina.

Como convocados, dos cócteles llegaron enseguida, y Freddy los colocó enfrente con una sonrisa gigante.

—Ladies, están de suerte. Los caballeros les envían un obsequio.

—Aceptamos—preguntó Carla.

Levantaron las copas, sonrieron, bebieron con calma, y hubo más miradas entrecruzadas. Michelle sentía su interés crecer.

El hombre era perfecto: mandíbula delineada, sonrisa breve, y cuerpo que le encantaría disfrutar.

—Vamos a bailar un poco más—indicó, terminando su bebida.

—Es que están por venir—dijo Clara, pero Michelle la tomó del brazo y la llevó a la pista.

—Estuvimos más que suficiente y no hicieron más que enviarnos bebida. Tu representación de una ninfómana les asustó.

—Pff, por favor. Pero tienes razón. Que les den.

Ya de vuelta en el centro del club, la música había cambiado: más densa, más carnal. Michelle se dejó arrastrar por el ritmo sin pensar más. Giraba, subía los brazos, el vestido le rozaba los muslos, la respiración se le mezclaba con el bajo.

Fue entonces cuando sintió las manos en su cintura. Reaccionó al instante, girando para apartarse, hasta que vio que era él. Meciéndose a su lado, mirándola con fijeza, sonrisa apenas insinuada.

Olía divino, y apreció su tez con un bronceado ligero.

—Buenas noches, hermosa—dijo, su voz ronca en su oído.

—Hola…—Michelle se cortó, pero no dejó de moverse—. Gracias por el trago.

—De nada. Una ofrenda que buscaba acercamiento.

—Ah, ¿sí? ¿Yo tenía que acercarme?—dijo, desafiante.

Él extendió su sonrisa, pero no contestó.

—Me alegra haber venido a la pista, y créeme, es un logro que solo tú has conseguido. Pero comprobé lo que intuía.

—¿Y eso?

—Que eres bellísima. Y que bailas como si el mundo te perteneciera.

Michelle dejó que el ritmo siguiera moviéndola. Él no la tocaba más allá de la cintura, pero la proximidad tenía temperatura.

—Gracias—soltó ella, mirando al frente.

A su lado, Clara estaba en conversación con el rubio, y eso la tranquilizó. Pensó frenéticamente algo para decir, pero no se le ocurrió nada apropiado o casual, así que bailaron así: sin nombres, sin preguntas.

Él detrás, firme; ella libre, marcada solo por la música. El cuerpo masculino se rozaba con el suyo, pero sin invadir. Se medían con el ritmo. Ella sentía el calor en la nuca, en la espalda baja.

No era exactamente nueva en esto, pero estaba desentrenada, y se le notaba. Pero a medida que el tiempo pasó, hubo más química, y algunas estrofas de himnos pop les unieron.

—¿Vienes aquí a menudo?

—No, es la primera vez.

—También yo—dijo él—. Así que tuve mucha suerte.

—Pues sí—dijo ella, sonriente.

—¿Cómo te llamas?

—Michelle.

—Hola, Michelle. Soy Rhett. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

Esa voz, joder, se le colaba por todos lados y le provocaba… Estaba cachonda. La música, el ambiente, los tragos, él… El tiempo sin disfrutar.

La música se hizo más lenta, y él se pegó a ella, envolviéndola. Michelle sintió la suavidad de su ropa, el calor de su piel, y recostó

su mejilla contra el pecho. La vibración de la respiración de él no hizo más que calentarla más.

Él se acercó más. Su aliento le rozó el cuello.

—Me tienes loquito—dijo—. Eres jodidamente sexy.

—No estás nada mal tú tampoco.

Sus manos se deslizaron por su espalda, y se sintieron callosas sobre su espalda desnuda.

—De frente me gustaste, pero cuando te vi venir a la pista…—susurró—. No había chance de que no te siguiera.

—Y aquí estás…

—Aquí estoy… Dime, ¿es presuntuoso suponer que te gusto?

—No, no lo es.

—¿Quieres que vayamos a un lugar más tranquilo?

Michelle se separó brevemente, y le miró. No había presión en su tono, pero sí intención. Y ella tenía la misma, y no lo iba a pensar dos veces. Este hombre tenía todo lo que le gustaba.

Se separó y miró a Carla, que bailaba con el rubio, algo lejos, pero risueña. Cuando sus miradas se cruzaron, Carla entendió al instante. Asintió con una sonrisa cómplice.

Michelle respiró hondo. Una noche, un ligue, libertad.

Lo miró.

—Vamos.

Capítulo 5

El vehículo de Rhett era un Jeep, grande, aparatoso, de vidrios polarizados, y de algún modo parecía no concordar con la imagen algo salvaje y sofisticada del hombre, pero Michelle no iba a demorarse en consideraciones.

La urgencia que la acosaba desde su lado más carnal era desconocida, como si se hubiese levantado la barrera de su cautela e inhibiciones. Quería todo y ya, y que él sentía igual era obvio en esa mirada predatoria que la clavó al asiento apenas entraron.

El silencio duró nada, y se pobló de sonidos. Sus respiraciones agitadas, el sonido de la ropa rozando el tapizado, el sonido del cinturón al desprenderse.

Michelle apenas tuvo tiempo de acomodarse cuando Rhett se inclinó hacia ella y le sujetó la cara con ambas manos, firme pero con cuidado.

No hubo tanteo. No hubo dudas. El primer contacto fue como una descarga eléctrica, un portazo en la boca del estómago. Sus labios se fundieron calientes, seguros, sabiendo exactamente lo que querían.

La besó con ardor, su lengua colándose en su boca para apoderarse del contacto. Fuego líquido le corrió en las venas, porque él besaba con el cuerpo, tocándola por encima del vestido con lujuria.

Michelle se pegó como pudo y pasó sus manos por el cuello para atraerlo. Lo respiró hondo, porque él olía a gloria. Ámbar y cuero, con un filo mineral que le golpeó los sentidos y la enervó más y más.

Michelle estaba ebria y no de licor. O sí, porque los tragos fueron varios, pero esto… Esta sensación de que su piel se quemaba desde adentro y afuera a la vez, le era desconocida, pero no era suficiente.

Bajo sus dedos, el cuello masculino eran tendones tensos, duros, vivos. Michelle bajó las manos por la espalda, hasta

engancharse al bajo de la camisa para subirla, necesitada de piel.

Él no le pidió permiso. La atrajo de la cintura, pegándola contra su cuerpo como un imán. Muralla de músculos, calor que la atravesaba. Los pectorales firmes, el abdomen marcado, y el bulto que portaba como un arma debajo de sus pantalones era…

Amenaza y ambrosía. Joder, ella no era de las que se enloquecía por lo físico, pero este hombre era la puta lotería. Tenía que reconocerle a Clara el timing: esta noche era perfecta. Él lo era, lo que su cuerpo y sus ganas dormidas necesitaban.

—Anda, preciosa—dijo él, separándose apenas, su boca recorriendo la línea de su mandíbula para susurrar en su oído—. Déjame que te quite el vestido, quiero tocarte…

La voz baja, grave, le endureció pezones y mojó sus bragas, y no dudó en asentir. El acarició su espalda con sus manos abiertas, lento, desde la base del escote trasero hasta la parte alta, y desde allí a los hombros, haciendo que las mangas descendieran por sus brazos, y dejándola en su sostén.

—Hostia puta, eres una cosita divina, tan sexy… Estos pezones podrían cortar vidrio—susurró, y su boca bajó para apoderarse de uno.

Michelle lo atrajo más contra sí, sus dedos enredándose en el cabello castaño oscuro, y le movimiento se volvió difícil. La geografía del vehículo no ayudaba.

—Joder… —él gruñó cuando sus rodillas chocaron con la consola central y resopló, separándose, y su mano fue al seno que su boca abandonó, tocando

Se rieron los dos, sofocados, y volvieron al asalto con más furia. Manos torpes al principio, luego más certeras. Dedos explorando, subiendo, bajando. El roce de la tela en la piel desnuda del vientre.

El aire dentro del coche se espesó como humo.

—Atrás… Hay más espacio—susurró él, y se movió con agilidad para contorsionarse hacia el asiento trasero, donde se sentó con sus piernas abiertas y procedió a casi arrancarse pantalones y bóxer.

La polla emergió lasciva, larga, curvada y gruesa, y se bamboleó. Michelle miró el movimiento y la necesidad de paladear,

de devorar, le hizo la boca agua.

Estaba muy fuera de su comportamiento normal, claramente, porque solía ser quisquillosa con el sexo oral.

Al parecer sus restricciones no incluían la verga de este maromo, porque en cuatro apoyos reptó desde el asiento delantero para posar sus manos al lado de las caderas masculinas, y su boca fue directo al premio mayor.

—¡Ahhh, puta madre, esto es…! ¡Eso, preciosa, toma toda mi polla! Estás con hambre, ¿verdad? Perfecto, tengo lo que quieres.

Sí, estaba fuera de sí, porque la serie de frases manidas y poco propias que siguieron la pusieron a mil, cachonda como nunca, y cada una espoleó sus ganas.

Su lengua recorrió el largo y se deleitó en la abertura central, saboreando el líquido perlado que comenzaba a aumentar. Sus labios se abrieron para tomar la parte más ancha, e intentó llegar a la base, pero su garganta no toleró la invasión y retrocedió, convulsionando, y sus ojos lagrimearon.

—Despacio, eso… Con cuidado, de a poco... Trabaja esa verga… Mira como la tienes, gorda y rica… ¿La quieres? ¿La quieres toda?

Ella gimió, y el sonido reverberó, indecente, atorado.

—Quítate las bragas, bonita—murmuró, y ella trató, con una mano, pero sin abandonar el miembro, que succionaba como si no hubiese mañana. El rio y colocó su mano en el mentón, y se separó levemente.

—Anda, pasa todo el cuerpo y ven a sentarte en el trono que tu coño merece—dijo, y Michelle no dudó y obedeció como una marioneta rendida al momento.

—¿Tienes condón? Yo no…

—Estoy sano. ¿Estás con la píldora?

—Sí—dijo ella, haciendo caso omiso a la pequeña advertencia pugnando en su cabeza.

Un tipo con esta ropa, este auto, en este club… No tenía deseos de embarazar a una desconocida, debía estar sano. Y quería todo, todo.

Trepó por su cuerpo, mientras las bragas salían de una de sus piernas, y se colocó sobre él, sus rodillas a ambos lados de los muslos gruesos.

Su vestido se sujetaba a sus caderas como si fuese un cinturón, vuelto un acordeón.

Él se apuró a desprender el sostén, que tiró a un lado, y su cara se hundió en el escote y luego su boca se deleitó en recorrer ambos pechos, la lengua llevando humedad tibia a la piel y a los picos rosas que parecían gritar desesperados, y cuando eran atendidos llevaban placer por toda Michelle.

—¡Qué cosita más sensual que eres, joder!

El sonido de su boca chupando, lamiendo, y los ruidos emergiendo de las pelvis que se frotaban inundaron el vehículo.

Michelle no podía más, desesperada por ser penetrada y follada por este hombre que la tocaba como un músico a su instrumento adorado, con sabiduría producto de larga experiencia.

Cuando la cabeza de su verga se posicionó en su vulva, ella apuró la penetración, y la exquisita sensación de que la partían al medio la hizo gemir de un modo que la habría puesto como la grana de no estar tan urgida.

—Ohh, madre mía, ¡qué gusto! Eso, dame más, dámela toda—exigió, y se reacomodó sobre él, tomando comando del momento.

Él rio bajo y la dejó hacer, y Michelle se movió arriba y abajo para tomarlo hasta el fondo, y giró sobre él procurando que su polla divina no dejara pared de su vagina sin acariciar.

—Eso, eso… Así se folla… Bien hembra—susurró él, y comenzó a pujar con energía desde abajo, como un martillo neumático embistiendo y Michelle sintió su excitación crecer.

Se inclinó más para que su clítoris rozara con la piel de la pelvis y sus pechos se pegaron al torso semi descubierto, la suave tela de la camisa enervando sus pezones y cabalgando como si la persiguiesen demonios.

Le comió la boca de un beso devorador que él correspondió sin demora, pero esto no duró, porque el clímax llegó de improviso.

Ella se corrió primero, el orgasmo estallando en su centro y haciéndola convulsionar sobre Rhett, que gruñó y la folló más fuerte,

y se derramó en ella en segundos, sin dejar de decirle obscenidades que Michelle ya no atendía, ida como estaba.

Intensidad era poco para describir lo salvaje y diferente. Este era el acabarse más bestial y sucio de su vida, y el precio de este comenzó a fluir entre sus piernas apenas él se quitó.

—¡Joder, qué gozo!

Ella se quitó de encima y trató de hacer contención de daños, yendo por su bolsa para buscar pañuelos. Él se movió también y se estiró hasta la guantera, donde tenía toallas individuales de papel.

Evitó mirarlo mientras trataba de limpiarse con recato. La risa de él sonó baja mientras elevaba las caderas para colocarse los pantalones, y luego se inclinó y recogió sus bragas.

Se las tendió con una mueca divertida. Ella parpadeó y se vistió rápido, bajando la falda y subiendo la parte de arriba del vestido. Luego, ordenó su cabello.

—Eres fuego, preciosa—dijo él—. Y no te inquietes. Nos dejamos llevar y no hubo protección, pero te prometo que estoy sano.

Ella parpadeó y asintió.

—También yo—murmuró ella.

La realidad se hacía más y más afilada segundo a segundo, y volvía en sí. Había sido imprudente, pero… Esta pasión arrolladora era nueva, absolutamente desconocida, como una ola que barrió sus barreras.

Había tenido sexo antes, sí. Pero nunca así. Nunca un cuerpo que la convirtiera en un instrumento afinado solo para él. Una vorágine breve, brutal, deliciosa, que los dejó deshechos, jadeando,

El interior del Wrangler olía a piel, a perfume caro, a sexo. Él no hablaba. Recostado contra el respaldo, media sonrisa en los labios, la miraba. No hacía falta decir nada.

Michelle lo miró de vuelta, devolviéndole la sonrisa. Por un instante, parecieron dos cómplices celebrando una fechoría. Fue el mejor sexo de su vida. No había duda. Pero ya estaba. La urgencia se había vaciado.

De pronto, se sintió fuera de lugar: en un coche ajeno, con un desconocido al que le había dado lo que nunca a otros.

—Voy… Me tengo que ir—murmuró, suave.

Él asintió, sin apuro. Michelle abrió la puerta. Antes de marcharse, se giró una última vez. Él todavía la miraba, ahora serio, ojos muy fijos en ella. Levantó su mano y la despidió, y ella sonrió e hizo lo mismo.

Caminó por la acera con el vestido aún pegado al cuerpo por el calor. El pulso le seguía martillando entre las piernas.

El aire nocturno la sacudió como un balde de realidad.

—Joder…—susurró, llevándose una mano al pecho—. ¡Qué subidón! Nunca me sentí tan viva.

Y siguió andando, sin mirar atrás. No había arrepentimiento. Solo ese pulso nuevo, inesperado, que aún no le cabía en el cuerpo.

Capítulo 6

Rhett despertó despacio, y no había abierto los ojos que ya sentía la pulsión de los músculos pasándole factura. Los había llevado al extremo ayer.

Primero, el ascenso y descenso en la montaña. Luego… Oh, la noche había sido la perfección. Su boca se distendió en una sonrisa amplia y su pulso se aceleró.

Hostia puta, ayer había disfrutado del sexo más cojonudo en años. Y eso era decir, porque follar era una de sus actividades preferidas.

Bah, ¿qué hombre de sangre caliente no disfrutaba de eso? Pero no siempre era tan… Voraz. Intenso.

El rostro y el cuerpo de la hermosa desconocida… Perfección. Una diosa pagana embutida en un vestido sencillo que prometía paraíso, y su instinto no se equivocó.

Esa mujer lo había consumido, y él se dejó devorar. La polla intentó cobrar vida al recordar esa boca acariciándolo y succionando.

—¡Joder, pero qué hembrón!

Ojos oscuros, piel suave, pechos llenos y elevados, y un coño que había enfundado su verga como si estuviese diseñada para enloquecerlo.

Se lo había llenado bien, y a pelo. Sin la barrera del condón, lo que a la luz del día era un tema… Preocupante. Arrugó el entrecejo, la magnitud de su decisión acalorada alcanzándolo.

Si sus hermanos sabían que había follado a una desconocida en la noche sin protección, le dejarían sordo y no tendría más opción que perseguir a la dama para hacerle firmar un contrato de confidencialidad, además de análisis de todo tipo.

Harrison y Daphne en particular, meticulosos y poco afectos al riesgo como eran.

No seas idiota, sabes que tienen razón. Fue… Imprudente. Peligroso. Oh, sí. También perfecto, y algo que usaría para masturbarse, a no dudar.

La desconocida le había vuelto de cabeza. ¿Marie? ¿Monique? No, no… Arrugó el entrecejo, intentando recordar, pero luego se incorporó y determinó que no importaba. No la volvería a ver.

Cerró los ojos, y por un instante volvió al interior del coche. Al olor de su perfume, floral y limpio. A la forma en que se había montado sobre él con esa mezcla perfecta de urgencia y control. A cómo se le arqueaba la espalda cuando él la sujetaba de la cintura.

Piel suave. Curvas vivas. Placer sin discurso. Sonrió. No podía evitarlo. Había sido el fin de un día perfecto.

Se levantó sin apuro, entró a la ducha y dejó que el agua caliente le cayera como un reinicio. Aún tenía los dedos marcados por el volante, la espalda tirante de la escalada, y el pecho lleno de otra cosa: esa satisfacción casi primitiva de haber tenido lo que necesitaba.

Envuelto en una bata y con el pelo todavía goteando, se preparó un café fuerte, de esos que limpian la cabeza. Rebanadas de pan con manteca, y ya estaba casi listo para comenzar.

Sonó el móvil y bostezando lo tomó. Era un mensaje de Teo. Mm. Lo había dejado atrás sin remordimiento, y no volvió luego de que la mujer le dejó. Supuso que había estado pasándola bien con la amiga de la desconocida.

TEO: *Y entonces, ¿qué tal la diosa del vestido negro?*

Rhett soltó una risa baja y meneó la cabeza. Teo no buscaba detalles gráficos, no era del tipo, pero sí de tener impresiones.

RHETT: *Impresionante. Hacía mucho que no disfrutaba de una noche así.*

El siguiente mensaje llegó enseguida.

TEO: Me alegra que uno de nosotros estuviese de suerte.

Arrugó el entrecejo y se sintió ligeramente culpable.

RHETT*: ¿No hubo química con la amiga?*

Rhett apoyó la taza sobre la mesada. Miró por la ventana, hacia la ciudad aún medio dormida.

TEO*: Nada en común, y discutimos apenas ustedes se separaron. Por un comentario acerca del bartender, ¿puedes creerlo? Al parecer era su primo. Joder, ¿cómo iba a saber que se ofendería porque dije que parecía un matón de cártel mexicano?*

Rhett sonrió y meneó su cabeza.

RHETT: *Te he dicho que hablas demasiado*.

TEO: *Sí, sí. De todos modos, no era mi tipo. Me acerqué para ayudarte*.

Pues en su caso, todo lo contrario. Ella había sido su tipo. *Michelle*, recordó entonces. Se llamaba Michelle.

¡Qué movimientos, qué manera de tomar su placer! Sin dobleces, ni postureo, y luego, sonriendo para dejarlo atrás.

Era como él. Tomó otro sorbo de café, más lento, y se enfocó en lo que debía hacer. Ya era suficiente de revisar la pasada jornada.

Cerró el móvil, revisó el reloj y abrió su portátil. Había trabajo pendiente, llamadas por hacer, decisiones que tomar. La realidad le convocaba.

Se movió para vestirse. El espejo le devolvió la imagen del hombre alto y musculoso que era, con la barba sombreando el mentón y los ojos claros encendidos por la resaca buena: la de la adrenalina.

Eligió las prendas con calma. Dejó de lado la corbata. Eligió una camisa de lino Loro Piana, color marfil y `por encima, una americana ligera de Canali, azul profundo, sin forro, perfecta para el calor húmedo de Savannah.

El pantalón era de Brunello Cucinelli, corte entallado, en gris claro, con la caída impecable de la lana fría. En lugar de zapatos, se calzó unas botas de piel envejecida de Saint Laurent, negras, que daban un aire menos encorsetado al conjunto.

Un cinturón de Bottega Veneta, trenzado en cuero marrón, sostenía la silueta con un detalle artesanal que no llamaba la atención pero hablaba de exclusividad. El reloj seguía siendo el Patek Philippe, aunque lo llevaba algo más suelto en la muñeca, como si fuera accesorio secundario.

En el bolsillo del pecho, un pañuelo de seda Etro con un estampado discreto: una chispa de rebeldía escondida entre tanto lujo medido. Rhett volvió a mirarse el espejo, pasó una mano por su cabello rebelde y sonrió: era un ejecutivo, sí, pero no uno dispuesto a dejar que las reglas lo ahogaran.

Miró afuera para chequear el clima. Desde la ventana de su apartamento, el Savannah moderno se extendía: fachadas de ladrillo restaurado, terrazas con plantas colgantes, coches de lujo estacionados como trofeos.

El suyo era un edificio elegante, minimalista, pero sin el peso solemne de la mansión familiar. Ese contraste le gustaba. Aquí era Rhett a secas, y las reglas de los Beaumont no corrían.

La familia de su madre era agotadora, y se sentía en cada ladrillo de la mansión, a pesar de que Eleanor Beaumont era distinta.

Bueno, la más diferente y libre era su tía Augusta, por cierto. A Rhett le gustaba pensar que había heredado algunos de sus genes rebeldes.

Bajó al garaje, y se decidió por el Maserati Levante negro, motor que rugía como un animal contenido. Miró de reojo al Jeep, cómplice de su noche, y sonrió.

Hoy quería velocidad, dinamismo, y el italiano era el vehículo perfecto. Le acarició el volante como si fuera cómplice y lo dejó correr apenas tocó la carretera.

La velocidad lo llenaba: curvas, reflejos verdes del río, la vibración del motor. Era lo que su lado junkie de la adrenalina adoraba.

En menos de lo que tardaba en entibiarse un café, el coche lo dejó frente a la mansión familiar, que funcionaba como punto de reunión, dos o tres veces a la semana, para que los Montgomery Beaumont mantuvieran viva la unidad.

Lo eran, pero eso no quitaba que les gustaba discutir por cualquier cosa que les diera excusa.

La fachada blanca, recién pintada, brillaba contra la mañana. Las molduras neoclásicas se habían conservado tras la remodelación del año anterior, pero el interior había cambiado por completo.

Su madre había contratado a un japonés con nombre impronunciable y fama mundial. El resultado era impecable: lujo minimalista, con toques de arte moderno, alfombras persas cuidadosamente desgastadas, esculturas de piedra volcánica traídas de un retiro espiritual en Islandia, y cuadros originales de dos artistas cotizados en París y uno en Buenos Aires.

El pasillo principal tenía aroma a madera pulida y lavanda. A cada lado, jarrones de cerámica coreana posaban como centinelas discretos.

A Rhett aún le llamaban la atención las sillas sin respaldo del salón lateral que, según su madre, invitaban a conversaciones breves pero profundas.

<<O a hernias de disco>> había dicho tía Lucille la semana pasada, con un suspiro dramático. Ella nunca superó la desaparición de los sillones tapizados en brocado color vino.

<<La casa perdió elegancia clásica >>decía siempre. <<Ahora parece una galería en Tokio con pretensiones.>>

Pero claro, para Lucille, el ideal era la Georgia de mediados del siglo XX: cortinas pesadas, candelabros y demasiadas fotos en marcos dorados.

A Rhett, sin embargo, le gustaba el cambio. Sentía que la casa respiraba de nuevo.

Capítulo 7

Atravesó el pasillo central hasta el porche trasero, guiado por el inconfundible aroma a café recién hecho.

Marlene, con su delantal blanco inmaculado y el moño ligeramente torcido, apareció con una bandeja en equilibrio perfecto.

—Llegas tarde, Rhett. El café se enfría—dijo, sin frenar el paso.

—Pero tú me traerás una taza perfecta, lo sé —respondió él, con una sonrisa mientras se inclinaba a besarle la mejilla.

Marlene rodó los ojos, pero el gesto no ocultó el leve rubor ni la sonrisa contenida.

En la mesa de piedra clara del porche lo esperaban sus hermanas. Rhett se inclinó primero hacia Daphne, y le estampó un beso exagerado, manteniéndolo un segundo más de lo normal, y ella le empujó.

-Quita, cateto, no has crecido-gruñó.

—La reina del orden. Juro que algún día vas a conquistar un país con una libreta y un bolígrafo.

—Con que conquiste que llegues puntual, me doy por satisfecha —replicó ella.

Rodeó la mesa hacia Eliza, que lo recibió sin moverse, masticando un croissant con aire de reina del sur.

—Y la estrella de la familia. Cada vez que abro Instagram, ahí estás. Más guapa, más editada.

—Perdona—dijo ella, relamiéndose un poco de mermelada del dedo—. Algunas nacimos para elevar el nivel estético de este apellido.

—Y otras para darle sentido del humor—añadió Rhett, aceptando el café.

El primer sorbo le sacó un suspiro.

—Vale… el cielo existe y vive en esta taza.

Harrison apareció por detrás, con la que Rhett imaginó debía ser su tercera taza de café.

—Rhett, un día de estos vas a estamparte con alguna de las fuentes del jardín. Tienes que moderar la velocidad o vas a…

—Bla, bla. ¿Para qué voy a tener un auto así si no lo disfruto? Harrison, hermanito, ¿cuándo dejaste de ser divertido?

—Cuando tú empezaste a ser un kamikaze—gruñó.

—Alguien tiene que recordarte que la vida no está hecha solo de hojas de cálculo y Excel. Creo que debes follar.

—¡Rhett!—gritó Daphne, pero este no le hizo caso, y le guiñó un ojo a Eliza, que sonreía detrás de su taza.

—¿Qué? Es cierto. Está comprobado científicamente. Follar alarga la vida, pone una sonrisa en el rostro…

—Por eso tú vives riendo, entonces—indicó Harrison—. ¿O conduces como maniaco porque estás compensando?

—Ya quisieras—respondió.

—Niños, niños, compórtense—interrumpió Daphne.

Eliza se rio con una carcajada limpia.

—Ni siquiera han tocado los temas álgidos y ya están midiéndose como perros.

Rhett alzó la taza en un brindis informal.

—Ejercicio mental y de verborragia.

—Mmm—murmuró Harrison.

Se acomodaron entre panecillos y mermelada. Por unos instantes solo hubo comentarios casuales, risas, charlas cruzadas, hasta que Harrison, sin levantar mucho la voz, dejó el comentario sobre la mesa:

—Escuchen, ahora que estamos bien despiertos. Esto es importante, y me tiene de cabeza. He encontrado un par de cosas raras en la contabilidad de Kingship—dijo Harrison.

Daphne frunció el ceño, el bolígrafo detenido en el aire.

—¿En serio? ¿Justo ahora? ¿Con la gala a dos días?

—Precisamente por eso lo digo—replicó Harrison, apoyando la taza con un leve clic—. Si hay problemas, que es lo que creo, lo mejor es que lo sepamos y procuremos contenerlo antes de que explote un escándalo.

Eliza soltó un suspiro teatral.

—Joder, qué estrés. No me gusta pensar en otra cosa que no sea en vestidos y donantes en relación con Kingship.

—Eli, lo que importa son las causas, la ayuda que podemos dar…—la increpó Daphne, aunque sin calor.

Eliza rodó los ojos. Rhett sabía que no había querido implicar que no le interesaba la labor altruista de la familia. Era solo que la más pequeña de la familia detestaba la parte de números, reuniones, complicaciones, en particular.

Rhett se inclinó hacia atrás, cruzó los brazos y fijó la vista en su hermano.

—¿Esto era lo que mencionabas en tu mensaje?

Harrison levantó la vista, le sostuvo la mirada un segundo y asintió.

—Sí. Hace días que estoy metido con los números. Algo en la contabilidad general llamó mi atención. Y lo que he averiguado no es alentador. Hay salidas de dinero que parece excesiva, algunos movimientos duplicados en cuentas operativas. Montos pequeños, sí, pero repetidos. Y hay subcuentas que no se sabe a quién corresponden. Un desorden que no es accidental.

—¡Mierda!—murmuró Rhett.

Esto era jodido. Kingship canalizaba mucho dinero a obras de caridad, y no solo era el dinero de los Montgomery y los Beaumont, sino de colaboradores y donantes que confiaban en la fundación familiar.

—¿Sospechas de alguien?—preguntó Eliza, dejando el móvil.

—Aún no tengo certezas—dijo Harrison—. Y no quiero soltar teorías sin pruebas, pero no es buena señal.

Daphne dejó la taza con cuidado.

—¿Estás diciendo que alguien está desviando fondos?

—Estoy diciendo que algo no cuadra. Puede ser un error contable o una trampa bien disfrazada. Pero no podemos hacer como si nada.

—Un caso, dos, son errores—indicó Rhett—. Más, es prueba de delito. Y claramente debemos ir al fondo.

—No podremos destapar esto antes de la gala. Investiguemos con calma, pero sigamos presentando un frente unido y recabando

fondos. Las fundaciones necesitan el dinero.

Rhett bufó, el gesto tenso.

—No podemos sentarnos a tomar champagne y sonreír como si las cosas son maravillosas.

—No es fingir. No hemos hecho nada malo, salvo donar y ayudar. Quien sea que esté abusando de nuestra buena fe, lo sabremos—dijo Daphne con calma—. Pero estaremos todos en esa gala, mostrando a Kingship como una marca...

Él la miró con una ceja arqueada.

—¿Eso es lo que es? ¿Una marca?

—Hacemos que Kingship ayude a gente que no puede sostenerse sola. Es vital de que se vea a la fundación como funcional, aunque por dentro estemos parchando goteras.

Eliza alzó su taza y la giró entre los dedos.

—Rhett, no subestimes el poder del marketing, de unas buenas fotos. A los donantes les gusta creer que cambian el mundo mientras firman un cheque y beben.

Daphne asintió.

—Hay mucha gente que dona buen dinero, pero no lo hace por sentirlo necesario, salvo para sus ejercicios fiscales. Les gusta sentirse importantes, salvar el mundo. Eso requiere copas de champán, selfis en jardines y discursos bien medidos. Así que eso les daremos.

Rhett soltó aire por la nariz.

—Vaya. Yo creyendo que era por altruismo.

—A ver—intervino Daphne—. ¿Vamos a discutir filosofía moral o a salvar la gala?

Un silencio breve. Una pausa para tragos de café y miradas cruzadas.

Eliza suspiró.

—Yo voto por los dos. Un poco de moral, un poco de maquillaje.

Rhett ladeó la cabeza, miró a sus tres hermanos y soltó una media sonrisa.

—Okay, está bien, capitán—dijo a Daphne—. Iremos a la gala, sonreiremos, pero también buscaremos a quien está manipulando la

fundación.

—Por supuesto. Yo me encargaré de la parte frívola, si no les molesta—replicó Eliza.

—¿No lo harás si te decimos que sí nos molesta?—preguntó, y se ganó una patada por debajo de la mesa.

Se oyeron pasos cruzando la galería lateral. El sonido de voces bajas, algún roce de tela, risas apenas contenidas.

—Ah, la pareja feliz está aquí—murmuró Eliza, sonriendo.

Beau y Lila aparecieron en el umbral, de la mano. Rhett miró a su hermano y suspiró. El mayor sí que había dado un giro, y su ropa era síntoma. Informalidad exclusiva, un contraste con el CEO formal que solía ser.

Lila iba sencilla y bonita en su vestido beige entallado, pero lo que la destacaba era su sonrisa gentil y el amor que brotaba por su mirada cada vez que se posaba en Beau.

—¿Es que no hacen nada solos? —soltó Rhett, con media sonrisa—. Es... nauseabundo.

No había calor en su voz. Solo ese filo que usaba cuando quería pinchar sin que pareciera demasiado personal.

Beau lo miró con una ceja apenas levantada. Nada más. Una advertencia muda de que no jodiera con Lila.

Esta, en cambio, se encogió de hombros.

—Es lo que pasa cuando hay amor, Rhett. Te lo recomiendo.

—Paso—dijo él, ya mordiendo una tostada con dulce de frambuesa.

Pero antes de bajar la vista, le guiñó el ojo a su cuñada. Ella no respondió. No le hizo falta. La sonrisa le bastaba.

—Llegan justo a tiempo para los temas serios—dijo Eliza, con tono ligero.

—Sí, estamos con interés de debate filosófico—gruñó Rhett.

—¿Qué toca hoy? ¿El bien común contra la vanidad?—preguntó Beau, ya sirviéndose el café.

—Más o menos —respondió Harrison—. Hablábamos de Kingship. Y de que hemos de ir a la gala y fingir que queremos hablar con los donantes, en especial los dinosaurios.

Lila no esperó a ser incluida. Tomó un vaso de agua con hielo y se sentó sin ceremonia.

—Entiendo que puede ser un bodrio, aunque me han dicho que se come y bebe bien—dijo Lila, cuidadosa—. Pero estoy convencida de que hacen una tarea formidable. Hay varias fundaciones expectantes de que los fondos puedan aumentar. El costo de vida afecta a esas caridades.

Beau tomó su mano y sonrió.

—Lo hacemos lo mejor que podemos. Y sí, Rhett tiene razón, puede ser… Cansino. Pero funciona. El dinero llega. Y hace falta.

Rhett la miró de reojo, con una media sonrisa.

-Y también parece que se va sin mucho control, ¿no es así, Harrison?

Beau se puso serio de inmediato, el CEO sagaz en él entendiendo de inmediato la implicancia.

—¿Qué? Harry, ¿de qué hablamos?

—La contabilidad apesta. Estoy investigando. De eso hablábamos.

—Quiero saber todo.

—Seguiré chequeando los libros, pero les enviaré resúmenes.

—Perfecto.

Daphne intervino, cortando el hilo con suavidad.

—Dejemos esto. ¿Y Henry?

Lila bajó el vaso con un gesto más blando al hablar de su hijo.

—En su sesión. Hoy trabajan con juegos para la dislexia. Le está costando, pero se esfuerza.

En su voz había un calor sereno, una ternura que bajó el volumen emocional de todos en la mesa. Incluso Rhett se acomodó un poco, interesado. El niño era agradable, había traído aire fresco a la casa.

La conversación luego fue hacia temas que favorecían a Eliza, que en tono casi conspirativo, se inclinó hacia Lila.

—¿Elegiste vestido? Considera que las damas van a ir vestidas para competir por pantalla.

—Sí—dijo Lila, arqueando una ceja—. Ya vi un par de nombres en la lista de invitados que son celebridades.

—Pues yo todavía no tengo nada—suspiró Eliza—. Pero me niego a pasar desapercibida. Necesito una pieza única. Me asesorará Jules Varela, un estilista emergente que está obsesionado conmigo.

—¿Obsesionado? —repitió Rhett, divertido.

—Totalmente —respondió Eliza con una sonrisa traviesa—. Dice que soy su musa. Pero creo que lo que quiere es que aumente sus seguidores.

—Típico—murmuró Harrison, mientras bebía—. Tienes un gusto impecable, no lo necesitas. Que se la curre solo.

—Me gusta—le dijo Eliza—. Por cierto, no te dejes asesorar por mamá otra vez. Tratemos de que parezcas un hombre de tu edad, no de la generación de nuestro padre.

Daphne chasqueó la lengua con una sonrisa.

—Cambiemos de tema, hay mucho por hacer para la gala. Rhett, ¿tienes el discurso listo?

Resopló y negó, pero antes de que Daphne dijera más, levantó su mano.

—Estará perfecto y a tiempo. Haré que abran sus billeteras, no te inquietes.

Capítulo 8

Okay, estaba bien. Más que bien, con franqueza. El género era hermoso, y el vestido le caía como un guante. Su ojo no había fallado al elegirlo en el perchero de la tienda de segunda mano.

Claro que la modista de *Maison Delphine* lo había refinado con unos toques magistrales. No era nada ostentoso, sí elegante. El satén azul noche brillaba lo suficiente como para hacerla sentir distinta, como si de pronto perteneciera a otro mundo.

Se miró de perfil: el cabello recogido en un moño bajo con mechones sueltos suavizando el rostro, la pulsera fina de oro blanco brillando en su muñeca.

Su única joya invaluable, por lo sentimental: Mae y Thelma se la habían obsequiado cuando cumplió la mayoría de edad.

La cartera Dior era pequeña y préstamo de la madre de Lucía, su otra amiga y compañera de trabajo y sumaba para que el resultado fuese decente.

Era afortunada de tener varias hadas madrinas, pensó con ironía: la modista, sus amigas, Mae y Thelma.

Rio bajito y giró, elevándose sobre sus deditos de los pies.

—Una Cenicienta moderna, eso soy—murmuró—. Claro que si esta noche pierdo un zapato, seguro me rompo un tobillo… Y no hablemos de la falta de príncipe en la historia.

Se sentó y se colocó los tacones, tirando fuerte de las hebillas para asegurarlos. Se incorporó y probó a caminar con naturalidad.

Joder, mañana le iban a doler los talones, porque estaba muy acostumbrada a las zapatillas y botas bajas.

¡Qué de sacrificios implicaba esta gala!

El móvil vibró con notificaciones:

Lucía: *¿Ya estás lista? Manda fotos. Quiero verte brillar.*

Carla: *Ey, amiga, mucha suerte hoy. No te me escondas en un rincón, ¿ok? Esta noche es tuya.*

Mae: *Diviértete, Michi. No estés nerviosa, recuerda que nos quieren allí como florcitas, nada más.*

Thelma: Querida, atenta a los *discursos. A veces sueltan algún dato interesante. Ojalá sea que van a incrementar la financiación. Dedos cruzados.*

Michelle sonrió, contestó a con emoticones y agradecimientos, y luego dejó el móvil a un lado y se sentó. Cerró los ojos y respiró hondo un par de veces para calmarse.

Mae tenía razón, claro, pero esto de ir sola y estar en exposición ante lo más granado de Savannah la ponía nerviosa.

—Tú puedes, Michelle. Por Casa Magnolia.

Descendió a la planta baja para esperar el transporte, y cuando el mensaje de que el auto la esperaba sonó, se apresuró a guardar el móvil en la bolsa y salió a la acera.

El chofer descendió, gentil, un hombre de pelo cano que le abrió la puerta trasera.

—¿Hotel Jefferson?—le dijo cuando estuvo detrás del volante, y Michelle asintió.

El motor encendió suave.

—La gala de Kingship es un acontecimiento—comentó él, con una sonrisa discreta—. Esta noche lo mejor de Savannah parece estar de camino allí.

—Y yo—dijo ella, y el chofer lanzó una risita divertida—. ¿Así de grande es? —preguntó ella, más para soltar nervios que por curiosidad.

—Políticos, empresarios, deportistas… Hasta hay rumores de que vino una actriz de Nueva York. Hay fotógrafos por doquier—El hombre silbó bajo—. Va a ser una de esas noches de titulares.

Michelle se mordió el labio y miró por la ventanilla.

—Con suerte yo paso desapercibida.

—Lo dudo, señorita—El chofer le devolvió la mirada por el retrovisor, amable—. No con ese vestido y esa sonrisa.

Ella soltó una risa breve, agradecida. Las calles se llenaban de luces cuanto más se acercaban. Balcones decorados, fachadas restauradas, avenidas convertidas en pasarela.

Frente al hotel, un desfile de Rolls-Royce, Bentley y Aston Martin brillaba bajo los focos. Valets corrían de un lado a otro,

uniformes perfectos, llaves de coches que costaban fortunas pasaban de mano en mano.

—Aquí estamos.

Michelle pagó y respiró hondo antes de bajar. La fachada del Jefferson era majestuosa: columnas clásicas iluminadas, banderas ondeando, la alfombra roja extendida hasta la escalinata. Icono de la ciudad, escenario de portadas.

A su alrededor los flashes parecían estallar cada pocos segundos apuntando a diestra y siniestra. Vio a la alcaldesa posando entre aplausos, un senador avanzando con su esposa, una cantante local sonriendo para los fotógrafos.

Michelle apretó la cartera en sus manos y se arregló el vestido sutilmente. Miró alrededor en procura de encontrar a alguien conocido, y para su alivio lo vio.

El hombre de cabello canoso vestía un traje sencillo pero digno. Lo reconoció de inmediato: era el administrador de un hogar de acogida parecido a Casa Magnolia. Howard, George Howard, recordó.

Lo saludó con timidez, acercándose, y él le sonrió con calidez.

—Te conozco, eres de Casa Magnolia.

—Así es. Michelle.

—George. Seguramente estaremos en la misma mesa.

—Eso espero—respondió, más tranquila al ver un rostro amigo.

A los segundos se les unió una mujer afroamericana, sujetando su bolso con ambas manos.

—¿Primera gala?—preguntó Michelle, amable.

—¿Se nota mucho?—rio nerviosa—. Soy Angela Brooks. Represento a un centro comunitario. Creí que me iban a mirar raro con este vestido—susurró.

—Estás preciosa. Yo represento a Casa Magnolia—dijo Michelle con sinceridad.

El hombre intervino, guiñando un ojo.

—Créeme, todos fingimos un poco aquí. La diferencia es quién lo hace con más gracia.

Los tres rieron. Luego la mujer preguntó:

—¿Y cómo están Mae y Thelma? He oído hablar tanto de ellas…

Michelle sonrió, con ternura en la voz.

—Son el corazón de Casa Magnolia. Cansadas, como siempre, pero firmes. La casa sigue en pie por ellas.

—No hay verdad más grande. Pero el dinero de esta fundación es importante—dijo la mujer, y Michelle asintió.

—Así es —contestó.

—Vamos, señoras, entremos—dijo George, y las dos le siguieron, avanzando hacia la escalinata.

El interior del Jefferson Hotel deslumbraba. Candelabros de cristal colgaban del techo altísimo, reflejando la luz sobre mesas redondas vestidas con lino blanco y centros de flores.

Camareros impecables se movían con bandejas de champán, y un cuarteto de cuerdas llenaba el aire con música que flotaba sin estorbar.

En la mesa de acreditaciones, Michelle recogió su tarjeta.

—Mesa once, señorita—dijo la joven de protocolo.

—¿Hay algo en particular que debemos hacer?—inquirió, pero la joven negó.

—Más tarde proyectaremos imágenes de las distintas beneficencias. Disfruten de la noche, y sonrían.

Michelle asintió. Eso podía hacerlo. La guiaron hasta su mesa, que tenía buena vista a la pista decorada con luces doradas. Se acomodó junto al George y Angela.

Angela se inclinó hacia Michelle y señaló discretamente.

—Mira, ahí están las Montgomery. Daphne y Eliza. Hermosas mujeres, y tan elegantes.

Michelle clavó los ojos en ambas. Sí, en verdad eran bonitas, cada una en su estilo. Y lo que vestían era de cortes impecables: Daphne llevaba un vestido marfil con caída perfecta, Eliza uno en verde esmeralda que parecía fluir con cada paso.

Ninguna marca visible, nada de logos. Diseños hechos a medida, pensó Michelle. *Claro, los realmente ricos no promueven grifas.*

El administrador intervino, con gesto respetuoso.

—Y aquel es Beau Montgomery, con su esposa.

Angela bajó la voz, con picardía.

—La divorciada. Eso causó tormenta en la familia, dicen. Me imagino que la rama Beaumont estaría nerviosa. Son tan tradicionales. Pero… —los observó mientras él le apartaba un mechón del cabello con ternura—. Está claro que ese hombre la adora.

Michelle lo miró y asintió. Él la tenía sujeta de la mano y la miraba con una sonrisa, y le besó la mejilla. No pudo evitar sentir una punzada de envidia: alguien que te mirara así, como si no hubiera ruido alrededor, como si fueses su único interés, tenía que ser increíble.

El señor Howard soltó un suspiro y le miraron. Él hizo un gesto discreto y Michelle miró al lugar que señalaba.

—Cornelius y Lucille Beaumont. Lo más rígido y solemne de la familia, al lado de Whitford, otro estirado.

—Dinosaurios. Rancio abolengo, visión del siglo XIX—Angela rio, un sonido bajo y ácido—. Apuesto a que todavía sueñan con las viejas plantaciones de Georgia.

Michelle parpadeó y observó como los dos hermanos, que debían estar cerca de las siete décadas, avanzaban hacia una mesa cercana a la suya.

Las luces bajaron un poco entonces, y el maestro de ceremonias subió al escenario.

—Bienvenidos a la gala anual de Kingship. Esta noche es para disfrutar, celebrar y, sobre todo, dar—Hizo una pausa dramática—. Tenemos cócteles, música y un remate muy especial que proveerá de experiencias únicas para nuestros elegantes y generosos donantes.

La sala estalló en aplausos, y de inmediato los mozos invadieron la sala con bandejas, y por un rato solo hubo música muy suave, conversaciones, y disfrute.

Michelle se entretuvo conversando con animación hasta que un animador con voz engolada dio inicio al remate.

—Un viaje en yate por el Caribe… ¡Empezamos en veinte mil dólares!

—¡Veintidós mil! —gritó un hombre al fondo.

—¡Veinticinco! —replicó otro, levantando la paleta como si fuera un juego.

Las risas y vítores llenaron la sala. Angela rodó los ojos, divertida.

—Mira cómo se pelean por el sol y el ron.

Siguió una cena privada con un chef con tres estrellas Michelin. La puja trepó a treinta mil. Michelle apretó la copa de agua, haciendo cálculos: *con eso pagaría un año entero de comida para Casa Magnolia*.

El tercer lote fue un fin de semana en un viñedo en Napa, con cata privada.

—¡Treinta y cinco mil!—bramó alguien, pero las ofertas subieron.

Se divertían. Michelle sintió la frustración subirle a la garganta. *Ese dinero podría cubrir los estudios de los once chiquillos. Se podría reparar el tejado de la casa.*

Cada risa, cada copa alzada, la empujaba más hacia afuera. Era como si hablaran otro idioma. Ella apretó la servilleta en las manos. *Con lo que acaba de pagar ese hombre por un cuadro menor, daríamos de comer a los once niños durante dos años.*

Por fin, llegó la hora de la presentación oficial. Los focos iluminaron el escenario. Primero apareció el matrimonio Montgomery Beaumont, ambos elegantes y con sonrisas medidas. Horace y Eleanor. Después los hijos. Uno a uno, subieron. Michelle los siguió con la mirada distraída hasta que lo vio.

El último, en el extremo. Camisa blanca impecable, corbata, traje gris entallado que ajustaba su cuerpo, ojos grises y mandíbula que cortaba vidrio. Michelle abrió los ojos y la garganta se le secó. Oh, carajo.

Miró como el micrófono pasaba de mano en mano y llegaba hasta el hombre que le había hecho ver las estrellas no hacía tanto. El barítono de su voz llenó la sala.

La voz que había susurrado en su oído y había dicho guarradas.

—En nombre de la familia y de la fundación Kingship, les damos la más cordial de las bienvenidas y agradecimiento. Nos congratula tenerles aquí, y nos enorgullece llamarlos amigos. Esta noche es posible gracias a su generosidad. Abran sus corazones, y sí, también sus chequeras…

El público rio. Michelle, en cambio, sintió que se le cortaba el aire. El que hablaba era su aventura, su ligue, el maromo sensual que la hizo vibrar esa noche que debió ser anónima…

A la mierda; Rhett sin apellido acababa de salir del anonimato. ¡Era uno de los jodidos herederos de la familia Montgomery Beaumont! Los benefactores principales de la Casa Magnolia.

Oh, ¡qué enredo! Su corazón se aceleró y de pronto tuvo urgencia por irse, por dejar el sitio antes de que él la viera, la reconociera y tal vez pensara…

Oh, ¡esperaba que no pensara que Michelle lo había reconocido esa noche! ¡Que había ido a la caza!

Solo eso faltaría, que su ligue sin consecuencias, su dejarse ir de una noche afectase a Casa Magnolia.

¿Por qué lo haría, Michelle? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Tranquila, sonríe, y cuando veas la oportunidad, te vas. Fue una casualidad, no tienes que sacarlo de proporciones.

Capítulo 9

Okay, esto no estaba funcionando. Su discurso motivacional interno no lograba acompasar el pulso que le latía en la garganta, insistente, cada vez que alzaba la vista y lo veía ahí, sobre el escenario.

Rhett Montgomery. El hombre que le había quitado las telarañas a su coño y lo había hecho con espectacularidad.

No ayuda, Michelle, ponerte lujuriosa no ayuda. Céntrate. Compostura. Un ratito más y podrás irte a tu apartamento, satisfecha de que cumpliste.

Tomó aire. *Naturalidad. Nadie va a leerte la mente y descubrir de pronto que follaste con el soltero más codiciado de Savannah. Que está hablando sobre Kingship y la dinámica de la fundación y yadayadaya…*

—¿Te sientes bien, querida?—susurró Ángela a su lado, y Michelle se forzó a removerse de su quieto estupor y sonrió breve, asintiendo.

—Un poco cansada, nada más. Ha sido una semana…

—Entiendo, siempre es así cuando uno tiene tanto en su plato por resolver—señaló la otra con gentileza.

Miró alrededor. La atención de los presentes estaba clavada en el escenario, y ¿cómo no? Los miembros de la familia eran estéticamente impecables.

Joder, ¿cómo era que parecía que habían heredado genes superiores?

Son ricos, tienen lo mejor a disposición, y eso implica asistentes que les quitan preocupaciones de encima, acceso a los mejores tratamientos, vestimenta, maquillaje.

No eres feo, eres pobre, recordó con ironía la frase que aparecía cada tanto en publicaciones sociales en las que se veía el antes y el después del éxito de figuras carismáticas

Había miradas femeninas hambrientas sobre Rhett y su hermano Harrison, y no dudaba que ese deseo se extendía también

al mayor, Beau, a pesar de su matrimonio reciente.

Mujeres jóvenes, pero también en la mediana edad, susurraban y reían, probablemente comentando lo atractivo, sensual, magnético, que eran los hombres Montgomery.

La idea de levantarse y marcharse volvió como un reflejo. Nadie miraba a su mesa, eran conejillos puestos como prueba del destino del dinero donado, pero esta era una fiesta de los poderosos para festejarse.

Bastaría con escurrirse rápido. Se inclinó apenas hacia el pasillo, pero George le cortó la retirada con un susurro cercano:

—¿Aburrida? Normal, a tu edad los discursos pesan. Pero este es el momento grande, el que todos esperan.

Michelle le devolvió una sonrisa que no llegó a los ojos. Se reacomodó y volvió a clavar la vista en el escenario.

Rhett hablaba con aplomo, agradecía, lanzaba frases que arrancaban risas medidas. Quiso nombrar a las fundaciones, pero se enredó, y fue claro que alguien le sopló nombres.

Michelle torció su boca, fastidiada*. Lo dicho, fachada. Habla sin saber, no tiene idea de a quién o para qué obra va el dinero. Pura pose.*

—*…* Un aplauso grande para los que sostienen, ayudan y donan su tiempo y su energía para tan nobles causas.

La frase se acompañó con aplausos y las luces barrieron el salón y se clavaron en su mesa. *Mierda. ¡Show time!*

Tragó saliva, tomada por sorpresa, y sonrió de forma automática, igual que lo hacía en la boutique, la boca amplia mientras el estómago se encogía.

La pantalla al fondo comenzó a proyectar imágenes: un comedor con vapores de sopa, una huerta comunitaria, niños en clase con lápices gruesos entre dedos inseguros, un porche con sillas desparejadas.

Eran fotografías hermosas, emocionantes. Una a una, desplegaban la infinita caridad que hombres y mujeres en esta mesa sentían y el compromiso fortísimo con niños, mujeres violentadas, personas afectadas en su salud.

Casa Magnolia apareció en algunas tomas, y le calentó el alma ver a Thelma y Mae junto a los chiquillos en poses diarias.

Joder, ¡qué fuerte! No importaba que estos millonarios lo hiciesen por hobby o finanzas. Ayudaba, vaya si lo hacía, contar con inyecciones de efectivo, aunque limitadas.

Las lágrimas amenazaron caer, y se limpió una antes de que rodara, pero vio que los que la flanqueaban estaban en la misma situación, y sonrió.

La voz que se elevó en la mesa un poco más adelante cortó la dulzura del momento, y la hizo girar la cabeza tan rápido como aquel personaje, *Regan*, en *El exorcista.*

Era la mesa de los que antes habían calificado como los dinosaurios georgianos: Lucille y Cornelius Beaumont, el millonario Whitford, entre otros.

—Sería mejor evitar este momento tan penoso. ¿Qué nos espera el año siguiente, una exposición de miserias en vivo?—El millonario sopló ruidoso—. Una cosa es donar, otra comerse estas exhibiciones. Mostrar a un chaval minusválido en una gala tan elegante…

¡Puta madre! No se podía ser tan bastardo. Michelle se mordió los labios y entrecerró sus ojos, que si tuviesen poder habrían dejado seco a ese pescado sin sentimientos.

¿A qué venía aquí, por favor? ¿Qué creía le haría ver a un dulce niño con síndrome de Down? George se inclinó otra vez hacia ella, esta vez con una mueca torcida.

—Típico de un hombre que no entiende la vida de verdad—murmuró.

Antes de que pudiera reaccionar, Whitford remató, ufano:

—Ay, vamos, joder. Ya es suficiente. Innecesario.

Alguien en la mesa de Michelle graznó, hubo un murmullo, y Angela masculló entre dientes:

—¡Pero qué cateto idiota!

Michelle respiró hondo, tan tranquila como podía, pero restringiéndose. La rabia le hervía bajo la piel. Y entonces no pudo resistirse.

—Perdone—Su voz sonó clara y atrajo la atención de la mesa de aristócratas—. Se dice *niño con discapacidad*. Y es su situación la circunstancia que motiva la necesidad de ayudarlo. El problema no está en él, sino en quien mira sin entender.

La sonrisa de Whitford se congeló, sus facciones tensándose como si hubiera olido algo agrio.

Lucille Beaumont arrugó su aristocrático semblante, la frialdad en sus ojos capaz de congelar un salón entero.

—Mi comentario…

—Comentarios—corrigió Michelle.

—No tenían doble sentido—replicó Whitford, envarado, la voz un poco más alta—. Aquí no necesitamos comisarios del lenguaje. Estamos para dar, para solucionar.

Qué magnánimo. Un dios mirando a los desgraciados, pensó Michelle, mordiéndose la lengua para no decirlo.

Lucille Beaumont elevó la cabeza, el gesto cargado de veneno.

—Hay gente que tiene que conocer su lugar.

El calor le subió por las mejillas. Iba a callarse, de nuevo. Pero Whitford, con el desdén en cada sílaba, echó la leña que faltaba mientras se daba la vuelta.

—¿Qué se puede esperar de esta gente?

Michelle se irguió en la silla, clavando los ojos en los suyos.

—¿Perdón? ¿A qué se refiere con *esta gente*? ¿A los que dedicamos vida y tiempo? ¿A los que ponemos el cuerpo?—Siguió a pesar de que Whitford no la miraba. La escuchaba bien, y lo haría—. Porque es muy fácil firmar un cheque, descontar impuestos y olvidarse del mundo que sufre, ¿no?

El murmullo se extendió como ola en las mesas contiguas. Sus compañeros le tocaron el brazo, le susurraron que lo dejara, que había demasiados ojos mirando.

Una voz femenina, suave pero firme, se elevó desde la mesa de los millonarios. Una mujer mayor, de semblante afable, inclinó la cabeza hacia Lucille Beaumont:

—Ya está bien. Esta es una noche para celebrar la vida.

La tensión se aflojó un instante, aunque los gestos de los millonarios hablaban de profundo disgusto. Michelle intentó

recomponerse, dejar pasar. Esto había sido el aviso de que tenía que retirarse.

Pero entonces lo vio: móviles levantados, grabando. Y, desde un costado, avanzando hacia ellos, Rhett Montgomery. Joder, joder, joder. Lo que faltaba. La sangre le inundó el rostro. *¿Qué mierda acabo de hacer?*

++++

Los aplausos le llenaron los oídos y Rhett se permitió soltar el aire, cómodo con su presencia en el escenario.

Había logrado mantener el hilo de su discurso, intercalar bromas, y hablar de lo esencial, lo que la familia quería comunicar sobre Kingship

—… Son fundaciones como…

Joder, un blanco, justo cuando debía nombrar las entidades. Harrison murmuró los nombres y uno tras otro los repitió, cual guacamayo adiestrado. Su error, no escribir los nombres, pero ya estaba. Nada grave, aunque no había sonado natural.

Las luces bajaron y comenzó a desplegarse el video con imágenes, que miró con interés, para luego considerar que se merecía un trago, y se movió del podio para deslizarse por el borde del salón, sonriendo y saludando con su cabeza, esquivando alguna mano femenina ansiosa y miradas que lo desnudaban.

Las peores eran las maduras, pero también las más divertidas, pensó, meneando su cabeza. Estaba por alcanzar el bar montado en el fondo cuando escuchó algunas voces altas y la curiosidad le hizo mirar.

La zona donde estaban sus tíos parecía alterada. La tía Augusta estaba demasiado erguida, los labios apretados. Whitford, el fastidioso mejor amigo de su tío Cornelius, tenía el cuerpo vuelto hacia otra mesa con aire de inquisidor molesto y pomposo. Y había móviles apuntando hacia ellos.

¿Qué cojones pasa aquí? Rhett aceleró el paso dispuesto a limar cualquier aspereza. Al llegar, oyó la frase que sonó como un latigazo:

—…muy fácil firmar un cheque, descontar impuestos y olvidarse del mundo que sufre, ¿no?

Oh, maldición. Esto era delicado, había alguien muy, muy molesta. Una voz femenina, firme, cargada. Rhett miró a la entrada en busca del coordinador de seguridad, por si acaso, pero no le vio, y se abocó a intervenir.

No esperó recibir la sorpresa del año. La que aparecía disgustadísima y en postura defensiva era la mujercita sexy que había follado con ardor días antes. *Michelle*.

El impacto de verla aquí le recorrió el cuerpo entero, que reaccionó sin que le importase un comino la circunstancia del reencuentro.

Los ojos se le agrandaron sin control, el pulso le golpeó la garganta. El recuerdo fue inmediato, brutal: su boca, dulce, caliente. Su piel suave, sus gemidos, y la corrida más intensa. El calor le bajó directo a la pelvis, un latido crudo que lo desestabilizó.

Abajo, jodido, que no está el horno para bollos. Allí estaba ella, erguida, mirada furibunda y a la vez encendida, clavada en Whitford y en Lucille. Una llamarada en pleno salón de mármol.

Rhett parpadeó, quiso intervenir, apagar el incendio que parecía crecer, y no tenía idea de por qué.

Augusta le hizo una seña mínima, dedos rozando el aire, un *haz algo*. Todos los móviles parecieron girar hacia él. Michelle lo miró entonces, los ojos como cuchillas, exigiéndole que eligiera bando.

Abrió la boca y soltó lo primero que creyó conciliador:

—No hagamos un debate aquí, dejemos los matices para otro momento. Esta noche se trata de celebrar lo que damos, no de cuestionarlo.

El murmullo se encendió en la mesa, que no era otra que la de los administradores y directores de las fundaciones beneficiadas por Kingship. Mierda, Michelle era uno de ellos, se percató.

Trató de recular, porque la frase pronunciada, neutra en su intención, sonó a respaldo de lo que fuese que Whitford hubiese dicho. La tía Lucille alzó el mentón, satisfecha, y eso era prueba fehaciente de su error. Rhett estaba siempre en las antípodas, excepto hoy, al parecer.

Observó a Michelle, y sus ojos parecieron golpearlo con desdén. Sus bonitos labios, que podían devorar, estaban apretados. Rhett comprendió que había metido el pie en el fango.

El aire se espesaba, los móviles en alto brillaban como luciérnagas cazando sangre. Si, definitivamente estaba pisando terreno resbaladizo.

—Mmm. Creo que…

Miró hacia el frente, su mirada pidiendo socorro en silencio, y por fortuna pareció que el incidente había sido percibido, porque su hermana Eliza apareció presta a su lado, impecable y sonriente, moviéndose con la gracia de quien sabe dónde apagar incendios.

—Jesús, nuestro hermano Harrison sí que puede hablar horas de números—indicó, haciendo notar que el contador estaba dando el informe económico en el escenario—. Tías, qué radiantes estáis esta noche—canturreó, plantando un beso rápido en la mejilla de Augusta y otro en la de Lucille, antes de inclinarse hacia Whitford con un elogio superficial sobre su corbata.

El millonario, halagado, bajó la guardia un segundo. Eliza charlaba, sonreía, tocaba brazos, desviaba miradas, y el manto piadoso se dirigió también a la mesa donde estaba Michelle.

Un minuto después, la tensión se había fragmentado en varios frentes menores. Y justo entonces, desde el escenario, Harrison cedió el micrófono a Daphne.

—Y ahora… —la voz de su hermana sonó clara y firme. Rhett seguía parado como estatua entre las dos mesas—, queremos mostrar los premios de este año a las instituciones que más impacto han tenido en nuestra comunidad.

Las luces se volcaron de nuevo hacia el escenario. El murmullo se apagó. Rhett aprovechó la distracción como quien aprovecha un respiro en medio de una pelea.

Se aproximó a la mesa de las fundaciones. Saludó con una inclinación de cabeza general, y trató de ser convincente en su interés.

—Gracias a todos por estar aquí.

—Gracias por la velada, Rhett. Una noche llena de matices, ¿eh? —dijo el hombre mayor con una media sonrisa que olía a doble

filo.

Rhett sonrió también, encajando la broma como si no la entendiera. Michelle permaneció en silencio. No le sostuvo la mirada; se refugió en el vaso de agua, los labios apretados. *Joder, hasta callada grita.*

Iba a decir algo, cualquier cosa, cuando una voz masculina lo interrumpió.

—Señor Montgomery—Un hombre de barba corta, acreditación colgando del cuello, le mostró la tarjeta de prensa—. Álvaro Cárdenas, *Savannah Daily*. Subí un clip de la gala a nuestras redes, hace apenas minutos. Ya hay reacciones. Tal vez quiera verlo antes de que escale más.

En otro contexto Rhett le habría enviado a tomar por culo, pero… La gala, las apariencias, el propósito superior y todo eso. Así que no perdió la compostura y elevó una ceja, concediendo a observar.

En la pantalla del móvil vio la aplicación Instagram abierta, y el video comenzó a correr mostrando el clip mencionado. Diez segundos, más o menos, de pesadilla mediática, lo reconoció internamente así.

Whitford diciendo inconveniencias, su tía luciendo su más detestable gesto despreciativo. ¿Cómo cojones eran tan idiotas, diciendo tales groserías en una velada que era para ensalzar lo mejor y no lo peor de la élite de Savannah?

La mujer… Michelle, era pura dignidad en palabras y gestos, elevándose por encima de la miseria moral de Whitford. Lo había corregido con altura, con pasión, y la cámara la adoraba.

Era como ver la pirámide social reflejada en el intercambio. No iba a ser fácil desentrañar el daño que acababa de recibir la imagen de Kingship, y no importaba que los que hablaron no representaran a la fundación ni a la familia.

Lucille y Augusta estaban en la mesa, mal que le pesara a la segunda, y eso era suficiente.

¿Lo peor? Él, Rhett, llegando justo a tiempo para decir una tontería que lo posicionaba a su lado, a minutos de dar el discurso en nombre de los Montgomery y Kingship.

Gilipollas, cateto. ¿Es que no sabía que no había comedido que saliera bien? Diez segundos, un video, y una situación de mierda en la que la única que aparecía con agallas y honor era esta mujercita, Michelle.

Su mirada fue a los comentarios en la publicación, y los tres puntos marcaban que las reacciones aumentaban.

@brett: Babosos millonarios, viven en una burbuja.

@marcustheone: Kingship, defienden el clasismo hasta en galas benéficas.

@notimportant: La chica de azul es la única con dignidad en esa sala.

@missaug: Whitford y los Montgomery, dos caras de lo mismo.

@freewilly: Vergüenza ajena. Dan limosna para la foto.

El periodista lo miraba, expectante:

—¿Alguna declaración, señor Montgomery?

Rhett negó, pero sonrió, afable, o su versión de ello. Su ánimo caía con rapidez.

—No, no realmente. Salvo que quiero agradecer la presencia de todos los que trabajan para erradicar el dolor y la miseria de Savannah.

Hizo un gesto de saludo y se apartó, volviendo a la mesa principal con pies de plomo. Daphne sonreía aún en el escenario, ignorante del incendio digital que ya ardía afuera.

Rhett se dejó caer en su silla, alzó la copa y se escondió tras ella, como si el cristal pudiera cubrirle la cara.

—Tenemos un desastre en marcha—murmuró a Eliza cuando esta regresó, sin dejar de sonreír al público—. Cuando puedas mira el Instagram del Savannah Daily. Esto va a ser un dolor de huevos.

El scotch bajó áspero por la garganta. El murmullo en el salón seguía, pero la tormenta real ya rugía en las pantallas de media ciudad, y la exclamación y palidez de Eliza, que miraba su móvil debajo de la mesa, le reafirmó la idea. Un puto problema, que se agregaba al que había detectado Harrison.

Capítulo 10

Michelle estaba como clavada en la silla, su cabeza con mucho ruido. Había explotado sin considerar que no estaba aquí para defender nada.

Había dejado que las frases desafortunadas de personas que vivían en una nube de bienestar la permearan. Lo hizo personal.

<<Michi, cariño, recuerda los cuatro acuerdos. Eres buena con tus palabras, honesta, y das siempre tu mejor esfuerzo, pero tiendes a suponer y a tomarte las cosas personal. Esto te amarga o te mete en líos,>> solía aconsejarla Mae. Michelle volvía a fallar.

Se había pasado. Había confrontado a gente poderosa y con peso en Kingship, y estaba segura de que ese Whitford era de los rencorosos. Thelma y Rosa no estaban para estos jaleos.

Habían confiado en ella para que representase a Casa Magnolia, sonriendo y asintiendo, como una muñeca bien vestida.

¿Qué eran su indignación y su furia por la frialdad ajena frente a la necesidad económica de los que vivían con Thelma y Mae? *Nada, no son nada. Vas a disculparte, tienes que tratar de corregir esto.*

Buscó al periodista, dispuesta a hacer una declaración ya mismo, y le vio conversando con Rhett, ambos mirando el móvil. Al millonario no se le movió un músculo del rostro, pero sus puños… Contaban otra historia.

—Mira—le susurró Angela, el móvil discreto en su mano—. Ese periodista estuvo en el lugar justo para hacer la toma perfecta del momento, y la va a explotar.

El video subido por Álvaro Cárdenas trepaba en vistas, likes y comentarios. *Momento tenso en la gala Montgomery. ¿Debemos mostrar realidades o dulcificarlas*?

—Ay, joder, esto es malo. No me lo van a perdonar si afecta a Casa Magnolia.

—No sé qué decirte. Es complicado, pero hoy día surgen cosas todos los días, y la tormenta durará unos días hasta que otra la

sustituya.

—Eso espero—dijo, con fervor.

—Pero no te inquietes. No eres tú la que se gana el fastidio popular. Te están lloviendo admiradores, y con razón. Fuiste muy valiente.

—Inoportuna, eso fui—farfulló entre dientes.

Leyó algunos comentarios. Algunos la llamaban maleducada, desubicada, pero en general defendían su postura, su bravura, su honorabilidad.

Bravo, chica del vestido azul. Les dijiste verdades incómodas que muchos desearíamos gritar.

La embargó una mezcla de sensaciones extrañas: una pequeña satisfacción por los término bien dichos, y una vergüenza por el escenario en el que fueron vertidos. Casa Magnolia no necesitaba focos así. La Fundación menos.

La boca se le había secado, y la incomodidad crecía a pasos agigantados. Vio a Rhett sonreír y saludar con compostura y volver al frente, con su familia directa.

Ese hombre la debía odiar, pensó. Lo había expuesto. Indirectamente, pero era así.

George carraspeó y le palmeó la mano sobre la mesa con una sonrisa conciliadora.

—Bueno, la velada fue entretenida.

Michelle apoyó el vaso en la mesa.

—La cagué. Thelma me va a matar —susurró, con un hilo de voz.

—Quizás sí fuiste brusca. Pero entiendo tu indignación. Ese hombre habló con intolerancia, desde su clasismo. Cada empleado de Whitford debe estar aplaudiéndote ahora mismo.

Michelle logró un amago de sonrisa, pero se le congeló porque el periodista se dirigió hacia ella con decisión, y en un instante tenía el móvil en la cara.

—Señorita, ¿unas palabras acerca de la situación que vivió?

—No. Gracias—respondió, firme, y levantó su mano para quitar el dispositivo de su espacio personal, mirándolo con severidad.

—Solo para dar sus impresiones—insistió, pero Michelle se mantuvo firme.

Negó con vehemencia, y él bajó el móvil.

—Escuche, no voy a hablar, pero sí me interesa que se aclare que no hubo mala intención ni deseo de interrumpir la gala. Fue un… Entredicho, simple.

—Tranquila, esto es lo más interesante que ha pasado en un evento de estos, en años. Y le pone color. Además, creo que puede hacer mucho bien—dijo Cárdenas, gesticulando—. Esos millonarios quedaron mal parados, la fundación tendrá que hacer control de daños, y eso puede significar más recursos para todos ustedes.

Le guiñó un ojo y se fue, sin hacerse cargo de las implicancias negativas que esto podría tener. A juicio de Michelle, la situación podía dispararse al revés.

Su inquietud creció y miró alrededor: las luces, las risas falsas, la gente en sus ropas maravillosas. No podía estar un segundo más aquí.

Apenas encontró hueco, se levantó y salió al patio. El jardín olía a tierra mojada por los aspersores. Se recostó en la baranda hasta que el corazón recuperó un ritmo soportable.

Luego, pidió un coche y se adelantó calle abajo, sin esperar a que terminara el evento.

En minutos estaba rumbo a su casa, y su móvil vibró sin descanso.

LUCÍA: *¡Dios santo, Michelle! ¿Qué pasó? Instagram está explotando y estás en todos lados.*

CARLA: ¡*Amiga! Estuviste magnífica, lo juro, eres la puta ama. La gala es tendencia en X.*

MAE: *Michi, ¿estás bien?*

Bendita Mae, pensó*,* conteniendo el sollozo*.* Ni un reproche o comentario, solo preocupación por ella. ¡Cómo amaba a esa mujer, que era como su madre elegida!

MICHELLE: *Jodí las cosas, Mae. Me quiero esconder en alguna cueva lejos*.

MAE: *escribiendo…*

Hizo la cabeza atrás y suspiró, esperando, a la vez que ignoraba otros mensajes. No tenía fuerzas para lidiar con esto.

MAE: *No jodiste nada, salvo el orgullo de ese pomposo y odioso hombre. Thelma dice que nada de cuevas, mi querida. Casa Magnolia es refugio suficiente. Ven aquí, no dejaremos que nadie te moleste.*

MICHELLE: *Mañana. No voy a ser buena compañía ahora.*

THELMA: *Mañana hablamos, Michi, duerme sin arrepentimientos.*

Vaya si Thelma la conocía. Michelle se hundió en el asiento.

—Dios… ¿acabo de arruinarlo para todos?

Cuando llegó al piso, dejó la bolsa en la mesa y se quitó los tacones, apoyando la frente un segundo contra el marco de la puerta. Agua. Desmaquillarse, y pijama.

Sentada en el borde de la cama ensayó escribir la nota de disculpa en el bloc del móvil:

Si mi intervención ha causado incomodidad o perjuicios, lo lamento. Mi intención fue educar en el uso de los términos adecuados. Casa Magnolia se enorgullece de ser considerada por tan selecta fundación, y reconoce el trabajo serio que realizan.

Borró, reescribió, suspiró. Sin emoticonos, sin florituras. Al grano, seria. La releyó dos veces. Bien. Mañana la pasaría en limpio y la enviaría a título personal al correo de Kingship.

Antes de apagar la luz, abrió de nuevo el móvil. El vídeo crecía sin parar. Alguien había recortado la parte de Whitford, de Rhett, había memes con ellos.

Se tapó el rostro con ambas manos. ¿Cómo frenar esto cuando la cultura de la cancelación era una realidad?

No lo vas a frenar tú, y lo mejor va a ser no alimentar la maquinaria. No podía contestar nada, y debería desintoxicarse de las redes, porque habían encontrado sus perfiles y ya tenía cientos de comentarios, etiquetada una y otra vez.

Apagó el móvil y las luces, y se tendió en la oscuridad. Nerviosa, exaltada, preocupada. Luego de minutos interminables, apostó a respirar desde el abdomen, contando cuatro: *inspiro, mantengo 4 tiempos, exhalo, hago lo mismo.*

En algún momento la relajación o el cansancio físico y mental ganaron, y Michelle se durmió. Mañana. Mañana vería qué hacer.

Capítulo 11

Salió como una tromba, arrancándose la corbata apenas cruzó la puerta del Jefferson. El valet se apresuró a traer su coche, y subió ágil, pisando el acelerador para maniobrar de salida del lugar.

Tomó las calles despacio hasta que estuvo en la carretera y dio rienda suelta a su encono. El rugido del Maserati llenó la noche.

—Puta mierda —soltó, golpeando el volante con la palma abierta.

Dos horas… Dos horas había resistido luego del fenomenal lío en el que se metió sin querer. Con Daphne y Eliza a cada lado, conteniendo daños, sonriendo a periodistas, negando lo que Whitford había escupido sin hacer consideraciones sobre quién escuchaba o filmaba.

Provocando, sin entender que la gente reaccionaba y sancionaba. Le enervaba haber quedado pegado a la vieja guardia georgiana con un comentario tan trivial.

Además, luego, debieron soportar al mismo Whitford y a Lucille, que no tenían ni puta idea de redes, pero habían sido advertidos de lo que pasaba en ellas por los que se divertían con el escarnio ajeno.

Su paciencia había llegado al límite, y por fortuna su madre y Augusta se abocaron a sortear la hiel de Lucille, y su padre Horace y Beau contuvieron a Whitford, que gritaba que la institución que esa mujer representaba debía ser castigada por lo que había hecho.

Pisaban hielo muy fino en estos momentos, y Daphne y Harrison estaban muy preocupados. Solo por eso no se había ido al instante en que comenzó el desbarajuste.

No, se quedó, sonrió, celebró con su copa en alto con la multitud, y permaneció cuando esta se fue y quedaron los que gritaban con rencor y pedían respeto y escarmiento.

¿Era mucho pedir que disfrutaran de la noche, con las diversiones, los premios, la comida y bebida de excelencia? Al parecer sí.

Y por otro lado, ¿había sido necesario que esa mujercita saltara a discutir? No lo creía.

La imagen volvió con nitidez brutal: mejillas encendidas, la voz temblando de furia, los ojos fijos como grapas. Combativa hasta el hueso.

¿Qué probabilidad había de que justo ella, su anónima amante de una noche, viniera y encendiera la chispa para hacer arder el combustible en las palabras de su tía y de Whitford?

Mmm. ¿Y si no era casualidad? ¿Si esto era una maniobra para afectarlos? Era sospechoso, consideró, y maniobró para tomar la curva con esmero, mientras su cabeza volaba.

Por unos instantes su mente se llenó con hipótesis de confabulaciones. Que lo hubiese hecho blanco, que estuviese buscando fama. Hoy día la gente hacía dinero de campañas sucias en línea, ¿o no?

Bajó el vidrio y dejó que el aire de la noche le golpeara. No. No cuadraba.

La forma en que había respondido, la pasión, el rubor de su faz, la manera en que sus manos temblaban al alisar el vestido.

No parecía actuado, no miró a la cámara, no buscaba brillar. Había convicción en esa defensa, en la reacción. Y era representante real de una de las asociaciones que Kingship ayudaba.

Harrison se lo había dicho, lo había comprobado en la lista de invitados. Representa a la Casa Magnolia.

Pisó más fuerte. El Maserati voló por la carretera costera de Savannah, tragando asfalto, mientras las farolas titilaban.

Entonces, su mente tomó una nueva dirección. Michelle estaba preciosa. Distinta a la mujer distendida y más informal con la que bailó y a la que folló la otra noche, pero igual de sensual.

La escena de la gala se le superpuso con la noche del club. El coche. Las bocas devorándose. Los cuerpos moviéndose torpes pero urgidos en el espacio reducido. Su calor, la tensión sexual.

La forma en que ella tomó el control solo para después rendirse al placer con la misma libertad.

Una desconocida sin apellido con la que experimentó un placer que… Suspiró. Uno que había sido más intenso de lo ordinario.

Michelle. Una mujer hermosa, apasionada y, sabía ahora, una voz con convicciones que no dudaba en pararse de manos ante lo injusto.

Rhett cerró los ojos por un segundo, tragando saliva. No sabía si quería besarla otra vez, enterrarse en ella, o exorcizarla a gritos.

Estaba harto. Cansado. Cachondo y preocupado. Confundido.

El motor del Maserati se mezclaba con el zumbido que se instalaba en la sien de Rhett. La migraña comenzaba a pulsar como un martillo invisible.

Respiró hondo, buscando alivio en el aire salino de la costa, cuando el manos libres vibró con el nombre de Beau en la pantalla.

—¿Qué coño quieres? —gruñó, sin preámbulos.

La voz de su hermano mayor llegó templada.

—Que no pierdas la cabeza, Rhett. Mañana tenemos que sentarnos y encarar el desastre de esta noche. No solo la salida en los medios: los números de la fundación, las asociaciones, poner todo bajo lupa.

Rhett bufó.

—¿Desastre? Fueron Whitford y Lucille los que empezaron a escupir veneno. Yo solo contuve lo que pude.

—Precisamente. Contener no basta. Harrison necesita apoyo en la parte social, y quiero que se lo des—El tono de Beau no admitía réplica—. Hay que controlar daños ya. Daphne va a comenzar a trabajar para que la tía Augusta sea la representante Beaumont en la directiva. Esas voces, las de Whitford y Lucille no representan a la familia y no es la imagen que queremos dar.

El Maserati se desvió apenas en la curva; Rhett apretó el volante.

—¿Y qué quieres que haga, eh? ¿Qué me convierta en relaciones públicas? No es lo mío.

—Pues va a tener que serlo esta vez—contestó Beau, seco—. Además, necesito que llames al abogado de Whitford. De colega a colega hazle entender que no puede proceder con una demanda contra esa chica.

Rhett se tensó, recordando las mejillas encendidas, los ojos fieros de Michelle.

—¿Whitford habla en serio con eso?

—Lo suficiente como para mover piezas mañana mismo. Está muy herido en su orgullo. El imbécil de su sobrino le mostró lo que dicen de él, los memes—Hubo un resoplido—. Si lo dejamos avanzar, vamos a tener un circo mediático y pérdidas que no podemos permitirnos.

Rhett se pasó una mano por la cara, la migraña apretando con saña.

—Joder…

—Mañana será demoledor, sí—La voz de Beau bajó un tono—. Pero lo encararemos. Ve a descansar, Rhett.

El silencio volvió al coche, roto solo por el motor furioso y el retumbar de su propio pulso en las sienes.

Rhett apretó los ojos un segundo y giró en U hacia su apartamento. El día siguiente prometía ser un campo de batalla.

Capítulo 12

La sala de juntas de la torre de Montgomery Enterprise parecía haberse estirado durante la noche. El techo alto, revestido con molduras discretas, reflejaba la claridad matinal que se filtraba entre las persianas eléctricas.

Las láminas de luz trazaban geometrías pálidas sobre la mesa ovalada de roble americano, pulida hasta que el brillo recordaba al espejo de un piano.

A su alrededor, las sillas de piel italiana color coñac, con apoyabrazos de acero bruñido, exhalaban el perfume costoso de la tapicería.

En un rincón, la estación de refrigerios parecía un altar minimalista: una cafetera La Marzocco de titanio cepillado, capaz de preparar un espresso perfecto en segundos; sobres discretos de Blue Mountain de Jamaica y Kopi Luwak indonesio; botellas de Acqua Panna y Voss reposaban en una cubitera de plata labrada, con vasos de cristal de Baccarat alineados en absoluta simetría.

Nadie se había molestado en servir nada desde hacía rato: las tazas, cinco, mostraban anillos de café ya frío; una, apenas probada, parecía abandonada a mitad de frase.

Las paredes estaban decoradas con arte contemporáneo y un ventanal panorámico ofrecía la mejor pieza de todas: la ciudad de Savannah desplegándose bajo un cielo azul lavado, con el río como cinta metálica que brillaba entre los robles y magnolias en flor.

Estaban todos salvo Eliza. La menor había pasado la noche trabajando con un especialista en control de daños a la imagen de marcas y dormía, exhausta, mientras sus hermanos y su padre se sentaban en silencio expectante.

Beau, impecable en un traje azul marino de corte italiano, sostenía una Montblanc entre los dedos como si fuera un arma disimulada. Harrison, al otro extremo, vestía un gris carbón con chaleco, el más rígido de todos, con la mandíbula apretada y los ojos clavados en los gráficos del portátil frente a él.

Daphne, en un tono marfil demasiado suave para sus ojeras, parecía luchar contra la fatiga: había pasado la noche contestando llamadas, calmando patronos y donantes que exigían respuestas. Sus manos temblaban apenas cuando acomodaba los papeles.

Y en la cabecera, Horace Montgomery, con su traje negro a la medida y un alfiler de corbata de oro, observaba a sus hijos como un general a sus oficiales. La edad no había borrado la severidad de su porte.

En la pared del fondo, la pantalla proyectaba titulares, clips y comentarios en tiempo real, y era recordatorio del desastre de anoche. Un frame detenido mostraba el instante exacto en que la *chica de anoche*, como decían sus hermanos, alzaba la barbilla frente a Whitford.

El rostro de ella, firme, el de él, torcido por el orgullo.

Rhett tenía el cuello rígido y había dormido algunas horas, pero el malhumor no lo abandonaba. La migraña había sido contenida, pero amenazaba en la base de su cráneo.

Se frotó la nuca como si con ese gesto pudiera borrar lo que le pesaba.

—Esto no vale nada—dijo, con la voz áspera—. Comentarios de haters. Gente aburrida buscando carnaza. A nadie le importa.

Harrison no levantó la vista del portátil. El brillo de la pantalla le delineaba los pómulos, los dedos como metrónomos sobre el teclado.

—Ojalá —respondió, seco—. Mira esto.

Clic. Apareció un gráfico con barras que descendían como escalones rotos. *Engagement negativo, sentimiento, menciones, donantes*.

Un mapa de calor mostraba focos rojos en Atlanta, Charleston, Miami. Y en Savannah, un rojo casi negro.

—Por favor, toda esa mierda de términos—suspiró Horace—. ¿Qué es esto?

—Me lo envió Eliza. Esto afecta a Kingship, y mucho. No es solo un tema de imagen. Están cuestionando adónde va el dinero. Los donantes grandes piden *claridad inmediata*—Pulsó otra tecla—. Y los medianos se suman al murmullo.

Daphne apoyó la barbilla en la mano.

—Las redes olvidan rápido —dijo—, pero el veneno se queda. Se filtra en cenas, en desayunos con prensa, en las conversaciones de club. Y cuando quieres acordar, es reputación convertida en hábito. Es decir: en verdad.

—Pues no es verdad lo que dicen de mí—replicó Rhett—. Se están pasando varios pueblos con el hate. Nunca había sido tan ridiculizado—levantó sus manos, indignado.

—Rhett, sé que es horrible, pero… Estamos contigo y saldremos a responder juntos.

—Sí… No hemos dado motivo para que se dude de nuestro honor y honestidad. Podemos gustar o no, generar envidia, o fastidio, pero…

Beau, al extremo de la mesa, cruzó los brazos y asintió con énfasis.

—Lo sabemos, Rhett—dijo con calma—. No vivimos para las apariencias, no en nuestras personas, pero esta es la fundación. Kingship cuenta. Los donantes deben percibir que sigue firme. No podemos permitir que la narrativa quede en manos de otros.

—Odio las redes, y creo que alimentamos a las fieras si respondemos—murmuró él.

—No vamos a responder a cada comentario, ni haremos declaraciones ampulosas. Pero sí debe haber una declaración. Y luego, gestos sencillos, notas informativas, y reforzaremos nuestro compromiso con la caridad. No vamos a dejar que nos impidan ayudar—dijo Daphne sin elevar la voz—. Porque lo que hacemos importa. A mí, a ustedes. Vamos a trabajar duro, a llegar al fondo del problema financiero, y también del de imagen. Con una sonrisa, confrontaremos la maledicencia, y seguiremos sosteniendo terapias, becas, transporte. No podemos regalarles titulares negativos, Rhett.

Este suspiró, se mesó la cabeza y sostuvo la mirada de su hermana. En la frase no había reproche, sino un recordatorio: esto no se trataba de su ego ni de su tiempo. Era el compromiso familiar con Kingship. Eran los críos que sostenían.

Y si sus padres habían marcado algunas cosas a fuego en la panda de niños y adolescentes ricos que fueron, era el

impostergable compromiso unos con otros, basado en el cariño y la confianza; la ética del trabajo duro, a pesar de poseer millones para sostenerlos varias vidas; y la obligación de devolver a la sociedad un poco de lo que tenían para hacerla menos injusta.

—Eso no va a pasar. Confío en que van a rastrear a la fauna que está haciendo de Kingship su comedero. Y esto de las redes, va a pasar. Aunque creo que a la larga puede ser bueno, porque será el catalizador para borrar algunos decrépitos de la directiva—dijo su padre, grave su tono, pero su postura abierta, sin presión. Práctico —. No digan a su madre que mencioné esto.

Hubo sonrisas. Su padre no fallaba en señalar el vaso medio lleno, siempre.

—Ya llamé al abogado de Whitford. Está trabajando para convencer a la esposa de que sería muy contraproducente la acción legal, y cree que lo convencerá—dijo Rhett.

—Si algo puede abatir el orgullo de ese vejestorio es la amenaza de su mujer—señaló Horace.

—La tía Lucille está muy disgustada, y me pareció oportuno hacerle ver que no debe perder el tiempo con gente que no entiende de buen gusto y modales—dijo Daphne, y suspiró—. Tengo confianza de que podré convencerla de que dedique su energía a sus tardes de té y libros. Tomará tiempo. No sería mala idea que refuercen esta idea cuando la vean.

—Eso haremos—gruñó Harrison—. Aunque no planeo verla pronto.

—Tampoco yo—dijo Rhett, apurado, y Horace rio fuerte.

—Vamos a lo importante—señaló Harrison, y cambió la proyección de la pantalla. De los titulares pasaron a tablas: columnas, celdas sombreadas, cifras y más cifras—. He revisado los libros de Kingship desde enero. Hay partidas duplicadas, montos que no cuadran con lo aprobado por el consejo, pagos excepcionales sin memo de respaldo. Y, si esto no era ya preocupante, prepárense— señaló con el puntero—. La entidad que más dinero recibió en el último año es Casa Magnolia.

La información tomó a todos por sorpresa y pareció quedar flotando, ominosa, en la habitación. Rhett se hizo atrás, sus ojos

entrecerrados.

—Okay—dijo Daphne, mirando a Harrison y a Rhett, y sacudió su cabeza—. ¿Hay algo que no sé?

—La chica del video estaba representando a Casa Magnolia.

—¿En verdad? Eso… Extraño. No creo en las casualidades—dijo Beau, serio.

Tal parecía que sus pensamientos nocturnos no habían estado desencaminados, pensó Rhett. Era de la misma opinión de Beau.

—¿Estamos hablando de cifras altas?

—Sí. Triplican los números usuales—dijo Harrison, y Beau silbó —. No hay justificación creíble. No me malinterpretéis: es una fundación con actividad, un hospicio para huérfanos, no es una ONG fantasma. Pero… . Aquí. —Tecleó, y en la pantalla se desplegó un gráfico de torta en colores contrastantes.

Era la inversión anual en partidas de alimentación a hogares de acogida. Magnolia se comía casi un tercio, en un total de quince instituciones beneficiadas—. El patrón asciende justo desde abril del año pasado. Coincide con los eventos de captación que lideraste— miró a Daphne.

—Sí, eso veo—dijo ella, con el ceño fruncido—. Pero no autoricé nada fuera de lo que marca el comité. Y si hubiese tomado decisiones tan drásticas, no habría sido sin estudio o consentimiento general.

—Claro que no, por eso se refuerza la idea de que está pasando algo oscuro—dijo Harrison, sobrio—. Digo que a partir de esos eventos, entró más dinero que, al redistribuirse, aumentó la porción de Magnolia. El memo que justifica cada tramo es pobre.

—¿Pobre o falso?—disparó Eliza.

—Irregular—corrigió él—. Y si yo fuese auditor externo, pediría aclaraciones. Si fuese fiscalizador del Estado, abriría una carpeta. Si fuese un periodista con ganas de hundirnos… —dejó la frase flotando.

Beau dejó caer la espalda contra el respaldo, como midiendo distancia para ver todo el tablero.

—Dos frentes, eso es lo que tenemos—enumeró—. Uno, tiene que ver con la imagen: hay que controlar el relato, salir de reacción

a la acción proactiva. Eso se está haciendo, y Eliza es la indicada para liderar la parte digital. Los demás tendremos que hacernos presentes en los lugares adecuados, y esto incluye a nuestros centros beneficiados. Pero lo más importante es auditar Kingship desde adentro. No vamos a caer por una infección que se puede curar con cirugía a tiempo.

—Harrison, has hecho un trabajo fenomenal, hijo—dijo Horace, orgulloso, sonriente—. Y los demás van a hacer la tarea de investigar y encontrar las grietas.

—Creo que podemos hacer los dos en uno—dijo Eliza, que había entrado unos minutos antes y estaba bebiendo café como si fuera néctar—. Comunicación. Si nos quedamos callados, los otros hacen el guion. Hoy mismo salimos en una sola embestida a declarar. Propongo tres líneas: transparencia, que será lograda con una auditoría feroz que provea datos sin esconder nada debajo de la alfombra. Además, presencia a través de visitas. Y control: elegimos a quién le damos notas y dónde. Si llegase a haber una filtración, nada de comunicados indignados.

—Tenemos que llevar a alguien del consejo, por eso es vital lo de Augusta en lugar de Lucille.

—Sí, porque si no dirán que escondemos a la rama Beaumont.

Rhett suspiró largo.

Harrison tecleaba con velocidad, y entonces proyectó sus apuntes. Protocolo de crisis, se leía.

—Bien—leyó—. Nada de declaraciones improvisadas. Conferencia de prensa hoy mismo, liderada por Eliza. Si hay una pregunta sensible, de la que desconocemos la respuesta o que implica una filtración, sonreímos, agradecemos el interés y señalamos que recogeremos la información y daremos respuesta por los canales oficiales. Si el periodista insiste, sonrisa y repetir.

—Y advertencia a considerar: si nos acosan en el vehículo o en la entrada de nuestras casas, nos armamos de paciencia, sonreímos más e insistimos con *Sin comentarios*—aportó Eliza—. No creerán la cantidad de personas que van a querer hacer leña del árbol caído, o ganar su minuto de fama.

—Querida, nadie va a talarnos—dijo Horace—. Y consideren esto, nuestro trabajo real y diario no es Kingship. Por ello, creo que Beau debe focalizar su trabajo en la corporación y dejar el liderazgo a Rhett.

Este sopló. No era de los que vivían mal a la sombra del mayor, por el contrario. Le gustaba su tarea en el área legal, y podía liderar sin problemas, pero no era su interés.

—No sé sí…

—Pues nosotros sí—dijo Daphne, sonriendo—. Tú nos coordinas, nosotros te contenemos.

—Me tenéis por impulsivo—bufó Rhett, pero flojo, sin fuerza.

—No, no, lo manejaste bien ayer. Has madurado—dijo Eliza, y hubo risas.

Rhett bajó la mirada. La taza le devolvió su reflejo distorsionado, ojeroso. Sintió la punzada de lealtad dolorosa hacia los suyos: quería protegerlos y, al mismo tiempo, quería que lo dejasen en paz.

—Bien —dijo—. ¿Qué hacemos con Casa Magnolia?

La pregunta dejó un eco limpio. Daphne la recogió.

—Es el primer lugar de la lista—dijo—. Vamos a visitar, sin cámaras. Explicamos, por supuesto. No queremos que crean que llegamos con ánimo vengativo.

—Estar en el sitio nos permitirá apreciar cómo viven, cómo trabajan, las inversiones que han realizado.

—Y si fuese posible, sin alterar el ambiente, solicitar desglose de gastos—intervino Harrison—. Yo ya pedí a Finanzas un volcado de transferencias, facturas, justificantes. Hay partidas excepcionales que necesitan respaldo documental.

—Es… complicado. No queremos que parezca una caza de brujas…

—Pero esa gente entenderá nuestra preocupación, y si son honestos, se apresurarán a dar los detalles que necesitamos. Estamos hablando de posible fraude aquí—dijo Beau, muy serio.

¿Sería Michelle parte de ese fraude?, pensó Rhett. Joder, debería decir que había tenido un ligue con la chica, pero… Era complicado. No quería a sus hermanos sospechando más aún.

Él iría y haría el trabajo que debía hacerse en ese hogar. No iban a tomarlo por estúpido, pero tampoco se podía exponer a chantaje. Pies de plomo, y a la menor sospecha comprobada contaría la situación a sus hermanos.

Pero por ahora… Tocaba esperar. No sabía por qué tenía la necesidad de ver con sus ojos, de evaluar por sí mismo si había sido un tonto, o si estas eran una suma de casualidades.

Capítulo 13

—¿Estudiaron, chiquillos? La prueba empieza en minutos, y los periodistas ya están abajo—preguntó Eliza, balanceando la hoja de preguntas factibles y respuestas aceptables.

Había apenas dormido algunas horas, pero se sostenía con elegancia, ni un cabello fuera de lugar, maquillaje perfecto, el cabello recogido.

Rhett no dudaba de que estaba en pie a base de café y bebidas energizantes, y se aseguraría de enviar mensaje a su madre para que la fustigase para descansar cuando esta mierda mediática terminase.

—Sí, estoy listo—dijo, arreglando su corbata en movimiento automático.

Estaba nervioso, y eso no era nada, nada habitual. Pero tampoco lo era el ser el foco directo de decenas de cámaras y micrófonos. Vivir en el ojo público venía con el apellido, pero no era lo mismo que le fotografiasen aquí y allá a ser asediado.

—Estaremos bien—dijo Daphne, arreglando un mechón de cabello, aunque tragó saliva.

Harrison tomó la hoja impresa con las preguntas y, como el nerd que era, comenzó a tomar lección. Rhett rodó los ojos, pero lo dejó hacer. Era para tranquilizarse que lo hacía, siempre asegurándose de las cosas varias veces.

—¿Qué pasó en la gala?—leyó—. Fue un evento formidable, y la recaudación fue récord, eso hará que Kingship pueda mantener sus apoyos—Levantó la vista e hizo una pausa—. Whitford y Lucille Beaumont son parte de la directiva honoraria, ¿sus palabras son el sentir de la asociación? Las expresiones individuales en contextos privados, o las reacciones de cada persona son exclusiva responsabilidad de quien las emite o realiza—Volvió a pausar la lectura, como si verificase que a cada uno se le grababa la información—. ¿Esto mancha la reputación? Hay mucho

descontento. Lamentamos el incidente; estamos centrados en el trabajo de Kingship.

—Es suficiente, no vamos a repetir letra por letra, es una orientación y…

—¿Quién es la mujer del vídeo?—siguió, sin colar la impaciente interrupción de Rhett—. Es una representante de una querida entidad que Kingship apoya. Y no comentamos sobre personas, sí sobre procesos.

—Harrison…

—¿Sus donantes donan dinero por humanidad o para descontar impuestos?—Eliza le arrebató el papel de las manos, y Harrison les miró con triunfo, sin detener su respuesta, que sabía de memoria—. Las motivaciones no son nuestra preocupación. Agradecemos a cada uno de nuestros generosos donantes, pues su dinero lleva terapia, libros, férulas, comida y mucho más a los que lo necesitan.

—Harrison, no intentamos sonar robots contestando las preguntas como máquinas—intervino Daphne, y el mencionado resopló.

—Lo sé, lo sé, y estaré en la segunda línea. Pero me tranquiliza tener el escenario controlado.

Rhett sostuvo la mirada de Eliza un segundo. Ella le decía que le tocaba llevar la voz cantante, y que debía hacerlo bien, porque ni Daphne ni Harrison gustaban de la exposición.

Por dentro estaban flipado, el corazón probablemente saltando. Harrison comenzaría a tartamudear, eso podía verlo, y Daphne sonaría tímida y retraída. Necesitaban energía, soltura, imperturbable expresión, y podía hacerlo. Tenía qué.

—Y si preguntan por los dichos de anoche—añadió Eliza—, recuerden estas líneas: Kingship es la suma de voluntades, no la individualidad. Los dichos aislados no representan el sentir de la fundación. La familia no es la fundación…

—La familia sí es la fundación —corrigió Daphne, las ojeras hundiéndole el rostro—. Somos parte. Por eso tenemos que hacerlo mejor que nadie.

Un silencio breve, lleno de aire tenso, les dio un respiro antes de subir al ascensor privado que les llevaría a la sala donde se

realizaría la rueda de prensa.

—¿Listos?—dijo Eliza antes de que las puertas se abrieran, y hubo asentimientos.

Rhett exhaló y cuadró sus hombros, vistiéndose de control.

—Listo—mintió.

El vestíbulo de Montgomery Enterprise había sido transformado en un set improvisado: filas de sillas plegables, pantallas LED, micrófonos con logos de todas las cadenas, flashes que chisporroteaban incluso antes de que se encendieran las luces principales.

Rhett ajustó la chaqueta, maldiciendo por dentro. Odiaba el circo. Aun así, se colocó en la fila perfecta: Daphne y Harrison a los lados de él y Eliza, que tenía una radiante sonrisa. Eran una puesta en escena casi coreográfica.

—Buenos días a todos, y gracias por estar aquí—Su tono era cálido, su voz calma y sin mota de preocupación—. En nombre de la familia Montgomery y de la fundación Kingship queremos agradecer a la ciudad de Savannah. La gala fue un éxito: recaudamos quinientos mil dólares que serán distribuidos entre las entidades benéficas. Sin su apoyo, nada de esto sería posible.

El murmullo de voces pidiendo la palabra fue inmediato, y el encargado de prensa de la fundación asignó la palabra. El primer periodista disparó:

—Señor Montgomery, ¿qué tiene que decir sobre el video que circula en redes?

—Buenas tardes a todos, gracias por concurrir y preocuparse por la gestión de Kingship. El bienestar de esta es el de las fundaciones que sostenemos también—dijo, sin apurarse y dejando claro que aquí el relato lo construía él—. Creo fundamental dejar eso claro, y por ello comenzamos la rueda de prensa enfatizando un enorme gracias a nuestros donantes. Con respecto a su pregunta—miró al periodista y sonrió—. Claro que lo vi, y los memes de mi persona—Hubo risitas, y él acompañó, fingiendo que le agradaban, y se encogió de hombros—. Color del momento, entiendo la cultura de la inmediatez, las redes, etc. No me gusta tanto que se exponga a

otros, y esto involucra a todas las partes, pero… No puedo responder por dichos o acciones individuales.

—¡Whitford es parte de la directiva de Kingship! ¿No vuelve sus palabras una declaración en sí mismas?

Rhett lo miró con una expresión de asombro.

—Si usted va a una fiesta, se divierte, se alegra y dice cosas en el calor del momento, ¿eso las convierte en declaraciones sobre su periódico?

¿Querían jugar? Llevaría las cosas a su terreno. El sutil aclararse la garganta de Eliza le advirtió que fuera prudente.

—No, claramente, pero una de las instituciones se sintió afectada por dichos comentarios y respondió con claridad.

—Y eso, señores, es la libre expresión que existe en este país y debemos proteger y fomentar, más en estos tiempos—indicó.

—¿La fundación no condona la actitud de Whitford o de la mujer del vestido azul?

Rhett sonrió.

—¡Cómo les encantan los titulares! Esa mujer tiene nombre y actitud, derecho a hablar y a no ser expuesta. Tanto como parecen defenderla y potenciar su voz, ¿han comprobado que ella esté de acuerdo con ser mostrada en cadena nacional?

—No ha querido hacer declaraciones.

—Ahí lo tienen.

Colocó las dos manos en el atril que sostenía el micrófono y miró en derredor.

—Entiendo su presencia aquí, y respeto a su trabajo. Nuestro compromiso familiar indeleble es con esta institución que creamos y sostenemos con dedicación y entrega. Kingship es apolítica, no podría ser clasista, como han etiquetado algunos. La ética detrás de Kingship es la justicia y la equidad—Su voz cobró peso y gravedad, la expresión volviéndose compuesta—. No importa lo que puedan pensar de nosotros como individuos, no puede negarse el bien que la fundación realiza. Nos enorgullece, y somos puente entre la generosidad y la necesidad. Sin vanidad, sin falso orgullo, sin prepotencia.

Más flashes. Otra voz:

—¿La caridad a la que representa la mujer que reaccionó en la gala será sancionada?

—¿Por qué? ¡De ningún modo!—se escandalizó Eliza, inclinándose hacia los micrófonos—. ¿Por qué habría de serlo?

—¿Admiten que hubo un error?

Rhett sonrió, sin dientes.

—Admitimos que las palabras pesan, y que a veces hieren. Pero lo que cuenta es lo que hacemos, no un comentario aislado.

Daphne intervino, su sonrisa derribando muros como un reflector:

—Los resultados de la gala lo demuestran. Recaudamos una cifra formidable, y Savannah estará viendo el impacto de esos fondos.

Eliza asintió, recogiendo el guante:

—Y escuchamos. Hemos leído, incluso las críticas. Entre tanto ruido, hubo ideas constructivas, y queremos aprovecharlas. Savannah se mejora entre todos.

—¿Cómo lo harán? —preguntó un reportero desde la tercera fila.

Daphne brilló, impecable en su respuesta:

—Este año lanzaremos una encuesta abierta. Los ciudadanos podrán sugerir a qué caridad debería ir un bono extra anual de Kingship. Queremos que sea su decisión, su voz.

Murmullos de entusiasmo, flashes multiplicados.

—Además—añadió Harrison, saliendo de su mutismo—. Recorreremos las fundaciones para ver en persona su funcionamiento, y mostrarlo. Levantar el velo para que se vea la acción que esas ONG realiza es una forma de visibilizar su inmenso trabajo, y también nuestro aporte.

Otra periodista alzó la mano:

—¿Podremos acompañarles en las visitas a las beneficencias?

Eliza sonrió como si hubiera estado esperando esa pregunta:

—Por supuesto. Kingship abrirá sus puertas y sus rutas. Queremos transparencia. Están invitados a venir con nosotros. Comenzamos mañana mismo, y lo haremos concurriendo a Casa

Magnolia. No queremos rispideces ni confrontación, así que vamos al corazón de la tarea caritativa.

Un murmullo cálido recorrió la sala; incluso risas y un aplauso contenido. Rhett soltó el aire de golpe. Daphne había sacado un as bajo la manga con lo de la encuesta y el bono, y Eliza había normalizado la visita a Casa Magnolia. Convertir ataques en titulares amables era su don.

El espectáculo terminó. Las cámaras se apagaron, aunque algunos periodistas quisieron venir a él. Eliza se interpuso, y Rhett aprovechó para dirigirse al área legal de la empresa.

Harrison ya se había montado en el elevador hacia sus dominios, y lo mismo Daphne. Mientras subía las escaleras, al tercer piso, escribió en el chat familiar:

RHETT: *Este año voy a necesitar vacaciones extra, lo advierto desde ya.*

La respuesta de su padre llegó en segundos, con emoticones de rodar de ojos:

PADRE: *Millennials. Todo es drama.*

Rhett resopló, mitad risa, mitad fastidio. Con treinta y dos años, seguía tratándolo como a un crío.

PADRE: F*ue una lección de cómo hacerse cargo de un problema con maestría. Son dignos hijos de su madre.*

MADRE: *Me alegra que lo reconozcas, querido mío. (Emoticón de guiño). Estuvieron impecables.*

HARRI: *Tengo la camisa empapada en la espalda. Primera y última vez, Eliza.*

ELIZA: *Hermanito, vuelve a tus planillas (Emoticón de beso). Rhett, te saliste de guion, pero te perdono, porque devoraste (Emoticón de bíceps)*.

RHETT: *¿Qué puedo decir? Las cámaras me aman. Mañana habrá una caravana de vehículos a Casa Magnolia.*

Capítulo 14

El sol colándose por la persiana que olvidó bajar la despertó. Parpadeó, confusa, y se cubrió con una mano, bostezando y moviéndose lento para descomprimirse.

El dolor en su mandíbula hablaba de que su bruxismo había trabajado extra, y llevó dos dedos al punto cerca las orejas donde había escuchado que había que masajear.

Suspiró y volvió a bostezar, y extendió la mano para tomar el móvil y mirar la hora. Eran casi las nueve de la mañana, y lanzó un gemido al ver que la pantalla ardía con notificaciones, mensajes, alertas de redes.

Muy temprano para mirar nada y amargarse, decidió, y lo dejó boca abajo en la mesita de luz.

Se incorporó con pereza, estiró los brazos, respiró, comenzó a hacer el saludo al sol de yoga por unas tres veces, y luego la vejiga se tornó dictadora.

Se dio una ducha rápida, se lavó los dientes, mirándose distraída al espejo, y luego de vestir una sudadera amplia y pantalones deportivos, fue descalza hasta la cocina.

Recorrer su apartamento era cuestión de caminar unos pocos metros a cada lado, porque era pequeño. Pero funcional, solía conformarse.

Preparó café con manos torpes, se lo bebió de pie junto al fregadero y se quedó mirando la mancha de humedad en la pared. De alfombras rojas en un hotel sofisticado a filtraciones en un cutre apartamento alquilado, en cuestión de medio día.

La suya sí que era la versión rara de Cenicienta. Había dejado atrás un lío gordo en lugar de un zapato.

Okay, hora de afrontar la música, se dijo, y se movió para tomar una chaqueta, calzarse y trasladarse hacia Casa Magnolia. Su automóvil estaba averiado y el mecánico había pasado un presupuesto prohibitivo, así que el autobús era su modo de locomoción estos días.

Caminó las cuatro cuadras desde la parada hasta la casa, y antes de que llegase a la puerta, esta se abrió y Mae salió a su encuentro para abrazarla.

Un abrazo que no había sido consciente de que necesitara, pero fue posar su cabeza en el hombro de la mujer bajita y regordeta que olía a miel y canela, y suspiró largo y las lágrimas le brotaron de la nada.

—Shh, shh, shh, tranquila, cariño, no pasó nada grave. Ruido, solo ruido—la tranquilizó Mae, separándose para tomarle los brazos y mirarla fijo—. No te atrevas a sentirte mal por ser tú, Michi. Intensa, justiciera, y poderosa en tu dignidad.

—La cagué, Mae, pero voy a enviar una nota de disculpas. Iré en persona, enviaré disculpas públicas, lo que sea…

—Ya, ya, nada de eso. Vamos adentro, hay cosas importantes de verdad que solucionar. Como revisar la compra semanal, y ayudar a los niños con una cartelera de ciencias.

Suspiró y asintió, calmándose a medida que caminaba adentro y el ambiente del hogar la envolvía: olor que amaba porque era hogar, ruidos de vida y alegría.

Thelma apareció desde la cocina con el delantal floreado lleno de harina, y le hizo una seña para que la acompañara. Seria y sólida como siempre.

Michelle soltó el aire y fue tras ella, y se sentó en la silla que se usaba para hablar o confesar travesuras, mientras Mae o Thelma iban y venían haciendo cosas.

—Lo siento. No quería poner la casa en el candelero. Tal vez tengamos consecuencias.

Thelma negó con la cabeza.

—Michelle, no tienes que disculparte. Vi el video—sacudió la cabeza y resopló—. Esa gente no aprende, y menos ahora que son unos vejestorios.

—Fue horrible escucharlos hablar de los niños así… Como si fueran accesorios, un estorbo en la gala. Como si no importaran—Se pasó la mano por la frente, todavía dolida—. Me hervía la sangre.

Thelma asintió, en silencio. Mae la abrazó fuerte.

—No te culpes ni saques conclusiones apresuradas.

—Ven conmigo —dijo Thelma, señalando hacia arriba—. Necesito que me ayudes a pintar el ático.

Subieron juntas, pinceles en mano, y por unos minutos hubo silencio.

—Le voy a dar esta habitación a los dos mayores. Necesitan más intimidad.

Michelle asintió.

—Los demás van a escurrirse aquí para espiar.

Sonrieron.

—Sin duda, pero se acostumbrarán.

Entre brochazos, Thelma soltó:

—Los números están complicados. Es momento de ser creativas. Pero saldremos adelante.

—No quiero que carguen con más peso por mi culpa.

—Tu culpa no existe—Thelma le clavó la mirada firme—. Tú enfoca tu cabeza en ir por tus sueños. Nosotras aquí seguimos cuidando la casa.

Michelle tragó saliva. Sueños. No tenía tiempo para ir detrás de utopías. Mantener la cabeza fuera del agua era difícil.

Trabajar, pagar cuentas (seleccionando aquellas mes a mes en delicado equilibrio), venir aquí, salir alguna que otra vez con sus amigas, esa era su vida.

Las horas pasaron y la dinámica del hogar la envolvió y le hizo olvidar por momentos la noche, aunque retazos de esta volvían, en especial la sorpresa de reconocer a Rhett Montgomery, y este tratando de distender la situación, pero fallando.

¿Estaría él furioso con ella? ¿Qué pensaría? La duda la carcomía, y si se había quedado con una visión negativa de ella, con sospechas, rogaba que no afectara a este lugar.

Los pasos apurados de Mae interrumpieron la pintura. Entró al ático con los ojos brillantes.

—¡Llamaron de Kingship!—anunció—. ¡La propia Eliza Montgomery! Mañana vendrán a visitar la casa.

Michelle quedó inmóvil, su cerebro haciendo cortocircuito. Esto no podía ser bueno, no. No recordaba una visita en años. ¿Y justo esta se produciría horas después de su error garrafal?

Su mirada aterrorizada fue a Mae y Thelma, y palideció.

—Ay, Dios, me da algo—susurró—. Voy a ir a la sede, a rogar…

—No, no, Michi, tranquila, fue muy clara y amable, te lo juro. Me dijo que están empezando una ronda de visitas, y nos eligieron para comenzar para demostrar que no hay resquemores por lo de la gala. Me lo aclaró varias veces.

—Bien, bien—dijo Thelma, asintiendo, pensativa—. Es una movida de prensa, con seguridad.

Mae estaba muy alterada:

—Hay que limpiar, preparar comida, comprar flores…

—No—la cortó Thelma, firme—. No vamos a gastar lo que no tenemos. Mostraremos lo que somos, cómo vivimos.

—Exacto—añadió Michelle, asintiendo con vehemencia—. Es una oportunidad para que vean la realidad. Cada céntimo que se gasta está detallado. Tú eres un mastín con las boletas, Thelma. Y en todo caso, el aporte de la fundación es importante, pero no vital. Afrontémoslo.

Thelma cruzó brazos, orgullosa.

—Todo está en regla. Pero sí, estoy inquieta. Van a traer prensa. No quiero a los niños afectados.

Michelle sintió un nudo en el estómago.

—Estaré aquí.

—No, tú tienes que trabajar…

Sí, pero no había modo de que las dejara solas para afrontar lo que ella provocó. Vería de pedir unos días. De todas formas, no sabía cómo verían su mánager y los dueños de la boutique su recién ganada notoriedad.

Esa noche envió un mensaje a Carla pidiéndole que cubriese su turno, y le contó la situación. Su amiga tenía muchas preguntas, en especial sobre Rhett, al que había reconocido.

MICHELLE: *Te prometo que te contaré todo la próxima vez que nos reunamos*.

CARLA: *Te cubro, pero el viernes, pizzas, cerveza y mucho detalle*.

Le envió un corazón y un dedito para arriba, y se dedicó a limpiar el apartamento de cabo a rabo. Los nervios la carcomían, y

ensayó disculpas una y otra vez. ¡Mierda! ¿Cómo era esta su vida? No tenía respiro.

Resopló. Y Thelma le hablaba de ir por sus sueños. Jodida utopía.

Capítulo 15

La mañana en Casa Magnolia había empezado con un cosquilleo raro, como si las paredes supieran que ese día no era uno cualquiera. La pizarra de la cocina rebosaba de notas:

X Ver ruido de la lavadora
X Comprar libretas
X Madera para la mesa de la biblioteca
X Cortinas rotas
X Aceite para los maderos

Michelle repasó cada trazo como si fueran conjuros para mantener la casa en pie.

—Aisha, asiento recto —dijo sin mirar, y la niña enderezó la espalda sobre la mesa del fondo, apuntes de ciencias abiertos.

Dylan, con gesto de responsable mayor, barría el porche. Sam, a medio ayudar, llevaba un lápiz en la oreja y el brillo culpable de quien ya pensó una travesura.

Mae cortaba sandía.

—Que coman algo antes de que llegue la comisión. Si están con hambre, se ponen traviesos y gruñones.

—Están a tope de azúcar, las rosquillas tal vez no fueron buena idea—replicó Michelle.

Les había traído una caja a la que asaltaron con gusto, pero que ahora parecía el prólogo del desastre, porque los chiquillos rebosaban de energía.

—Bah, son niños, es lógico que estén ansiosos por las visitas, y deseando jugar—respondió Thelma, repasando su libreta.

Michelle recorrió la sala de estar con la mirada: el mismo caos controlado de habitual, que hablaba de vida, de trabajo. No era un hotel, era una casa antigua con resquicios, problemas, pero mucho amor y ruido.

Tal vez esto no sería visible para quienes fiscalizaban apariencias, pero estaban ellas tres para hacer saber que aquí

podían faltar lujos pero sobraba corazón.

Y si querían mejoras, les explicarían que serían posibles con mayor aporte de Kingship. De paso, cañazo.

Lo que el periodista Cárdenas había dicho en la gala le había dado vueltas: sacar provecho de la atención.

—Hala, chicos, levanten la mesa y lleven los cacharros. Sin jaleo, que en una hora tenemos visitas—indicó Thelma, y como un escuadrón bien entrenado los equipos funcionaron.

Había una agenda rotativa en la que cada uno participaba sin excepción, y permitía que ganasen sentido de responsabilidad, además de ayudar a compensar la falta de personal.

El timbre sonó a las dos y diez clavadas. Mae se levantó como pinchada por alfileres, Thelma se incorporó con morosidad, y Michelle corrió la cortina para observar por la ventana.

Tres coches se alineaban frente al portón: un Audi, un SUV y un Jeep que reconoció de inmediato, porque el mismísimo Rhett estaba en la puerta, abotonando el saco del traje.

Era el prototipo del millonario guapo, poderosos y seductor: lentes que le daban un aura sofisticado, el reloj captando el brillo de los suaves rayos del sol, su indumentaria al cuerpo y a medida, le abrazaba sin presionar su musculatura, pero de algún modo la visibilizaba.

Que ella hubiese follado con este sueño líquido en ese mismo vehículo parecía cosa de fantasía, realmente. Pero su cuerpo lo recordaba bien, y la misma excitada sensación de aquella noche le creció, rebelde a la orden de olvidar y dejar atrás la memoria del sexo perfecto.

Lo que la trajo a la realidad fueron los otros vehículos que llegaron prestos, y de los que bajaron reporteros y fotógrafos, que parecieron un enjambre que se abigarró en el jardín, entre los juegos y canteros de flores.

El espectáculo iba a ser completo, eso parecía, y no podía darse el lujo de perderse en su atracción por ese hombre.

—Bienvenidos, pasen, pasen—indicó Mae con suavidad, haciéndose a un lado para dar ingreso a las cinco personas.

—Buenas tardes, soy Daphne Montgomery, y estos son mis hermanos Rhett y Harrison. Mi hermana Eliza habló con ustedes ayer, pero no pudo asistir. Envía sus saludos.

—Casa Magnolia se congratula de recibirlos—indicó Thelma, algo ansiosa—. Quisiera señalar, sin embargo, que no permitiremos el acceso de periodistas a la casa. Este no es un zoológico y no vamos a exponerlos.

—¡Oh, no, no, por supuesto!—dijo la mujer, con calor y una sonrisa amplia que pareció sincera, a juicio de Michelle.

Su mirada se cruzó con la de Rhett, que estaba con sus manos en los bolsillos del pantalón, piernas semiabiertas, y había evaluación en sus ojos, aunque hubo un ligero saludo con su cabeza.

—Estamos en una posición un pelín incómoda, ustedes entenderán, dado que su representante…

—Michelle—dijo Thelma, cruzando sus brazos y poniéndose seria, por las dudas y anticipando el conflicto.

Bendita ella, que no dudaba en marcar barreras, pensó Michelle.

—Michelle, claro. Lo que quiero decir es que la prensa está expectante y espera un espectáculo.

—Que no daremos—dijo Michelle, levantando su mentón—. No acostumbro a andar a gritos por la vida, la gala fue… Un error.

—Tranquilas, no estamos aquí por eso—dijo Daphne, que entonces sonrió y saludó, y todos miraron hacia donde ella lo hacía: el descanso de la escalera adonde había dos de las niñas más pequeñas espiando—. ¡Hola, pequeñas!

—¡Hola!

—No queremos interrumpir la dinámica, o no demasiado, pero nos gustaría recorrer un poco, conocer el funcionamiento, los niños.

—Claro que sí—dijo Mae, y les indicó por dónde empezar.

En el proceso de mostrar fue la que llevó la voz cantante, aunque Thelma estuvo a un costado auxiliando con datos cuando fue necesario.

Daphne era la que hablaba, y el otro hermano miraba todo en detalle, concentrado, en silencio, haciendo preguntas puntuales.

Michelle se quedó atrás para resolver una duda de una de las niñas que debía entregar una tarea de matemáticas al otro día, y pidió silencio cuando la rodearon en el pasillo para hablar excitados de lo bonito que vestía la preciosa mujer, y de los autos.

—Michi, hay mucha gente afuera y quiero jugar en las hamacas —dijo una de las pequeñas, y la besó en la mejilla y le prometió que podría hacerlo más tarde.

Se incorporó e iba a ir con el grupo cuando la voz detrás la sobresaltó.

—No esperé que volviésemos a vernos, y menos en circunstancias tan peculiares.

La voz sonó grave, aunque el volumen era bajo, y ella tomó aire y se dio la vuelta, su rostro serio, sin delatar nada del tumulto interno y los nervios que estar a solas y cerca le provocaban. La atracción era… Increíble, como una pulsión.

Pero, ¿qué te pasa, Michelle? Es un maromo más, con dinero. Sí, follaron, ¿y qué? Eso no le da poder sobre ti. ¿Acaso tú crees tenerlo sobre él porque compartieron unos quince minutos de sexo caliente y descontrolado? Para nada. Espabila.

—Coincido. Escucha, lamento haber provocado problemas, no fue mi intención. No fui allá a crear escándalo, solo pasó.

Él la miraba con seriedad, como si la midiera.

—¿No? Quiero creerte, pero… Es mucha casualidad. Nos conocemos una noche y tenemos un ligue. Luego, estás en la gala de mi familia, elevas la voz, captas las cámaras, y creas mucha atención para ti, y dolor de cabeza para los míos.

—Temía que pensaras eso, pero no fue así—dijo, con tanta dignidad como pudo—. Esa es mi verdad, y Casa Magnolia es un lugar especial. No quiero que se vea afectada por mis impulsos.

—No te inquietes por eso.

El golpe en la puerta la sobresaltó, y Thelma apareció de la nada, caminando presta hasta la entrada. Al abrir, el ruido de flashes les envolvió.

—¿Qué tiene para decir del video?

—¿Casa Magnolia está alineada con las declaraciones de Kingship?

—¿La chica de azul expresó el sentir de Casa Magnolia?

—¡Señores, calma! Este es un hogar de niños, y se respeta. Nada de escándalos. Tengan cuidado con los juegos, y no pisen mis geranios. No vamos a dar ingreso a la prensa al interior, comprenderán que no expondremos a nuestros chiquillos. Estamos encantadas de recibir a la directiva de Kingship. Es un pilar de este hogar. Su aporte generoso ayuda en esta tarea diaria de criar y proteger a quienes llegan a nuestras puertas. Gracias, es todo lo que expresaremos—declaró Thelma, y cerró con calma.

—Señora Thelma, ha estado genial. Mi hermana Eliza va a estar encantada. No trajimos a la prensa por gusto, entienda que estamos bajo la lupa. Pero de seguro que con las fotos de nuestra llegada, de la casa, y algunas que podamos tomarnos al irnos estarán conformes.

—Eso está bien—dijo Thelma.

—¿Gustan tomar té? Lo que podemos ofrecerles no es mucho, pero…

—Eso suena bien—dijo Harrison Montgomery—. De paso, podremos hablar de la otra razón que nos trae aquí, y es un poco menos agradable.

Michelle arrugó el entrecejo y vio la nerviosa mirada entre Mae y Thelma.

—¿A qué se refiere?—inquirió, adelantándose.

—Vamos a la cocina—dijo Thelma, y elevó la voz para llamar a Dylan, uno de los mayores—. Cariño, contén al resto de los niños en la sala y en las habitaciones. Estamos hablando asuntos de adultos.

—Sí, Thelma.

Capítulo 16

Aquí estaban, en la Casa Magnolia. El nombre evocaba grandeza, pero lo que tenía delante era un edificio antiguo, con la solidez de haber resistido décadas, quizás siglos, y el desgaste a la vista.

No había lujos. El deterioro estaba controlado, eso sí, y se notaba la mano cuidadosa de alguien que no dejaba que la casa se cayera a pedazos. Pequeños toques de color, manteles de flores, plantas en macetas baratas, alfombras gastadas pero limpias.

Más que una institución, se respiraba hogar. Olor a sopa recién hecha, a desinfectante barato, a flores cortadas en jarras improvisadas. El eco de risas menudas en los pasillos.

Caritas que se asomaban tras los marcos de las puertas: unos niños risueños, otros con ojos más serios, atentos. Y las dos mujeres mayores que les recibieron, Mae y Thelma, sonriendo con amabilidad, guiándolos hacia dentro sin ceremonias.

Los azulejos de la cocina estaban cuarteados, la nevera cubierta de imanes de colores, la pizarra negra con nombres y horarios escritos en tiza. Bolsos y abrigos colgaban de los percheros de hierro.

Había libros abiertos sobre una mesa, cuadernos, marcadores de punta seca a medio tapar. *Vida en marcha,* pensó Rhett.

Se quedó atrás. Michelle hablaba con las niñas, se inclinaba para ponerse a su altura, sonreía, les rozaba el pelo con la mano y regalaba un beso rápido en la frente.

Rhett la observaba, recordando demasiado bien cómo había sido tenerla contra la piel en circunstancias muy distintas. Quiso apartar esa imagen, pero no lo logró. Le habló para atraer la atención, porque quería confrontarla.

—Lamento haber provocado problemas. No era mi intención. No fui allá a crear escándalo, solo pasó.

Rhett la midió en silencio. Podía leer dignidad en sus gestos, pero también algo de aprensión.

—¿No? —preguntó, despacio, formulando las palabras como piezas que necesitaba encajar—. Quiero creerte, Michelle, pero… Es mucha casualidad. Nos conocemos una noche, hay un ligue. Luego apareces en la gala de mi familia, levantas la voz, captas las cámaras y todo termina siendo un dolor de cabeza para los míos.

Ella sostuvo su mirada, firme, con la frente erguida.

—Temía que pensaras eso, pero no fue así. Esa es mi verdad. Y Casa Magnolia es un lugar especial. No quiero que se vea afectada por mis impulsos.

Rhett bajó la vista un segundo, frotándose la mandíbula. No sonaba a mentira. Había convicción en sus ojos, no cálculo. Y sin embargo, la sospecha seguía rondando.

Un golpe en la puerta principal le sacó de sus pensamientos. Thelma se había adelantado y estaba lidiando con los periodistas que no habían perdido tiempo en plantarse allí.

Rhett la miró desde el pasillo: la mujer cerró la hoja de madera con firmeza, habló con autoridad tranquila, y no dejó pasar a ninguno. Admirable.

Entonces, Harrison llevó seriedad a la visita, y fueron a la cocina. Este parecía el centro neurálgico de la casa. Se sentaron en sillas dispares alrededor de la mesa larga.

Rhett probó la suya: inestable, incómoda, como si cualquier movimiento fuera a mandarlo al suelo. Thelma, que parecía tener ojos en todas partes, lo advirtió de inmediato.

—Daphne, la suya está desbalanceada. Mejor cambie de sitio.

Daphne obedeció sin chistar, arrastrando su libreta de notas y cruzando las piernas con elegancia, aunque Rhett notó que su hermana estaba más nerviosa que de costumbre. Detestaba las confrontaciones.

—¿Cómo funcionan con los gastos?

Mae se aclaró la garganta y entrelazó las manos sobre el mantel.

—Con nuestras jubilaciones, algo de ayuda estatal, y la caridad de algunas firmas que nos proveen gas barato. Compramos en ferias rurales, ropa de segunda mano, hacemos uso de materiales de las

bibliotecas. Y, por supuesto, la ayuda de Kingship colabora, sobre todo, con la alimentación.

Rhett pasó la mano por el postigo de una ventana; la madera crujió bajo sus dedos.

—Este sitio se beneficiaría de reparaciones —dijo, más para sí mismo que para ellas.

Mae sonrió con un gesto cansado.

—Eso cuesta dinero que no podemos gastar. Hay prioridades: la lavadora, los abrigos de los niños, la comida balanceada, la salud.

—¿Y el personal? —preguntó Rhett, volviendo la cabeza hacia ella.

—Lo que ve. Nosotras, y la ayuda de Michelle, que viene como voluntaria.

Él parpadeó, sorprendido. Se giró hacia Michelle, esperando una corrección. Pero ella asentía, tranquila.

—Crecí aquí—dijo, sin rodeos—. Mae y Thelma fueron mi familia. Yo colaboro como puedo.

Eso lo desconcertó. Una mujer que salía de un hogar de acogida, que había estado con él de esa forma tan íntima, resultaba ser pieza central de esta historia. Su desconfianza y su atracción se mezclaban en un cóctel imposible.

Harrison, mientras tanto, asentía y anotaba en su libreta de cuero, seco, eficiente.

—¿Horas de apoyo escolar?

—Trece a la semana—respondió Michelle, casi automática—. Dos voluntarios fijos y una profesora por horas. Queremos llegar a veinte, pero desde septiembre estamos muy justos.

Harrison levantó la vista, calculando.

—¿Creen que sería posible una fotografía? Así los periodistas tendrán algo y podremos avanzar.

Hubo asentimiento general. Salieron al porche: Rhett, Daphne, Thelma y Mae posaron bajo el sol suave mientras las cámaras apuntaban desde la vereda. Cinco minutos después, volvieron al interior, el murmullo de las voces apagándose con la puerta cerrada.

Rhett se dejó caer de nuevo en la silla incómoda. Su mirada se posó en Michelle, buscando leerla como si fuese un libro cerrado.

Estaba preciosa, sí, pero lo que más lo desarmaba era esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que parecía real, no una máscara. Y él quería saber hasta dónde podía creerle.

—Necesitamos hablar en serio —dijo .

—Nosotros hemos hablado en serio, ¿a qué se refiere usted?— le contestó la mujer más baja y dulce, con la frente fruncida.

No había un ápice de deshonestidad en esa faz, pero era imposible saber si mentía o no.

—¿En qué se invirtieron los aportes financieros que Kingship realizó? —abrió Harrison, directo.

Thelma frunció el ceño.

—¿Perdón?

—En nuestros registros aparece que el año pasado se donaron 100 mil dólares a Casa Magnolia. Lo que hemos visto no demuestra inversión de ese dinero.

Rhett contuvo el deseo de intervenir y suavizar el cuestionamiento de Harrison, que sonó duro. Su hermano era cortante en lo que a finanzas se refería, y este asunto le estaba comiendo el coco.

Lo quería resuelto, veía inconsistencias y las hacía notar.

—Están equivocados—dijo Thelma—. Nunca hemos recibido una suma así. Ojalá, nos hubiera solucionado muchos problemas.

—Los números no mienten. Aquí consta—dijo Harrison, sacando una copia impresa de la cartera de su laptop—. Casa Magnolia, ejecutado en el cuarto trimestre.

Rhett observa las miradas de estupefacción e indignación de las tres mujeres, y a Michelle ladear la cabeza y ponerse muy tensa.

—¿Esta es la manera en que piensan tomar revancha? ¿Mintiendo sobre las cifras que han aportado a este hogar?

El tono era bajo, contenido, pero sus ojos brillaban furibundos, y por un instante los tres Montgomery se miraron.

Esto escalaba, y no era su intención, pero… El tema había sido puesto sobre la mesa y no había manera de desdecirse.

Capítulo 17

—No hay intención de revancha, por favor—intervino Daphne, cuidando sus palabras—. Es solo que hemos detectado incongruencias, y esto fue antes de la gala. No somos una familia de desquiciados en busca de señalar o arruinar reputaciones o trabajos.

—Lo que sea que estén pensando o crean, se equivocan—cortó Michelle, sin bajar la mirada, y Rhett admiró su postura combativa.

Era una gatita sacando garras, y era jodidamente sexy, aunque fuese inconveniente pensarlo dado el momento.

—Los números no mienten…—comenzó a decir Harrison.

—Exacto—retrucó ella—. Y tal vez piense que como somos un hogar pequeño, no los llevamos. Se equivoca, tenemos cada gasto detallado, cada entrada.

Fue a un mueble aéreo del que extrajo una carpeta, empinándose sobre la almohadilla de sus pies. Su mano temblaba levemente, percibió Rhett, que miró rápido alrededor.

La llamada Mae parecía al borde del llanto. La otra, Thelma, era más combativa y rebuscaba en un cajón, del que extrajo un sobre, que abrió para sacar facturas y recibos.

—Lo tenemos todo documentado—dijo, y Michelle vino con la carpeta.

—Eso es bueno, no queremos más que entender la situación, llegar al fondo—dijo Daphne con suavidad y sonrisa amable.

—Usted muestra lo que tiene y yo contrasto con nuestra versión documental—dijo Michelle a Harrison, que asintió.

—Bien. Esto es así…

Mientras su hermano iba detallando cifras y gastos asociados a ella, los números contables fríos de Kingship, las bocas y ojos de las mujeres se agrandaban, había exclamaciones de sorpresa. Incredulidad, ofensa, incluso.

Por cada mes que se mostró algún dato, Michelle contrastó con solidez, y Thelma complementaba la información con notas de color.

-La factura del contratista de enero…

—Arreglo del techo sur, porque las goteras habían arruinado la colección de libros de cuentos de los más chiquitos.

-La compra de un refrigerador…

—El viejo pasó a mejor vida y la señora Adams, dos casas calle abajo, tenía el suyo impecable pero lo cambió. Un gasto necesario.

Los datos de las dos fuentes colisionaban sin remedio, y lo que mostraban de parte del hogar eran dificultades, habilidad para sortearla recurriendo a usado, segunda mano, ayudas de gente amable, descuentos.

—Bueno… Esto es… Definitivamente tenemos una situación entre manos—murmuró Harrison, y Rhett resopló fuerte, ganándose la mirada fiera de Michelle.

—Usted lo ha dicho, el problema es de ustedes. Nosotros no estamos recibiendo más dinero, y menos esas cifras… Increíbles. ¡Vaya si hubiésemos mejorado la calidad de vida de los niños si así fuera!

—Nuestra razón social es Casa Magnolia—dijo Mae, parpadeando.

—¿Qué?—dijo Harrison, volviendo la mirada hacia ella, que se había acercado a mirar los documentos.

Señaló unas líneas en uno de los giros.

—Acá, esto no está bien. Aquí dice Magnolia Youth Scholars. La razón social de nuestro hogar es Casa Magnolia.

Thelma se llevó la mano a la boca.

—Mae tiene razón.

—Pero no es solo que el nombre no coincide—Mae apretó los puños y les miró con indignada afrenta—. Esto que dice aquí… Son libros que no compramos, meriendas que no dimos, horas que no pagamos. ¿Qué administrador de un hogar se permitiría tales lujos?

—Respira, Mae—pidió Michelle, sin apartar los ojos de Harrison —. Lo vamos a solucionar.

—Esto no tiene que ver con nosotros—dijo Thelma, lento—. Este… fraude….

—No sabemos si lo es, no aún—se apuró a decir Harrison.

—Huele como bosta, se ve como bosta…—dijo Michelle, en la frase inconclusa flotando su pensar—. Vamos a defender nuestra

postura. El aporte de ustedes a este hogar sirve, por supuesto, ayuda, pero en el esquema real es una caridad menor.

—Michi, no…—susurró Mae, nerviosa, restregando sus manos —. Toda ayuda es invaluable.

Los tres hermanos quedaron muy callados.

—¿Cuánto?—preguntó Harrison.

—1350 dólares bimensuales—dijo ella, sin bajar la cabeza.

—¿Qué? ¡No puede ser!—dijo Daphne, palideciendo.

—Eso no es posible—dijo Rhett, negando.

Por política general, las ayudas eran en relación con la tarea y la dimensión de cada fundación, pero no era menos de 3000 dólares mensuales.

—¡Es así, tengo el control del banco aquí mismo!—dijo Michelle, frenética, pasando las páginas, y les mostró, su dedo índice golpeando el resumen de cuenta.

Mierda. Esto era… Miserable. Ayer mismo Rhett había cargado una camisa en su tarjeta que valía tres veces esta cifra.

Miró rápido a Harrison, y en los ojos de su hermano vio tormenta, así como pena y vergüenza en los de Daphne.

—¿Le molesta que me lleve estas carpetas?—inquirió Harrison.

Michelle elevó su barbilla y su expresión se endureció.

—Me molesta, sí. Son las únicas copias que tenemos, y no sería bueno para nosotros que desaparecieran, considerando que da la impresión que vamos a tener que defendernos de cargos de fraude.

—No es nuestra intención…—dijo Harrison, rojo, pero Rhett entendió.

Acababan de tirar una bomba en esta cocina, a estas tres mujeres. El peso de las cifras que Harrison mostró, una contabilidad profesional, era una amenaza, que venía justo después de que Michelle había puesto a Kingship en el ojo mediático.

Ellas debían estar enloqueciendo con la idea de que estaban buscando acusarlas y señalarlas. El rostro pétreo de la más dura, Thelma, el temblor de la más robusta, que tenía los ojos húmedos, y la furia en los de Michelle eran evidencia pura.

—Por favor, no estamos tratando de hacer nada raro. Este problema es real… ¿Podrían hacerse copias de esto?

—No voy a permitir que hagan nada con estos documentos si no estoy presente—dijo Michelle.

—Eso está bien—dijo Harrison, más suelto, y Rhett respiró—. ¿Podría ir a nuestras oficinas mañana?

—Michelle trabaja, no puede dejar su empleo.

—Puedo hacerlo, Thelma—tranquilizó Michelle a la otra, suave—. Clara me cubrirá, no hay problema. Esto es prioritario. Iré—dijo ella.

—Ten—Rhett se había apurado a sacar una tarjeta de presentación y se la tendió—. Agenda mi número. Cuando estés en el edificio de la compañía, envíame un mensaje de advertencia. A media mañana está bien. Te daré acceso sin que debas pasar por la recepción. Esta situación debe permanecer entre algodones hasta que sepamos más.

Ella miró la tarjeta y asintió.

—Hazlo ahora, y envíame un mensaje, así reconozco el número. A veces pierdo la noción del tiempo entre la jerga legal.

Ella lo hizo, sin negarse o mediar palabra, y Rhett sintió el móvil vibrar en su bolsillo de inmediato. La satisfacción que le produjo no tenía sentido, pero… No la iba a negar.

La despedida fue breve y fría. Las tres mujeres les miraron irse con seriedad y desconfianza en la mirada, y los tres se metieron en el Jeep, partiendo con celeridad.

El silencio se mantuvo por unos minutos. Daphne muy pensativa, su mirada fija en la ventana. Harrison, en cambio, no perdía tiempo: los pulgares volaban sobre la pantalla, tecleando mensajes con la eficiencia de un cirujano que opera sin titubeos.

Rhett exhaló entre los dientes y se pasó la mano por la cara. El silencio le ardía.

—Esos niños necesitan más—dijo al fin Daphne—. La humedad en esas paredes… Su ropa y útiles estaban gastados, las alacenas con lo justo. ¿Cómo es que Kingship apenas aporta esa limosna? Es… No habla bien de la fundación si es verdad, y así parece.

—No sé, pero es… Inquietante—asintió Rhett.

Tenía la sensación de que era así, su instinto le gritaba que era así. O podía ser su polla hablando, mas no lo creía.

Le encantaba el sexo, y con ella había sido supremo, pero sus padres no habían criado a un idiota que se dejaba jalar por la polla.

—Esto es más grave de lo que pensaba. Esa contabilidad es casera, pero prolija. Las discrepancias son enormes—dijo Harrison.

—¿En qué nos deja eso?—preguntó Daphne.

—En pelotas, y ciegos, porque hay que hacer arqueología contable—sopló, frustrado.

Daphne parpadeó. En sus ojos había algo más que indignación: una punzada de tristeza.

—Las dejamos muy asustadas. Han de estar pensando lo peor —Su tono se quebró apenas—. Y me parte el alma, porque se las ve muy comprometidas.

Harrison levantó la mirada.

—Deberemos hacer que las investiguen—anunció y ante el gesto contrariado de Daphne, agregó—. Es para despejar cualquier duda Parecen honestas, reales, pero… No podemos permitirnos errar, y un chequeo de su pasado y sus cuentas bancarias no hará mal. No sería la primera ocasión en que la falsa caridad exprime la precariedad de los débiles.

Rhett asintió, aunque su cabeza ya se había desviado del Excel y las facturas.

La mente se le había ido a esos labios que todavía recordaba tibios, al calor que había sentido apenas hacía unas noches, a la manera en que Michelle lo había dejado sin aire, sin brújula.

La imagen se sobrepuso a los archivos, a las tablas, a todo.

—Joder —murmuró, más para sí que para los otros.

++++

—Ladronas, eso es lo que insinuaron que somos—susurró Mae, abatida—. Años de nuestra vida entregados para que se nos ensucie así.

—Levanta la cabeza, Mae. Si lo que quieren es amenazarnos, si están manipulándonos para echar basura sobre nosotros,

lucharemos—dijo Michelle, apasionada, abrazándola.

Sentía tal rabia, tal indignación. ¿Quiénes creían que eran esos millonarios para venir aquí con sus Prada, Armani, Gucci, a acusarlas de fraude? ¿De malversar fondos?

—No vamos a enloquecer. Sí, fue una situación fea, pero la actitud no me pareció confrontativa, sino de estudio—dijo Thelma, siempre la que ponía paños fríos y analizaba más las cosas.

—Thelma, querida, estuviste aquí. Sus números dicen que nos dieron dinero que no llegó. Cifras astronómicas. ¿Y no lo ves como una declaración de intenciones?

—Nosotros mostramos que no es cierto. Tenemos la documentación que lo avala. El shock se veía en sus ojos, en sus gestos. La mujer estaba lívida, el más petulante evaluaba todo con la mirada… El otro quería entender, y fue obvio que las dos contabilidades le rompieron la cabeza. Nadie que busque inculpar a otro se toma la molestia de inquirir, de pretender entender…

—Si buscaban saber si podemos defendernos, ahora es obvio, y pueden actuar en consecuencia. O fue una manera de amenazarnos, velada. Además, que no hayan visto ese dinero que dicen donaron invertido en la casa o figurando en los números, a sus ojos nos hace sospechosas de embolsarnos el dinero, y…

—¡Van a pensar que desviamos esa suma a nuestras cuentas personales! Oh, Dios, ¿y si nos complican la vida? Una acusación pública, o penal. ¡Podríamos ir a prisión! ¿Qué pasaría con los niños?

Mae colapsaría si continuaban por este camino, pensó, y la mirada de Thelma le advirtió lo mismo. Tenía que calmarse, bajar sus revoluciones internas y controlar a Mae.

—Nada de eso, estamos limpias. Somos gente honesta, y cualquier chequeo de nuestros ingresos lo mostrará. No hay más de cincuenta dólares en la mía, y de seguro las de ustedes muestran solo la entrada de sus pensiones. Y la cuenta del hogar muestra cada centavo ingresado y gastado. Que nos investiguen. Podemos jugar el mismo juego. Incluso usar la prensa. Están ávidos de noticias y seríamos como David y Goliat.

Su mente ya volaba, explorando caminos, defensas.

—Por lo pronto, mañana llevarás fotocopias de la documentación, Michi—dijo Thelma—. Esos papeles valen oro.

Asintió.

—Haré las copias hoy mismo, y mañana iré a la sede de sus empresas. Pero si creen que me sacarán de allí sin respuestas, están equivocados. El señor números va a tener que proceder conmigo a su lado.

—No puedes imponerte allá, Michi. Te sobra talento, siempre lo he dicho, y es lo que va a salvarnos. Nuestras cuentas están claras porque eres brillante.

—Ah, Thelma, es contabilidad básica, nada más. Escuchen, ya es tiempo de dejar esto. ¿Qué dicen si organizamos una noche de pelis? Las ayudo a montar la sala. Nos divertiremos, y luego Mae y tú descansan temprano. Yo haré lo mismo.

Las dos mujeres asintieron, y pusieron manos a la obra. Las siguientes horas fueron de diversión y entusiasmo, aunque la duda y la ansiedad no se iban de su cabeza.

Con las carpetas en una mochila, volvió a su apartamento. Su cabeza daba vueltas a la idea básica que había logrado hilar: si esto no era una trampa de esos Montgomery…

Y cabía la gran posibilidad de que no lo fuese, porque ¿qué sentido tenía? Uno de ellos podía ser vengativo, pero tres era demasiado.

Okay, si no era eso, es que había un fraude grande como una casa ocurriendo en Kingship, y estaban usando a Casa Magnolia como tapadera, por así decirlo.

Miserable quién o quiénes estuvieran detrás, usando la necesidad de los pequeños, el trabajo de Mae y Thelma. Algo así podía destruir años de labor en un santiamén.

Un hogar de niños en el ojo de la tormenta, aunque no fuese provocada por los administradores, podía ser cerrado para ser investigado.

Los chicos serían redistribuidos, y no había lugar en el país que tuviese la calidez de Casa Magnolia. Ella lo vivió. Había pasado de hogar en hogar por tres años hasta que llegó a la vida de Thelma y Mae.

Le salvaron la vida, y como ella, a muchos. ¿Qué sería de Clarita, de Dylan, de Tommy, de…? No podía pensarlo, no. Tenía que hacer lo que pudiese y más. Convencer a esa gente, demostrar que estaban equivocados.

El mensaje llegó entonces, y parpadeó, confusa. Miró la hora. Las 8 de la noche, era tarde. ¿Quién era este contacto? No recordaba a nadie… ¡Pero claro, qué tonta! Había agendado rápido el número porque estaba nerviosa y a la defensiva.

Se mordió el labio. ¿Qué quería él? Miró la parte del mensaje que se leía antes de abrirlo.

MONTG: *Hola. Espero no parezca que…*

Lo mejor era no responder, no leer. Mañana iría a su empresa, no tenían nada más de qué hablar. *Piensa, Michelle. Tienes que lograr que entienda que no hubo nada raro en su ligue, que no provocaste el lío de la gala, que no hay complot entre manos.*

Suspiró. Si Mae y Thelma se enteraban de esta parte estarían más preocupadas. Tenía que saber qué se traía él entre manos, o qué pensaba. Abrió el chat y leyó.

MONTG: *Hola. Espero no parezca que te presiono o algo así. Pero me parece que tenemos que hablar antes de mañana. Esta situación nos excede, y tenemos que dejar algunas cuestiones claras. ¿Puedes reunirte ahora?*

MICHELLE*: Tienes razón, pero es tarde y no tengo vehículo. ¿Mañana temprano, antes de que lleve las carpetas?*

Hubo un ir y venir de puntos suspensivos mientras él escribía, y Michelle se sentó en el sillón con sus piernas dobladas, recostando su mentón en las rodillas.

MONTG*: Tengo una reunión temprano. Escucha, ¿podría ir a tu casa? Creo que esto es imperioso.*

Michelle tironeó el lóbulo de su oreja, desconcertada. Miró alrededor, dubitativa. Su lugar era… *Mío, y lo que puedo pagar. No voy a disculparme por ser pobre, y está bien que vea que no vivo en el lujo con el dinero de su fundación.*

Tal vez es eso lo que quiere comprobar, cómo vivo. Pues lo verá, decidió*.*

MICHELLE*: Bien.*

Le envió la dirección y esperó la respuesta, que vino en forma de emoticón con el pulgar arriba. Se pasó la mano en la cabeza, nerviosa, y se miró. Ya tenía su ropa de casa puesta, y no la cambiaría. No había nada revelador, sí usado.

Encendió el televisor y se preparó una sopa de lata, que consumió despacio con pan casero que Mae le había regalado. No pudo concentrarse en la serie en pantalla, y cuando el timbre del portero sonó, se movió para pulsar el botón de apertura.

En cuestión de dos minutos sonó el golpe en la madera de la puerta, y fue a abrir. Parecía calma, pero su corazón latía rápido.

La imagen del apuesto millonario en su entrada, comestible en sus jeans de diseñador y chaqueta de cuero, la descolocó. Joder, era un hombre guapísimo.

—Gracias por permitirme venir—indicó, su voz no fallando en elevar cada minúsculo pelito de sus antebrazos.

¿Qué tenía él que la volvía tonta? En serio, era de locos. Michelle no era de esas que se conmovía con la imagen de maromos guapos de catálogos y con pasta para vivir varias veces. Por el contrario, de habitual se la bajaba.

Pero ese era el punto. Rhett Montgomery la encendía, la hacía parecer un arbolito navideño con lo que le provocaba. Casi le avergonzaba pensarse como esos esquemas donde había señaladas las zonas erógenas en rojo. Recordar el sexo entre ambos ponía fuego en sus pechos, en su pelvis, en su garganta.

Capítulo 18

Las dudas lo acompañaron desde que dobló la esquina y dejó atrás las calles y vecindarios que conocía. Rhett bajó la velocidad del Maserati, observando a ambos lados con una incomodidad creciente.

Este no era el distrito histórico ni las urbanizaciones residenciales donde la gente se esmeraba en mantener las fachadas impecables. Aquí, los balcones tenían pintura desconchada, y los cables se cruzaban como telarañas sobre la calle.

Un perro flaco husmeaba una bolsa de basura en la acera. El sonido de su coche sonaba obsceno en ese entorno. *Solo falta que me roben o rayen la pintura.* Tendría que haber traído el Jeep.

Aparcó junto a un bordillo maltratado y bajó, ajustándose la chaqueta como si eso le sirviera de armadura. El aire olía a fritura vieja mezclada con humedad.

Las ventanas del edificio frente a él mostraban persianas torcidas y algunas macetas marchitas. No era peligroso, pero distaba un mundo de su entorno.

Tocó el portero eléctrico. Un zumbido breve confirmó la entrada, y empujó la puerta pesada de hierro pintado de verde. El interior tenía un eco agrio: escalones de cemento, paredes con grietas recubiertas de pintura barata.

Subió la escalera despacio, el sonido de sus botas resonando demasiado fuerte. Golpeó la puerta del segundo piso. Ella le abrió sin darle tiempo a repetir el llamado.

Con el cabello caoba suelto, cayéndole liso sobre los hombros, y vestida con una camiseta gris con el logo de una banda descolorida y pantalones de algodón holgado. Zapatillas viejas.

Nada calculado. Sin embargo, era como si lo que se pusiese le quedara bien, y la hacía atractiva y excitante. Parecía que la sensualidad se le daba natural, sin buscarla.

Los ojos avellana lo observaron en silencio, quietos, midiendo. Sin una palabra, se hizo a un lado para que entrara.

Rhett cruzó el umbral y de inmediato su mirada recorrió el espacio. Pequeño. *Esto cabe entero en el vestidor de Eliza*, pensó. Muy ordenado, sin rastro de acumulación.

No era austeridad, era pura funcionalidad. Los muebles justos, una mesa redonda con dos sillas, un sofá de segunda mano cubierto por una manta de colores.

El lugar olía muy bien: notas frescas, un toque floral, limpio. Había color en los cojines, en un cuadro barato pero luminoso, y en las fotografías dispuestas con cuidado en un aparador.

Michelle entre niños, Michelle con Mae y Thelma frente a la Casa Magnolia, otra en lo que parecía una tienda, abrazada a dos mujeres sonrientes.

Un apartamento sin concesiones, para vivir de forma espartana, pero con más vida y calor del que había en muchos salones de la clase alta, y entre ellos incluía a algunos de su familia.

—Escucha—dijo Rhett apenas Michelle cerró la puerta tras él—, quiero dejar las cosas claras entre nosotros. No quiero confusiones. Lo de la otra noche… y lo de la gala… Necesito entenderlo.

Ella enderezó los hombros, los ojos fijos en él, serena y digna.

—No te abordé, no te conocía. No eras importante en mi mundo, hasta que nos acusaste de ladronas.

Rhett sostuvo su mirada.

—Eso no es lo que pasó. Fuimos a observar, a comprobar. Teníamos sospechas fundadas.

—Así lo sentimos—replicó Michelle, cruzándose de brazos—. Esa sospecha pesa, es amenazante.

Se pasó una mano por la nuca. No estaba allí para discutir semánticas. Lo cierto era que había pedido a Ivar, un investigador de confianza, que revisara rápido la situación: cuentas bancarias, movimientos, cualquier irregularidad.

En cuestión de horas aquel le había enviado un informe preliminar. Había revisado las cuentas corrientes de las tres mujeres, y sus saldos eran más que modestos.

Se mantenían con pensiones y del trabajo de Michelle en una tienda de ropa. Y bastaba ver este sitio para notar que ella vivía con la nariz apenas fuera del agua.

—Ya sé que no vives del dinero de Kingship—murmuró—. Me lo han confirmado.

Michelle alzó el mentón.

—Entonces, ¿qué buscas aquí?

Él dio un paso hacia ella, con la frustración burbujeando bajo la piel.

—Quiero saber… Quiero que me digas si aquella noche, en el club… ¿Te acercaste con un plan para seducirme, para tener un as en la manga?

Los labios de Michelle se entreabrieron en gesto de asombro, y movió la cabeza con vehemente indignación.

—¡Increíble! ¡Tú te acercaste, gilipollas!

Sí, bueno… Pero ella había sido una carnada irresistible con aquella espalda al aire y aire de diosa pagana.

—Fue diversión, Rhett. Adrenalina, deseo. Real, espontáneo—dijo, rodando los ojos, y se sintió un asno.

Tal vez lo era, en parte, porque… ¿Qué cojones hacía aquí, como no fuese exponerse más? Si ella desease chantajear, sacar ventaja, le estaba poniendo las cosas bien sencillas.

Brillante, Rhett, podía escuchar a su hermana Eliza decir, *haciendo todo para que se filtren fotos y videos en las redes*.

Por otro lado, escucharla afirmar que había sido real le calmaba el ego, que se había sentido herido al considerar que había sido un objetivo en un plan mayor. Ella le aseguraba que no, y quería creerle.

—No provocaste el problema en la gala, eso lo creo. Whitford pega en la buena fe de cualquiera, entiendo que escucharle hablar con ese desprecio casual debió hacer que tu sangre hirviese.

Michelle bufó, sarcástica.

—¡Qué generoso! Todo un acto de magnanimidad.

Gatita sacando garras. Y él, maldito idiota, encontrándola más atractiva cuanto más lo desafiaba. Porque le creía. Porque no parecía que hubiese deshonestidad en ella.

—No es eso. Tal vez no lo parezca, pero no disfruto de joder a los que entregan su corazón a los demás.

No, no lo hacía. Había sido enseñado a valorar, a apreciar el tiempo y el esfuerzo, a reconocer lo justo. Se equivocaba, mucho.

Era impetuoso, caprichoso a veces, liviano en sus intereses, pero apreciaba. Y había decidido que Michelle, las mujeres de Casa Magnolia, ese hogar, eran honestos.

¿Y entonces? ¿Para qué viniste, si tienes eso claro? se preguntó. Y la respuesta le golpeó con claridad incómoda: quería verla. A solas.

Ver cómo se agitaba su garganta cuando se ponía nerviosa, cómo el color le trepaba a las mejillas, cómo sus ojos brillaban.

Él avanzó otro paso. Ella no retrocedió.

—Yo solo quiero que Casa Magnolia quede limpia de cualquier mierda que envuelva a Kingship.

—¿Solo eso? Porque puedo pensar en algo más que podrías apreciar… Sé que yo he pensado en esa noche más de una vez… Que he querido repetirla. ¿Tú no?

Sus ojos parecieron resplandecer, y la punta de su lengua humedeció el labio inferior, tragando saliva. Hubo solo un instante de silencio, y entonces las palabras sobraron.

La acción mutua brotó impetuosa y a contrapelo con la charla que intentaban mantener.

Rhett había querido mantener su fachada y la línea, pero su cuerpo pulsaba y pedía, y esos ojos, esos labios… Eran tentación pura.

Él dio un paso y otro, y Michelle no retrocedió. Él tomó su silencio como permiso, y la distancia entre ambos se quebró como vidrio cuando los dos colisionaron.

De pronto, estaban pegados, nada importaba más que matar la urgencia, y el beso fue brutal, desesperado, como dos que se reconocen al borde de un abismo y deciden lanzarse juntos.

Húmedo, feroz, un ataque compartido que los hizo devorarse, con dientes, labios y respiraciones cortadas. La tensión acumulada explotó en un segundo, un incendio súbito donde besarse era lo mismo que arrebatarse el aire.

Rhett la hizo retroceder hasta pegarla contra la pared, su cuerpo reclamando cada centímetro del de ella. Michelle se aferró

primero a su chaqueta, los dedos crispados, y luego a su cuello cuando él la elevó de un impulso por los glúteos, haciéndola enroscarse a su cintura con las piernas.

Ella dejó escapar un gemido ahogado contra su boca, y la vibración le encendió la sangre. El roce de sus bocas se volvió más hambriento, un juego de lengua y dientes que dolía y deleitaba a la vez.

Las manos de él se colaron bajo la camiseta, posesivas, recorriendo su espalda, sus costados curvos, entibiándose en la suavísima piel.

Michelle arqueó el torso hacia él, buscando más, y su pecho se aplastó contra el de Rhett, los senos presionando en un vaivén que lo enloquecía.

El aire se volvió insuficiente: respiraban entrecortados, jadeos que se mezclaban con el ruido húmedo de sus labios, como si de verdad quisieran beberse hasta agotarse.

Él bajó la boca a su cuello, mordiéndole la piel sensible y tibia con pequeños aprietes juguetones, y la lengua suavizaba lo que los dientes hostigaban.

Ella gimió, y esos sonidos… Joder, podía embriagarse solo con escucharla, pero la urgencia propietaria con la que ella la apretó con sus talones, pegándolo contra sí, no hizo más que estimularlo.

Sus dedos se hundieron en su cabello, mesándolo, empujándolo, y se encontró con la polla como una barra que dolía, o tal vez eran sus testículos, que urgían, gritaban por vaciarse en esta mujer sexy, que tomaba, que gozaba…

Tenerla así atrapada contra la superficie dura, con su piel, su boca, sus pechos a su merced… Jodido subidón.

Cada caricia era una confesión muda, cada beso hilado en el camino a sus pechos recordatorio de que estaban perdiendo el control, juntos, al mismo ritmo.

Estás equivocándote, le señaló su mente, idiota centrada que era, y eso le detuvo, a duras penas. Su boca, sus dedos, su lengua, su polla, cada apéndice le gritaba ¡sigue, sigue!, pero…

Suspiró y se apartó un par de centímetros, lo justo para que sus ojos se contemplasen y las frentes de ambos se apoyaran, las

bocas aún húmedas y entreabiertas.

—No es buena idea—murmuró, con la voz áspera, su lengua negándose a decir lo que podría frenar la lujuria—. Lo deseo… No tienes idea de cuánto, pero… No quiero que pienses que busco aprovecharme.

Michelle lo sostuvo con la mirada, las pupilas dilatadas devorando el avellana de sus ojos. El rubor le ardía en las mejillas, la respiración le agitaba el pecho pegado a él, y aun así habló con una calma que contrastaba con el temblor de su cuerpo.

—Puedes parar, si lo deseas—dijo, con una firmeza serena—. Pero no será porque yo te lo pida.

Había en su voz una mezcla de seguridad, desafío, y era llamado de sirena al mismo tiempo. Tan intoxicante como imposible de resistir.

La de ellos era una certeza de pasión carnal que no se ocultaba ni buscaba disculpas, solo reclamaba.

Rhett se dejó arrastrar, y sus manos se deslizaron por debajo de la tela y la quitaron del camino. Frente a él solo había festín.

Capítulo 19

Estaba pasando, otra vez. Era loco, insensato, pero a la vez inevitable y perfecto. Esas manos masajeando sus senos, esa boca que la sorbía y la mordía, esa lengua…

—¡Mfff! ¡Ahh!—gimió, atravesada por sensaciones tan placenteras como intensas.

¿Cómo era que este hombre que hacía horas formó parte del grupito que puso a casa Magnolia de cabeza la hacía sentir que se moría si no la follaba?

Era… Debería avergonzarse, rechazarlo, sacarlo de su intimidad. Pero era débil, su cuerpo se volvía pasta para que él la moldeara.

¡Ay por favor, sonaba loca! ¿En serio, Michelle? ¿Qué crees que eres, la prota de una peli cutre?

Oh, joder, joder. No podía pensar con su boca en su pezón, con su pulgar haciendo toques en el otro, con su lengua…

La sostenía como si ella fuera ingrávida, y lo único que ataba a Michelle a la realidad era la dureza de la pared contra su espalda. Lo otro rígido era la polla que sentía sobando su pelvis, y pareció que la humedad había huido de su boca para concentrarse en su coño.

En una maniobra que hubiese pensado imposible y hablaba de una experiencia extensa en seducir mujeres sobre distintas superficies, él coló una mano por la cinturilla de su pantalón y sus bragas, y se enredó en el vello de su pubis.

La miró con lujuria, elevando la cabeza de sus senos para observar su reacción al llevar sus dedos por el canal íntimo, que vibró y se mojó más.

—Joder, ¡qué empapada estás! Esto no puede fingirse.

Resopló, molesta de que todavía pudiese pensar que ella le había buscado con intenciones de seducción en el club aquella noche. ¿Es que él no se veía bien?

Todos tenemos inseguridades, Michelle.

Se atragantó cuando él descubrió su clítoris, que sobó, y echó su cabeza atrás en mudo grito de placer ante el abuso del centro de placer.

Sin apuro, reconcentrado, bebiendo sus grititos, la besó y persistió, y luego hundió un dedo en lo profundo de su coño.

—Estás más que lista, y yo también.

Se separó, ayudándola a descender, y Michelle enarcó las cejas, molesta por la interrupción, que solo fue para girarla. La dirigió para que posara sus manos en la pared, y la guio para que sacara su cola atrás y abriera más la piernas.

Cerró los ojos y obedeció cada comando, y dejó que le bajara la ropa hasta los tobillos. Dio un gritito cuando él le asestó una nalgada y de inmediato le mordió un glúteo. Pareció que su coño vibraba y temblaba, excitado.

—Jodida vista solo para mis ojos—murmuró él, posando sus manos en las posaderas para abrirlas, y su lengua se deslizó hacia su vulva en la caricia más sucia que recordaba.

—Rhettt, ohh, jodeerr…

—Mmm… No me pude contener. Este culo… Este coño…

Michelle no sabía que una lengua podía hostigar así. No le quedó sitio que no lamiera, y que medio rostro masculino estuviese enterrado en su parte trasera no hizo más que potenciar sus ganas.

Nadie la había comido así, con gula, con ansias, con ruido…

Lograr que alguien *bajase al pozo*, en palabras de Clara, no era cosa fácil, y este hombre…

Rhett lo estaba haciendo como un experto, y Michelle solo podía… entregarse, gemir, pedir…

—Por favor…—susurró, transida de excitada necesidad.

—¿Por favor, qué? ¿Más? ¿O quieres mi polla y no mi lengua?

—Sí… No… No lo sé, solo… Sigue.

—¡Cómo si pudiese parar!—susurró él, aunque se quitó de ella, y se incorporó para bajar la cremallera y entonces su polla se restregó por su hendidura en toda su larga y gruesa gloria.

Michelle movió su pelvis para aprovechar cada pasada, para afinar el contacto.

—Ruega por mi polla, Michelle. Dime que la quieres muy adentro.

—Sí, sí, ¡fóllame!—demandó, sin molestarse en pretender que no estaba desesperada.

—Oh, ¡vaya si lo voy a hacer!—gruñó él, rodeando su cadera y atrayéndola más.

Su polla estaba en la entrada de su coño y se coló demandante, y Michelle se movió atrás, tomándolo todo, pujando para sentirlo completo.

Rhett no perdió tiempo. Sus caderas empujaron con brío, poderoso, sus manos posándose al lado de las de Michelle, y sus labios fueron a la parte trasera de su cuello, que su mano había despejado de cabello.

El calor de su aliento allí, el que su verga provocaba en su centro, sus palabras… Michelle no tenía ninguna esperanza de controlar su orgasmo temprano.

—Vas a correrte como una buena niña en mi polla… Toma todo lo que te doy…—Pujaba fuerte, demandante, sin piedad, y Michelle estaba en cada embestida, recibiendo, gozando.

—Sí, sí…

La urgencia, la necesidad, las sensaciones…

El encuentro era salvaje, brutal, perfecto. El miembro de Rhett la llenaba, le acariciaba las paredes de su intimidad, y sus manos parecían duplicarse para tocarla, para potenciar cada sensación.

Sin aliento, sintiendo más de lo que hubiese sido sabio, con la urgencia de correrse, sintiendo que la arruinaba para cualquier otro, así la ponía.

—Voy a…

—Vas a correrte cuando te diga… No antes, ¿entiendes?—gruñó él en su oído, y se apoderó de su lóbulo, en lo que parecía un gesto recurrente—. No te preocupes… No falta mucho. Mi pija está casi ahí…—Redobló empujes, pero estos comenzaron a parecer más erráticos—. Jodido paraíso—murmuró—. Estoy llegando… Ahora—susurró, y pareció enloquecer sobre ella, que desmesuró sus ojos al sentirse envolver por la inevitabilidad del orgasmo.

—No pares… ¡Por favor, no pares!

—No… Córrete… Córrete para mí.

Estas paredes no habían escuchado a Michelle vibrar, gemir como si le escurriesen el cuerpo, como si la vida se le fuese en un vuelo y en un espiral de placer.

Ella había creído que el sexo en aquel Jeep había sido formidable. ¿Cómo catalogar el clímax que estalló en este rincón de su pequeño apartamento?

—Joder… ¿Cómo mierda voy a mantenerme lejos ahora?—susurró él, como si sus pensamientos se escurriesen sin filtro, pero Michelle entendió el sentimiento.

Ella no creía que pudiese dejar de obsesionarse con este hombre que la acababa de hacer explotar y le voló cada centímetro de piel.

El peso de él se tornó obvio entonces, y la sensación de cortedad pareció envolverlos a ambos, porque Rhett se apartó, carraspeando. Michelle se agachó para elevar su ropa desde los tobillos, y buscó veloz su camiseta.

—Michelle…

Elevó la vista, sonrojada, y confrontó la intensidad de la mirada gris.

—¿Podemos mantener esto privado?

Joder, sí que se podía arruinar un momento genial con una frase. Desvió la mirada, muy molesta, pero lo confrontó, decidida a no dejar pasar la tontería.

—¿Qué, crees que lo voy a publicar en las redes? Hola, soy la chica de azul, acabo de follar con Rhett Montgomery, ¡hurra!

Él sacudió la cabeza y levantó sus manos.

—No, no, no es eso. Me refiero… Mañana irás a la empresa, te reunirás con Harrison, verán los números… Quiero mantener esto separado.

—No voy a contar nada a tus hermanos. ¿Por qué crees que lo haría? Es sexo. Bueno, pero no voy a hacerte un altar—indicó, muy grave.

Cateto.

—A mí no me molestaría hacerte uno—dijo él—. Fue brutal. Me gustas, y esto entre nosotros… Es mucho más que bueno.

Tenía un punto, sí. Era fantástico.

—¿Y?

—Podemos repetirlo, y actuar como si lo de Kingship, Casa Magnolia, sean cosas aparte.

—Tal vez.

No estaba segura. A ella no se le daba bien separar los tantos. Sus emociones corrían profundas, sentía demasiado. Y esto era sexo, pero a la vez… Él le gustaba, más de lo necesario, y de lo inteligente.

No te cierres a sentir, pero no ignores la realidad. Sabes que quieres más de esto, más de Rhett. Solo… No te equivoques en lo que él busca. Un cuerpo que le gusta, química sexual, eso son, nada más.

Capítulo 20

Michelle se detuvo en la vereda frente al edificio de Montgomery Enterprise. El cristal espejado le devolvió su reflejo con el cabello cuidadosamente recogido, y ese trajecito sastre gris marengo que había elegido con esmero para sentirse acorde al que imaginó un ambiente sofisticado.

Esa falda y chaqueta eran como un caballito de batalla que conservaba impecable, porque eran contadas las veces que había debido vestirlas. El bolso de cuero colgado de su hombro, un Balenciaga de segunda mano, le pesaba con las carpetas de Casa Magnolia.

Ajustó la chaqueta con ambas manos, respiró hondo y buscó el móvil para escribir el mensaje a Rhett, como habían establecido.

MICHELLE: *Estoy por ingresar al edificio.*

La respuesta fue escueta.

RHETT*: Voy.*

Un temblor breve la recorrió. La noche anterior le volvió en ráfagas: su apartamento estrecho sacudido por un encuentro incandescente. La boca que la devoró, las manos que habían marcado su piel.

Y también la conversación, la advertencia mutua de mantener aquello entre almohadones. Que no lo supieran más que ellos. Separar piel y números era lo lógico, lo necesario.

¿Si le importaba? Tal vez un pelín que él lo diese por sentado, como si no hubiese otra senda. No es que ella *quisiera* otra, pero… Sería bonito no sentirse un secreto.

Michelle se arrebujó en la contradicción y se repitió que lo único que debía importarle era que la Casa Magnolia saliera limpia de ese lío.

Dejó pasar un minuto, e ingresó, justo cuando uno de los ascensores se abría y Rhett emergía impecable en un traje gris de finas rayas, camisa blanca y corbata oscura. El cabello peinado hacia atrás, sin un mechón fuera de lugar.

Avanzó hacia ella y sus ojos grises la recorrieron de arriba abajo con un relámpago indescifrable. Michelle sintió cómo las piernas se le aflojaban. Se obligó a erguirse, a permanecer neutral.

—Buenos días —dijo él, como si fuesen conocidos corrientes.

—Buenos días —respondió, con la voz más estable de lo que esperaba.

La condujo hacia un ascensor privado. Michelle sintió algunas miradas en el vestíbulo, rostros curiosos que probablemente la reconocían del vídeo de la gala. No desvió la vista del frente.

Dentro, el silencio se hizo espeso. La distancia era de apenas medio metro, y todo en su piel recordaba que la noche anterior no había existido un milímetro entre sus cuerpos. Él había estado dentro suyo.

Rhett rompió la tensión con voz grave.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias—contestó ella, parca.

Él asintió.

—Olvidé que no tenías coche. Debí enviarte uno.

—No te preocupes—dijo Michelle, intentando sonar ligera.

El ascensor subió rápido. Ella era consciente de las cámaras en el techo, del frío profesionalismo que debían exhibir, cuando en realidad la sensación de su cuerpo contra el de él parecía esa gota de agua persistente que horadaba cualquier superficie. Un pensamiento obsesivo permeando su cerebro.

Llegaron a las oficinas y Michelle parpadeó: pisos brillantes, paredes vidriadas, gente trajeada con vestimentas impecables. Las mujeres, maquillajes perfectos, tacones altos, perfumes caros que flotaban en el aire. Allí no había margen para la imperfección.

Rhett se detuvo junto a una secretaria de falda lápiz y moño tirante.

—Anuncie a la señorita Michelle con Harrison—ordenó.

La mujer asintió, imperturbable, y cuando la respuesta afirmativa llegó por el intercomunicador, Rhett la dejó con un saludo breve de cabeza y se marchó sin añadir palabra.

Michelle fue conducida a la sala donde Harrison Montgomery ya la esperaba. El contador tenía un porte serio, traje oscuro con

algunas arrugas, de esas que surgen de horas de trabajo. Era probable que hubiera pasado la noche con los papeles.

Sus ojos azul profundo se fijaron en ella con concentración, sin afecto ni hostilidad.

—Señorita… Michelle—La saludó con corrección antes de indicarle la silla frente a él—. Gracias por traer las carpetas.

—Son copias—le indicó—. Decidimos que era lo más inteligente. Los originales valen oro para nosotros, y más en esta situación.

—Entiendo, sí. Mm. No estoy habituado a trabajar con alguien al lado, y menos con poca experiencia…

Lo entendía, pero no se iría de aquí sin alguna certeza. Podía ser muy porfiada. Lo miró con mucha seriedad.

—No soy una profesional, pero me gusta, y soy auto didacta.

Él torció el gesto, se mesó el cabello, y finalmente cedió.

—Bien, bien. Tengo aquí abierta la contabilidad—Giró el monitor para que pudiera verlo, y ella se adelantó en su silla para mirar—. Vamos a revisar cada detalle, comenzando por el último mes.

Michelle abrió el bolso y deslizó los documentos sobre la mesa.

—Aquí están las facturas de alimentos y suministros. Están en orden cronológico.

Él asintió, sin mirarla aún, y comenzó a teclear. Los ojos azul oscuro parecían clavados en la hoja de cálculo, cada tanto copiando un dato de las facturas al monitor.

Su seriedad era casi impenetrable, y durante la primera hora el intercambio fue reducido a preguntas precisas y respuestas secas.

—¿Por qué dos compras tan seguidas en el mercado mayorista? —preguntó.

—Promoción especial en productos no perecederos —respondió ella, alcanzándole el comprobante—. Arroz, harina, azúcar.

Tecleó de nuevo, sin comentario. Michelle sintió una punzada de fastidio: trabajaba con números todos los días en Casa Magnolia, y no era una niña que necesitara examen.

Pero poco a poco, la dinámica cambió. Cuando él le pidió la factura de electricidad, Michelle se inclinó hacia la pantalla.

—Ese monto que aparece sobre la electricidad, no tiene sentido. Somos conservadoras con el uso, y baja en verano—indicó.

Harrison arqueó una ceja, y luego asintió.

—¿Y el aire acondicionado?

—Usamos ventiladores, y disfrutamos mucho del exterior. Además, dos de los acondicionados perecieron el invierno pasado, y no hemos podido comprar otros.

Él la miró incrédulo, y luego susurró algo ininteligible entre dientes, pero tecleó rápido.

—Buena observación. Imagino que puede haber otras cifras infladas—sentenció.

—¿Y es seguro que esto solo ha ocurrido con nuestro hogar?—preguntó.

Él negó.

—Nada es seguro, esto es un jodido problema, pero llegaré al fondo.

—Imagino que una empresa tan grande tiene el personal adecuado.

—Lo tenemos, pero este no es un asunto que confíe a otros—indicó—. No confío en nadie en este momento.

Ella asintió. El intercambio pareció allanar el trato, y la siguiente hora fue distinta. Él pedía datos, y ella ya no esperaba que los formulara en seco: se adelantaba, abría carpetas, señalaba.

Harrison empezó a mostrarle la hoja de cálculo, y ella detectaba patrones.

—Mira—dijo, señalando con el dedo en la pantalla—. Siempre hay movimientos grandes el tercer viernes de mes. ¿Ves? Aquí, aquí y aquí.

Harrison se inclinó, interesado.

—Curioso. No es la pauta de un gasto rutinario. Podría ser una extracción, un traspaso encubierto…

—O facturas que se cargan siempre el mismo día para pasar inadvertidas—Ella se encogió de hombros.

Hubo un silencio breve. Él sonrió apenas, y el gesto lo humanizó.

—Se nota que sabes lo que haces.

Michelle se sorprendió al devolverle la sonrisa, ligera. El aire se aflojó. Ya no eran dos desconocidos obligados a trabajar juntos, sino dos personas que compartían un mismo lenguaje: el de las cifras y los balances.

Pidieron más café y unos croissants. Harrison se acomodó la corbata, desordenada de tanto inclinarse, y dijo:

—Si no te molesta, seguimos un par de horas más.

—No me molesta. Cuanto más avancemos, mejor. Quisiera que las dudas que tengan sobre nuestro hogar se disipen cuanto antes, y mañana tengo que volver a mi trabajo.

La tarde avanzó. La rigidez inicial se transformó en fluidez. Michelle detectaba anomalías, Harrison asentía y registraba.

Él mostraba gráficas, ella las interpretaba con rapidez. Y en esa dinámica recordó algo que no la sorprendió, pero sí fue como redescubrirlo: disfrutaba del proceso.

No solo porque defendía a Casa Magnolia, sino porque había satisfacción en seguir los rastros que otros habían dejado en las cuentas.

Cuando Daphne entró, interrumpiendo la concentración, Michelle casi se sorprendió de estar inclinada junto a Harrison, ambos mirando la misma pantalla. Daphne la saludó con calidez.

—¿Todo bien aquí? ¿Han logrado avanzar?

—Sí, y no se ve bien—gruñó Harrison—. Pero la ayuda ha sido importante.

—Harrison trabajo demasiado, y cree poder con todo solo—dijo Daphne, que miró a su hermano como si fuese su mamá.

—Obligado, se ha dejado ayudar hoy. Lamento si me impuse, pero estamos muy inquietas por esto. Entiendan que si hay la mínima sospecha de irregularidades en Casa Magnolia, nuestros niños serían llevados a otro sitio. Sería devastador—susurró.

—Estoy convencido de que el hogar ha sido usado como pantalla para robar dinero, y no son responsables—dijo Harrison, y el alivio que sintió se reflejó en su desinflarse en la silla.

—Oh, gracias a Dios.

—Muy bien—dijo Daphne, y apretó la mano de Michelle—. Todo estará bien entonces, querida.

Harrison se recostó en la silla y la miró con más franqueza que antes.

—Estoy impresionado. Tienes talento y enfoque para los números.

Michelle bajó la mirada a sus manos.

—Siempre quise estudiar —confesó.

—¿Por qué no lo hiciste?

Algo en él le hizo abrirse. No era un hombre hablador, pero cuando escuchaba, ponía interés en el otro, como si lo hiciese foco de su atención total

La que siguió fue la confesión sobre el accidente de sus padres, la necesidad de quedarse en Casa Magnolia, su convicción de que alguien debía ayudar a Mae y Thelma.

Harrison la escuchó serio, sin interrumpir. Cuando terminó, dijo en voz baja:

—Voy a ir al fondo de esto. No tienes que inquietarte. Los números no apuntan a Magnolia. Se mueven en otra dirección, y soy como un mastín para estos asuntos.

Michelle asintió. Sintió que se descomprimía, pero también una inesperada calidez: el descubrimiento de que, en medio de tanta tensión, había alguien que hablaba su mismo idioma y no subestimaba lo que ella sabía hacer.

Capítulo 21

El regreso al trabajo fue más áspero de lo que esperaba. Apenas cruzó la puerta, el mánager la llamó a un costado.

—Michelle, tuviste demasiada exposición en estos días. No es bueno para la marca. Te necesito en el área de stock y almacenamiento, lejos del mostrador. Evitemos riesgos, ¿sí?

Asintió, tragando la protesta que le subía a la garganta. *Exposición. Riesgos. Como si yo hubiese buscado salir en todas partes.* Guardó silencio y bajó al depósito, rodeada de cajas y registros de inventario.

En el descanso de media mañana, Michelle se dejó caer en la mesa del fondo con un café tibio entre las manos. Linda y Clara ya la esperaban, sus caras cansadas y con el fastidio que dejaban los turnos largos.

—Debería darte vergüenza—bromeó Linda apenas se sentó—. ¡No considerar esta boutique y su prestigio cuando saliste a defender Casa Magnolia!

—Ese hombre es insufrible.

—Espero que no piense tenerme escondida por mucho tiempo. O despedirme.

—Si llegara a hacer eso, lo amenazamos con ir a la prensa y denunciarlo por persecución—indicó Clara.

—Es injusto —murmuró Michelle, removiendo el café—. Pero no voy a discutirle. Prefiero aguantar.

—¿Y cómo estás? —preguntó Clara, bajando la voz—. Por lo de la gala digo. Eso fue fuerte.

Michelle se encogió de hombros, intentando sonar tranquila.

—Bien, aunque tuve miedo, Kingship seguirá apoyando a Casa Magnolia.

—No se atreverían a cortar el apoyo, se vería como una venganza.

—Sí. Solo quieren ordenar las cosas, y empezaron con nosotros para que no haya suspicacias.

—Vi la conferencia de prensa. Joder, esos Montgomery están para comérselos—dijo Linda.

—Ayer mismo estuve en la corporación con Harrison Montgomery, revisando cuentas. Ya saben cómo soy con las carpetas de números, las querían para contrastar, y les dije que iba con ellas.

Rieron. Sí, la conocían, su obsesión con las cuentas no les era nueva. Hubo un verano que fueron juntas de vacaciones en el cual llevó la contabilidad de cada gasto.

—¿Fuiste a la corporación? —Linda abrió mucho los ojos—. Eso debe ser otro mundo.

—Lo es—Michelle no pudo evitar sonreír un poco—. Vidrio, mármol, gente impecable. Me encantaría trabajar en un lugar así. Todo organizado, cada cosa en su sitio.

Clara tecleaba en su móvil y levantó la cabeza.

—Oh, pero mira que eres afortunada—suspiró—. Ese tal Harrison es guapísimo.

Michelle titubeó un segundo antes de contestar.

—Es… serio. Muy concentrado. Pero sí, es atractivo, supongo.

—*Supongo*—repitió Clara, riendo—. Tú lo viste de cerca. Yo me lo imagino con ese aire de tipo que nunca se despeina.

—Algo así—admitió Michelle, y cambió de tema rápido, con un sorbo de café.

No mencionó a Rhett. Ni una palabra. Ese segundo encuentro, los que viniesen… Sería su secreto. Nadie lo creería. Y tal vez ni ella misma lo creía del todo.

Los días siguientes parecieron repetirse con una cadencia extraña: jornadas pesadas en el subsuelo de la tienda, donde el aire olía a cartón y detergente, visitas a Casa Magnolia para calmar a Mae y apoyar a Thelma, y las noches que se alargaban en la penumbra de su apartamento.

Rhett escribía tarde, a veces pasada la medianoche.

¿Estás despierta? O simplemente: *¿Puedo ir?*

Y ella, sin darse tiempo de pensarlo, respondía sí. Lo esperaba con el corazón agitado, consciente de que cada encuentro podía ser el último. Cada despedida así lo parecía.

No había garantías, ni promesas. En cierta manera era un desahogo mutuo que no parecían poder frenar, aunque lo intentaran. Ella lo hacía, se decía que había que frenar. Y recaía.

La primera embestida era pura urgencia. El sexo era brutal, exquisito, fuera de escala. Se devoraban como si el mundo acabara a la mañana siguiente.

Mas el pasar de los encuentros trajo una rutina distinta, y era de calma. Rhett llegaba con bolsas de comida, cajas de pizza humeante o chow mein de un restaurante chino, y estas les esperaban hasta que el sexo se diluía.

Se sentaban en el suelo, la mesa baja llena de envases de cartón, botellas de cerveza sudadas, y entonces se abría un espacio distinto.

—Nunca mezclaría queso azul con pasta—dijo ella una vez, probando un pedazo de lasaña que él había traído.

Rhett la miró como si hubiese dicho una herejía.

—Eso es lo mejor. La vida está en los contrastes.

Rieron, y entre bocado y bocado él empezó a hablarle de sus tíos, catalogándolos de acuerdo con la cercanía. Le habló de sus padres con cariño, de su tía Augusta, de sus hermanos.

Nada muy extenso, referencias que eran como una ventana a su mundo de la Savannah rica.

Una noche vino cansado, se veían luego de cuatro días. Fastidiado, y al quitarse la camisa le encontró un gran moretón en la espalda. Michelle se alarmó.

—¿Qué te pasó?

—Un rebote duro al escalar—Lo dijo encogiéndose de hombros —. Estaba casi llegando a la cornisa cuando me deslicé.

Ella se mordió el labio, y lo tocó, suave, preocupada.

—Es peligroso, Rhett. ¿Por qué lo haces?

Él sonrió.

—Porque arriba, en la roca, nada importa. No hay apellido, ni prensa, ni juntas de directorio. Solo el próximo agarre. Es adrenalina, libertad. Desafío.

Michelle bajó la mano, comprendiendo un poco, pero no dejando de sentir el miedo.

En otra ocasión, él rio con un mensaje en el móvil y se lo mostró. Era un chat con Henry, el hijo de Lila, su cuñada.

—Me espera para probar un juego nuevo en la Xbox.

La sonrisa de Rhett era luminosa, distinta a la que ella conocía en la cama.

—Has de caerle muy bien—observó Michelle.

Él encogió los hombros, con ternura.

—Ese crío es simpático, y mi sobrino por adopción. Beau lo siente suyo, así que es parte de la familia.

—Es un niño afortunado.

Familia. Ese era un tema complicado para ella. Los recuerdos de los suyos habían sido limados por el tiempo y las vivencias, buenas y malas, de su infancia huérfana y su adolescencia.

Entre ellos había momentos de encanto, otros de pasión, y algunos de fastidio. Como cuando él le hablaba de superarse, de estudiar, de ir por los sueños. Joder, ¡qué fácil decirlo cuando se tenía el mundo en la mano!

—Deberías inscribirte y comenzar a cursar si tanto te gustan los números. Nada se transforma si uno no hace el esfuerzo.

—¿Tú me hablas a mí de esfuerzo? ¡Qué tupé tienes, hijo!

El aire se puso más tenso esa noche. Él calló, guardó el móvil, y se fue antes de lo habitual, y no follaron. Michelle cerró la puerta con un nudo en la garganta.

No tendría que haberlo dicho así. Pero no podía fingir que el mundo era justo, que cualquiera podía escalar montañas o dirigir empresas.

Se quedó tumbada en el sofá, pensando que él la creía menos. Y lo que la sorprendió fue lo mucho que le dolía esa idea. No porque temiera perderlo, sino porque se descubría deseando su mirada de respeto.

Creyó que no volvería, lo lamentó, y fueron días un poco amargos hasta que él volvió como si nada, sonriente, gentil. Fue entonces que Michelle se asustó, porque esto…

No era solo el sexo. Aunque lo anhelaba con la piel, sentía más. Le gustaba la intimidad, la charla, escucharlo reír, verle relajarse, sentir que dejaba de lado una coraza con ella.

Cada encuentro cimentaba el siguiente. Cada despedida parecía la última, pero él volvía. Y ella lo esperaba.

Con la misma voracidad en el deseo y con un anhelo nuevo: que la conversación durara tanto como los besos.

Capítulo 22

Esto se le salía de control. No importaba cuando se lo repitiera a diario.

Es un ligue, nada más.

Una *aventura.*

Distracción, escape.

Sexo del mejor, difícil de encontrar con otra. Estaba teñido de intenso placer, de novedad, de entusiasmo, sin postureos.

Rhett no había sufrido de falta de sexo, por cierto. Si acaso, lo había tenido al alcance desde muy jovencito, porque el dinero y los genes jugaban a su favor. Lo consideraba sin vanidad, era lo que era.

Mas detrás de muchas relaciones había estado esa pequeña cuña de no saber si era él: su cuerpo, su presencia, Rhett a secas lo que atraía a las mujeres en racimo, o las posibilidades que esto traía.

Citas caras, contactos, disfrutar de regalos o viajes, en fin… Ser millonario no lo hacía a uno inmune a los bajones de la autoestima, o a la desconfianza.

No le pasaba con Michelle. Atrás habían quedado sus sospechas de que le hubiese buscado a propósito. Harrison avanzaba en su investigación y había destapado una sincronizada maquinaria de extracción de dinero desde Kingship, y esto en parte se lo debían a la mujercita y su meticuloso trabajo con los libros de Casa Magnolia.

En las semanas que habían transcurrido, Rhett se volvió asiduo al pequeño departamento. Los días se trenzaban con las noches, y Michelle era una deliciosa rutina nocturna a la que corría tantas veces como podía.

Dejaba de lado salidas con Teo, eventos a los que Eliza le invitaba, ofertas de colegas. Ella llenaba los huecos que no quería admitir que tenía.

Era un problema, si lo veía con ojos objetivos. En la oficina, mientras se proyectaban cifras en una pantalla o se firmaban contratos, la mente de Rhett vagaba. Bastaba un gesto trivial para traerla.

El cruce de piernas de una ejecutiva le podía transportar a la imagen caliente de Michelle rodeando sus caderas con sus muslos en el sofá. El perfume caro de alguna secretaria le hacía añorar el olor limpio de su piel.

Era como un vicio del que no lograba desintoxicarse. La urgencia física era brutal, sí, pero lo que lo desarmaba era lo que venía después: sentados en el suelo, con cajas de comida y botellas de cerveza fría, hablando como si no existiera el peso del apellido Montgomery.

Michelle le había ido contando pequeños trazos de su niñez en Casa Magnolia, o del accidente que le arrebató a sus padres, y de las mujeres que habían sido su sostén.

Él, que rara vez compartía de su vida, como no fueran chispazos, se encontró tan cómodo y seguro con ella como para hablarle de lo que le motivaba de verdad.

Lo que le hacía feliz. Su necesidad de adrenalina, que satisfacía escalando, lanzándose en parapente, o acelerando sus vehículos. Su escape, o la libertad que encontraba en lugares donde no había apellidos ni cámaras ni prensa.

A veces, cuando ella se quedaba dormida sobre su pecho, Rhett se encontraba mirándola, pensando que era hermosa, que le hacía bajar a tierra, como agua fresca en la garganta de un hombre sediento, y eso…

No podía terminar bien. Rhett no podía ofrecerle algo permanente, como no fuese esta situación. No estaba en él volver esta situación una relación. ¿No?

No, definitivamente no. Él no era Beau, ni su padre. Las emociones, el asentarse, una mujer fija en su vida… No.

Esta seguridad que portaba por el día se desdibujaba en el encuentro con Michelle, en la sencillez de la noche transcurriendo dulce y plana luego de follar. Y también en su socializar.

Que Teo tuviera que arrastrarlo a una salida era indicativo de que se estaba domesticando.

—Pero, ¿qué cojones has hecho con mi amigo, joder?—le dijo aquel, fastidiado cuando le aceptó una copa y no más—. Hace más de dos semanas que no nos vemos, cabrón. No me digas que es el trabajo el que te tiene así. No, deja, deja, ya sé…—Rio y asintió, como si se hubiese dado cuenta de algo chistoso—. No digas más, te has contratado a una profesional para que te drene la vida por la polla. Sí, ¿a que es eso?

Rhett rio y sacudió la cabeza, negando.

—Matt, ¿recuerdas al tío de Recursos Humanos de la Corporación Naviera Stratton?—le contó, siguiendo, dando lata con el asunto—. Me contó que hay una agencia de escorts que hace sueños realidad—Rio—. Los físicos, al menos.

—Lamento desilusionarte, Teo, pero no, no es el caso—le respondió, bebiendo un trago largo.

No iba a decirle que estaba muy bien en ese aspecto. Lo que lo ponía Michelle. Hacía dos noches, a sus pies, de rodillas. ¡Qué jodido subidón esa boca perfecta haciéndole ver estrellas con succiones, lamidas y sonidos!

Ella no necesitaba de lencería cara, joyería o maquillaje para encenderlo. En su remera larga, medias hasta la rodilla y su tanga, haciéndose un moño flojo para despejar su rostro, apoyando sus manos en sus muslos, y luego subiendo para apretar sus glúteos y traerlo hacia ella, tomando todo su largo, hasta la garganta…

Correrse le había llevado nada, y verla tragar su semen… Puto placer.

—Joder, tu cara… Estás recordando algo bien indecente, te conozco. Cuenta, cuenta.

Sacudió su cabeza, negando.

—No hay nada para decir. Deja de hacerme el centro de interés, Teo. ¿Que no tienes vida?

—Cosillas pasajeras.

—Rhett, cuánto tiempo—La voz femenina atrajo la atención de ambos, y Rhett sonrió de modo mecánico a la rubia hermosa que se plantó delante.

La conocía, pero no lograba ubicarla.

—Hola…

—Molly. Molly Branderson—dijo ella, su sonrisa inalterable—. Del despacho Branderson, Clark & Sanders—Ella parpadeó, un poco menos segura al notar que él parpadeaba—. ¿El contrato Ballord?

—Claro, por supuesto—dijo, sonriendo más amplio.

Sí, ese había sido un acuerdo grande dos años atrás, y ella era asesora de uno de los socios principales de la firma. Y buena en la postura del misionero, recordó.

Habían follado en el baño de señoras de la firma de sus jefes. Y su mirada sobre él ahora mismo, predatoria, describía con exactitud lo que quería.

Debería estar excitado. Fácil, y placer asegurado. Senos grandes, una cintura pequeña, labios húmedos que estarían dispuestos a lo que le pidiera, una retaguardia poderosa.

Pero no le movió un músculo. Su polla parecía muerta, consideró, inquieto.

—¿Qué beben?

—Pero qué descortesía—dijo Teo, respondiendo con prontitud, haciendo un gesto al bartender, que vino a ellos de inmediato—. Lo que desees.

Rhett miró a Teo y le hizo un gesto con los ojos, apenas perceptible, que era su seña desde jóvenes.

Toda tuya, implicaba. No le movía un pelo, no lo hacía querer follarla hasta la mañana como si lo hacía Michelle.

Michelle, que tal vez le esperaba ahora mismo. ¿Qué hacía aquí?

—Un gusto verte otra vez, Molly. Lamento tener que irme justo ahora.

—¡Oh, pensé que podríamos…!—dijo ella, con desilusión obvia.

Rhett devolvió una sonrisa cortés, elástica, aprendida en los salones de los Beaumont.

—No lo creo.

—Yo no tengo que irme, por si sirve de algo—dijo Teo, y ella le miró y parpadeó, para luego asentir.

Rhett ya estaba tendiendo su tarjeta al bartender y haciendo un saludo a Teo. Este le observó un momento, pero no dijo nada más, enredado en el flirteo con la mujer.

Rhett no escapó ileso, sin embargo, porque ya en su vehículo, el móvil trajo el mensaje de su amigo.

TEO: *Gracias por el regalito, pero ese no fue el Rhett que yo conozco. Aquel se hubiese lanzado a la oportunidad. ¿Qué pasa contigo?*

Rhett soltó aire, se reclinó en el asiento y suspiró. Se preguntaba lo mismo.

RHETT: *Nada, gilipollas. Trabajo. Deberías intentarlo.*

TEO: (Emoticón dedo del medio). *Ve a que te den.*

Ah, iría sí, pero a un sitio donde era bienvenido, mucho más sencillo que este con luces, tragos caros y mujeres sofisticadas. A uno donde se sentía extrañamente feliz. Ya vería de comenzar a despegarse de Michelle mañana.

Sí. Mañana debería pensar cómo hacerle saber que su… Que no deberían continuar viéndose. No favorecía a ninguno. No realmente.

Capítulo 23

Michelle no podía creer que estaban aquí. Juntos. A ojos de todos los asistentes del State Farm Arena de Atlanta.

O a vista de los empleados que les dieron acceso al vip del lugar. Guau. Era… Increíble.

Una fila de luces azules marcaba la alfombra, el murmullo de miles de voces subía como un oleaje desde las tribunas, y el olor a algodón de azúcar y cerveza se mezclaba en el aire.

Michelle se aferró a la pulsera de acceso que le habían colocado en la muñeca y tragó saliva. Nunca había estado en un lugar así: pantallas gigantes colgando del techo, barras luminosas en las manos de los fans, vendedores con camisetas negras corriendo de un lado a otro.

El ambiente era de alegría, de color, la música envolviendo los rincones. Una fiesta, y estaba invitada a disfrutarla al lado de Rhett Montgomery. Caray, ¿cómo era esta su vida?

Sí que se habían apilado acontecimientos, personas, situaciones y emociones en el último mes. Un ligue que se había hecho recurrente y parecía más con el millonario más codiciado de Savannah,

Casa Magnolia fuera de cualquier sospecha, como lo estableció Harrison. Incluso su mente florecía y se permitía comenzar a pensar en la posibilidad de estudiar, de hacer algo con su capacidad y amor por los números.

Los astros se van alineando, le había dicho Mae. Daphne Montgomery había ido al hogar en dos oportunidades, había hecho el compromiso de destinar más partidas de dinero para afrontar las emergencias de los niños.

Esto sería efectivo una vez que la contabilidad se ordenara, pero Michelle confiaba en que esto sería así pronto. Harrison era brillante, y quien fuese que estaba defraudando la fundación, sería atrapado.

La posibilidad de que su adorado hogar tuviese la pasta suficiente para no solo sobrevivir, sino para dar oportunidades reales a los niños que amaba, era… Invaluable. Y Rhett era parte de eso, no le cabía duda.

—Esto está repleto—dijo, mirando alrededor.

—¿Qué esperabas? ¡Es The Weeknd!—dijo ella, sonriente.

Recordó cómo había empezado todo, apenas dos noches atrás. Él había llegado con pizza y cervezas cuando ella escuchaba una lista de reproducción. Entre bocado y bocado, las canciones más icónicas del cantante sonaron, y ella se movía en sintonía con la melodía, tarareando.

I saw you dancing in a crowded room
You look so happy when I´m not with you…
(Te vi bailando en una sala abarrotada
Luces tan feliz cuando no estoy contigo)

<<Esa primera frase podría ser la mejor descripción de lo que me llevó a ir a ti aquella noche. Estabas tan sexi con aquel vestido, bailando con los brazos en alto, ojos cerrados…>>le dijo él. <<Oye, ¿te gustaría escucharlo en vivo?>>

<<Obvio, es mi ídolo total. Toda una historia la suya, y sus canciones son bellas.>>

Él había tecleado en su móvil, y no habían pasado diez minutos que la sorprendió con la novedad de que, si lo deseaban, tenían entradas para ir a Atlanta.

Había quedado tan sorprendida. ¿Lo suyo no era algo… furtivo? Él había actuado así, ella lo permitió, lo fomentó. Pero… la excitación de ver al artista, de dejarse ir, de actuar como si pudiesen ser más, pudo con ella, y aceptó.

¿Qué tenía para perder? Nada, y sí la perspectiva de vivir su presente a fondo, de exprimir cada segundo con Rhett, disfrutarlo, crear memorias.

<<¿Qué pasa si nos ven?>>

Rhett se había encogido de hombros, con esa media sonrisa que la dejaba sin defensas.

<<Es otra ciudad. Nadie nos va a notar.>>

Así que estaban aquí. Vibrando con la multitud, aunque separada y en un VIP al que no podría entrar de otro modo.

El estadio se apagó de golpe y la multitud rugió. El primer acorde hizo vibrar el suelo bajo sus pies. Miles de luces de móviles se encendieron al mismo tiempo, como estrellas improvisadas.

Cuando el artista apareció en escena, Michelle se unió al coro sin pudor, la garganta al límite, las manos en alto. Cantó a gritos, riendo, dejando que la música la atravesara como un río eléctrico.

Volteó la cabeza y lo encontró mirándola. No al escenario, no a las pantallas, sino a ella. Sus ojos grises ardían bajo las luces de neón, intensos, como si disfrutar de su felicidad fuera un espectáculo privado.

Se inclinó y lo besó sin pensarlo, con la misma urgencia con que había estado gritando segundos antes. Rhett respondió al instante, su boca firme sobre la suya, una mano en su nuca.

El tema cambió, la multitud saltaba y el suelo temblaba bajo sus pies. Rhett la atrajo hacia él, pegándola contra su cuerpo como si no existiera nadie alrededor.

Sus labios descendieron al borde de su mandíbula, luego al cuello, donde el bajo de la canción ahogó el gemido que ella no pudo contener.

Michelle cerró los ojos, dejó que el calor de su boca y la presión de su mano en su cintura la incendiaran.

La multitud gritaba el estribillo, y en medio de esa ola de voces, él deslizó los dedos por debajo de la tela de su blusa, apenas un roce en la piel desnuda de su espalda baja. El escalofrío la recorrió entera.

—Estás preciosa así —murmuró contra su oído, la voz ronca, casi devorándola.

Ella lo besó de nuevo, esta vez más profundo, con hambre, con descaro, hasta que las luces estallaron sobre el público y volvieron a separarse a medias, respirando con dificultad, sonriendo como dos culpables que no lo lamentaban.

—¡Esta es mi favorita!—le dijo él al oído cuando arrancó la siguiente.

—¡La mía también! —respondió, con la sonrisa aún húmeda de su boca.

Coreó el estribillo a pleno pulmón:

Like a moth to a flame I´ll pull you in…

Mientras lo hacía, sintió cómo la mano de Rhett seguía en su cintura, posesiva, y quiso creer, orgullosa de mostrarla al mundo aunque supieran que era un riesgo. Esta noche era un sueño, y no quería que terminase.

Pero lo bueno siempre parecía tan corto. Cuando la última canción se apagó y las luces se encendieron, Michelle sentía que podía correr maratones con esa energía. Rhett la atrajo hacia sí, todavía con las manos entrelazadas.

—¿Te gustó? ¿Fue lo que esperabas?

—Por favor, ¡estoy que me salgo! No voy a poder escuchar una canción sin recordar esto.

—Me alegra. ¿Cenamos?—preguntó.

Michelle se rió, la voz rota de tanto cantar.

—Claro.

¿Por qué no? Era la cita completa, aunque ellos no usaran etiquetas para lo que les unía. La condujo escaleras abajo hasta la zona del estacionamiento, la mano firme en el bajo de su espalda.

No tenían idea de lo que les esperaba a la salida.

Comenzó con flashes, siguieron las voces altas, gritando una sobre la otra, exigiendo, demandando.

—¡Rhett!

—¡Señor Montgomery! ¡Una declaración!

—¿Es su nueva novia?

—¡Sonrían! Querrán verse bien en la portada.

Michelle se quedó helada, el corazón tropezándole, pero Rhett no se detuvo. Su mano empujó, haciendo que se moviera a su lado.

—Baja la cabeza, no respondas, no mires a las cámaras—ordenó, su voz baja y tensa.

Avanzaron entre la pequeña multitud que los acosaba con preguntas, como si caminaran una alfombra roja improvisada. Michelle percibió el temblor de su propia respiración, luego el sudor

en la palma que él envolvió en su muñeca, tironeando con brusquedad.

La dureza de su mandíbula, su rostro de piedra, sus ojos reconcentrados en el vehículo, todo hablaba de estrés y furia. El trayecto hasta el coche fue breve y eterno a la vez.

Dentro, el silencio se volvió insoportable, y nada ayudó al ambiente el que tuviera que maniobrar a paso de tortuga para no atropellar a los que continuaban intentando obtener una exclusiva.

—Lo siento—dijo ella, al fin, la voz pequeña, muy nerviosa, intentando que él dijera algo.

Que gritara, que maldijera, que expresara su disgusto. Él parecía enfrascado en conducir y en pensar.

—Es increíble, ¿cómo estaban ahí? Es ridículo, había celebridades en la audiencia, las enfocaron…

—Es difícil de creer, sí. Sabían que estábamos aquí. No fue casual.

Ella parpadeó, sin entender.

—Pero… Es imposible. ¿Alguien de tu entorno?

El lanzó una risa sarcástica.

—¿Mi entorno? No tengo uno. ¿Qué hay de ti?

Lo miró con descrédito.

—Nadie sabe que estaría aquí.

—Mmm.

Seguramente él no creía que ella… Le miró, pero su perfil era imperturbable.

—No sé qué piensas. No me gusta. ¿Quieres decirme algo?

Él no contestó. Miraba de frente, los nudillos blancos contra el volante. En esa falta de palabras, Michelle sintió la punzada: la duda había vuelto a instalarse en él.

Eso sería siempre así. Rhett no la veía como una mujer sincera, al parecer. Frente a una situación, saltaba a pensar lo peor.

¡Qué idiota era! Creer que él la consideraba algo más que un ligue casual y conveniente.

Ella se había colocado en el lugar justo para ser herida. En este momento, luego de ser tan feliz hacía apenas minutos, Michelle sentía el frío glacial instalándose entre ambos, y la convicción de que

acababa de ser testigo, más que protagonista, del fin de su pretendida relación.

Capítulo 24

Apenas Michelle se bajó del vehículo frente a su apartamento, Rhett se despidió con un monosílabo, y viró para dirigirse al suyo. No miró atrás, no, a pesar de que sabía que esta era la última vez que vendría aquí, o que la vería.

La decisión estaba tomada. La ira lo desgarraba, y flotaba al desnudo y como una nube, rodeándolo.

—¡Maldición!—gritó, golpeando el volante varias veces.

No tenía palabras para expresar la rabia que le embargaba. Había contenido la misma tanto como podía. Lo último que quería era un conflicto con Michelle, llantos y gritos.

La negación, la mentira entre ambos. Los últimos kilómetros hasta Savannah le habían resultado insoportables.

Habían sido horas, y sintió la mirada de Michelle sobre él, todo el tiempo. Sus deseos de hablar, de explicar, se atemperaron a medida que dejaban atrás Atlanta y se dirigían como tromba hacia la ciudad.

Lo bonito del concierto, la excitación de verla feliz, de cantar juntos, de sentirse libre y como una persona común y corriente se la arrebataron a fuerza de gritos y clic de fotografías.

Golpeó el volante con la palma abierta. Malditos cabrones. ¡Mierda de paparazis, a la pesca siempre! ¿Cómo sabían dónde estar? Y no, no tenía que ver con él, había conseguido las entradas a través de Eliza.

Tenía que ser Michelle. Ella debió avisar, de algún modo. Probablemente pensó que esta sería la manera de exponer lo que tenía, como si…

Como si esto significase que él dejaría que le doblase el brazo, y confesara que tenían una relación.

Apagó las dudas que su mente le enviaba, dejando que la rabia y la indignación sobrepasaran a otro razonamiento. *Ella no es así. Han pasado dos meses y nunca sugirió que quería blanquear lo que tenían.*

Resopló, virando de forma peligrosa en una intersección, y se llamó a la calma. No la conocía. No de verdad.

Sí, se habían divertido, el sexo entre ellos era como química nuclear, la charla era agradable. Más que eso. Y esta noche había sido perfecta hasta que salieron del recital.

Estaba a la vista que Michelle había tratado de que el mundo supiera lo suyo. Quería más, por supuesto, no le bastaba un vínculo entre cuatro paredes.

Era natural. Deseaba ser vista, reconocida. Pues la cagó, porque eso no va a pasar. *¿Cómo no pensó en que esto puede ser malo para Kingship, para la imagen de la fundación?*

¿Por qué lo haría? Esa es tu tarea, tú eres el jodido Montgomery Beaumont, la presión es sobre los tuyos.

Su familia… Joder, le iban a cortar las pelotas. No habían pasado tres meses del incidente de la gala, y aquí estaba él exponiéndose con la misma mujer que tuvo en jaque a Kingship. *No es justo, no fue así*, le sugirió esa vocecita que le había metido en esto…

No dejes que esa carita de falsa sorpresa te convenza. Ella llamó a esos periodistas. Tienes que hacer control de daños, y ya. Michelle no puede esperar que actúes de otro modo después del espectacular lío en el que te metió.

Resoplando, pero decidido, marcó a Eliza mientras aceleraba por la ruta costera. Ella contestó en el segundo tono.

—Rhett, es tarde, ¿qué…?

—Antes de que lo leas en cualquier medio, quiero que lo escuches de mí—empezó Rhett, apretando el puente de la nariz—. El concierto…

—¡Es verdad, era hoy! ¿Cómo estuvo?

La voz sonaba adormilada, y tal vez por eso su habitual afilada hermana no se puso en alerta.

—Estuvo bien, pero… Tuve un problema a la salida.

—Ay, Rhett, ¿qué es ahora?—dijo ella, suspirando.

—No fui solo… Estaba con una mujer.

—Mmm, ¿quién era, y por qué es un problema?

—Es… ¿Recuerdas a la chica de Casa Magnolia? ¿Michelle?

Hubo un silencio al otro lado, cargado de incredulidad. Después, la voz de su hermana sonó cuidadosa.

—Rhett, por favor dime que estoy interpretando mal tus señales.

Rhett tragó saliva y orgullo, porque se merecía que lo tratara como el capullo que era.

—Si estás pensando que fui allá con Michelle, que tengo algo con ella y los periodistas nos encontraron, estás interpretando bien.

Por unos segundos, solo escuchó su respiración al otro lado de la línea. Después, un suspiro largo.

—No me jodas.

—Fue idea mía. Ir al concierto, digo. Me pareció… Lejos. Atlanta, pasaría desapercibido allá. ¿Qué chances había de qué pasara algo así?

—¿Qué ella lo filtrara?

Eliza pensaba igual. Él no estaba reaccionando de modo exagerado.

—¿Rhett?—la voz de Eliza se volvió de hielo—. Esto no es lo mejor. Van a decirse cosas innecesarias. ¿Vale la pena?

¿Lo valía? Había pensado que sí, todavía le costaba… No, no podía pensar así. No podía exponer a la fundación a dimes y diretes.

Seguro que la callaron con dinero y ese Montgomery sale con ella para controlar sus denuncias, dirían.

Tapan todo esos ricos, susurrarían, poniendo en entredicho a los Montgomery, a Kingship. A él.

Este había sido un ligue, nada más. ¿Por qué cojones lo complicó y se puso en esta situación?

—¿Qué hago?

Un golpe seco resonó a través del auricular, como si ella hubiera dejado caer la pluma contra la mesa.

—Primero, no puedes volver a verla—respondió—. A lo que fuera que juegues con ella, debe terminar.

—Sí—aseguró, pisoteando el dolorcillo en su pecho.

Decepción. El suyo era sexo del tipo fantástico. Ni modo. Su polla tenía que encontrar otra diversión.

Su prioridad era su familia, su responsabilidad con Kingship, con la estirpe, con su decisión de siempre de no caer ante la seducción interesada.

—Segundo, debes dejarte ver con otras mujeres. Ignorar lo que digan, lo que sugieran. Salir más, exponerte a los periodistas, aunque lo odies.

—Okay.

Sonaba detestable, pero lo haría.

—¿Crees que ella hablará? Si fue quien alertó a la prensa…—Su tono se templó, calculador—. Van a ir tras ella, la van a ubicar.

Él desaceleró y se hizo a un lado de la autopista, y apoyó la cabeza contra el reposacabezas del coche, los ojos cerrados.

—No lo sé. Hasta hoy, te diría que no… Pero, no sé qué pensar.

—Hay que prever el peor escenario.

—No permitiré que nos enlode, Eliza, sabes que la familia es primero para mí.

—Sí—susurró ella—. Rhett, espero que no sientas algo por ella, porque esto puede ser… Jodido.

Rhett se quedó callado, odiando lo que sabía que era cierto.

—Entonces dime, ¿qué sugieres?

—Distracción. Eso es primordial—Eliza no vaciló—. Mañana estarás en la exposición de arte moderno que patrocino. Francesca Moliere estará allí, y muere por conocerte. Me lo dijo varias veces, pero no lo había considerado como opción hasta hoy. Si te ven con ella, los titulares cambian mañana mismo.

Rhett se mordió la lengua. Era una jugada inteligente, y aunque preferiría confrontar sus emociones contra una montaña dura o el viento azotándolo mientras descendía en picada, no podía darse ese lujo.

—Está bien. Estaré allí mañana.

—Ve a dormir. Yo haré lo mismo, y a primera hora me ocuparé de contactar a RRPP de la compañía y comenzar a ver cómo damos vueltas titulares.

Rhett cortó la llamada y no se permitió pensar o discutir consigo mismo, conduciendo a su apartamento. Mañana necesitaría

paciencia y energía, y dormir era prioridad. Tenía que cansarse. Un par de horas en su gimnasio privado era lo que tocaba.

Drenaría esta furia así le llevara al agotamiento.

Capítulo 25

La citación a reunión informal en la mansión, antes de ir a las oficinas, le llegó a las 7 am. Eliza le envió imágenes de él y Michelle y su escape anoche, y no se veía bien, tal como asumió.

La chica de azul y Rhett Montgomery.

¿Alianza para mantener la fachada, o amor?

El playboy Montgomery conquista a la mujer que confrontó a la directiva de Kingship.

No el estilo de mujer al que los Montgomery suelen apuntar.

Su temperamento se soliviantó, tuvo deseos de confrontar a los que titulaban tan livianamente sobre vidas ajenas, pero se contuvo. Bajo perfil, no contestar, distracción, cambiar el foco de la prensa, esa era su prioridad.

¿La estarían molestando a ella también? ¿Cómo haría Michelle para evitar que la siguieran a Casa Magnolia, o a su trabajo? *No es tu problema, que asuma las consecuencias de sus actos.*

¿Cómo ella complicó así su vida? ¿Por qué dejó que esto entre ambos fuese tan lejos? *Te gustaba, te hacía reír, te sentiste cómodo y jodidamente atraído. Asume también los efectos de tu actuar.*

Rhett llegó a la mansión de pésimo humor. Cruzó la puerta principal con decisión, y se dirigió a la sala con zancadas rápidas. El olor del café recién hecho y el tintinear de vajilla fina le resultaban insoportablemente normales para la tormenta que llevaba dentro.

Eliza, Daphne, Harrison, sus padres, ya estaban sentados. Su madre se levantó apenas lo vio, lo besó en la mejilla y le señaló la silla.

—Buenos días, Rhett, cariño. Siéntate. Come algo primero.

Obedeció a medias, con un resoplido que buscaba despejar el fastidio. Su madre lo quería bien, se preocupaba, pero él no era un niñato al que había que sentar a la mesa y vigilarle la leche.

—Gracias—señaló, tomando la taza que le alcanzó.

Y aun así, se sintió mejor luego de beber el café fuerte y dulce característico de la casa, como si en él se resumiera la rutina que lo

reconfortaba: la familia cerrando filas a su alrededor.

—Buenos días, familia. Lindo verlos juntos trabajando para salvarme el culo.

—¡Rhett, no digas eso!—dijo Daphne.

—Bebe tu café y cállate—masculló Harrison—. Es demasiado temprano para escuchar tus ironías.

Eliza carraspeó para llamar la atención de los presentes, y dejó su taza para tomar el iPad.

—Titulares de esta mañana: *El hijo rebelde de los Montgomery, cazado en Atlanta*.

—¿Rebelde?—Harrison sopló—. Descuidado, lo llevo. Irritante, playboy, también. Pero rebelde es mucho para un maromo que es un abogado de fusiones. No es la profesión más excitante.

—Claro, al lado de la de contador, con lo peligrosa y riesgosa que es—señaló, rodando los ojos.

—De la gala al concierto: ¿nueva pareja o distracción?—agregó Eliza, sin darles corte—. Y la más jodida: Kingship, en riesgo de perder credibilidad por escándalo sentimental—suspiró largo y lo miró meneando la cabeza—. Te dije que iba a ser feo.

Daphne bajó la vista hacia su taza. Cuando la levantó, la mirada era de conmiseración pura.

—Inventan olas en aguas calmas. Lo siento, Rhett, te ha tocado estar en el candelero, y las mentiras como estas pesan—Daphne hizo una pausa, midiendo las palabras—. ¿De verdad crees que fue Michelle la que filtró la data de dónde estarían? No la tomé por alguien adicta a los tabloides.

Eliza intervino con una vehemencia que hizo vibrar las copas.

—¿Y quién, si no? La prensa no aparece así como así, aunque eso parezca en las publicaciones, en las redes. Sí, hay algunos que siguen a las celebridades, pero Rhett no es una. Estaban en el estacionamiento porque les avisaron que allí habría una foto que les pagaría bien.

Rhett sintió el nudo en el estómago. *Si digo que no lo creo, que Michelle no es así, pareceré un ingenuo. Tener dudas de que lo hizo es tonto, afróntalo, gilipollas.*

Aunque se fustigaba para ser frio, práctico, había incertidumbres danzando en su cabeza, lo habían mantenido despertándose en la noche.

Harrison, que rara vez interrumpía, habló sereno:

—Me parece raro. Michelle no encaja en ese papel. Hablé bastante con ella, es inteligente, brillante con los números, incluso. Alguien que está tan metida en la caridad no es el tipo de mujer que…

Las miradas se clavaron en él, como si fuera un crío que aún no entendía el mundo.

—Eres demasiado ingenuo —dictaminó Eliza, casi con lástima.

—Tú demasiado cínica—contraatacó Harrison, ceñudo.

Horace, desde la cabecera, se aclaró la garganta.

—Haya paz. Temo que tenemos que estar a la defensiva. El dinero y la fama son alicientes poderosos. Hacen que la gente tome malas decisiones. Conocer el corazón de alguien lleva tiempo.

Rhett apretó la mandíbula. *Tiempo… Tuve ese tiempo. Creí conocerla. Vi su dignidad, su fuego, la forma en que defendía lo que amaba.* Pero la duda lo mordía. *¿Y si me equivoco? ¿Y si la estoy viendo con ojos que quieren creer?*

La voz de su padre siguió como un juicio inapelable, y Rhett se dijo que, tal vez, esto no tenía futuro de todos modos. Tal vez solo era un despertar feo, un sacudón. *Este mal momento va a pasar, veré luego que fue necesario, que estaba obnubilado.*

Pasos rápidos y la voz de Beau saludando a la mucama trajeron distracción, pero parecía que no sería de la buena. Su hermano traía el rostro grave.

—Buenos días. Madre—la besó en la mejilla, y les habló mientras se dirigía al otro extremo—. Es temprano y ya tengo el teléfono caliente. Prepárense. Whitford convocó a asamblea urgente de la directiva de Kingship. Quiere explicaciones.

—¿Explicaciones? Ese vejestorio ridículo…

—¡Rhett!

—¿Explicaciones de qué? ¿De mi vida sexual?—soltó, indignado, y golpeó la mesa.

Las tazas sonaron y su padre se hizo atrás, mirándole con seriedad.

—Enfría ese temperamento, Rhett. La ira no te ganará tiempo ni hará que esto se disuelva.

—Dice que su buen nombre quedó manchado por esa mujer en la gala, y también el tuyo. Pero tú te dejaste enredar y le forzamos a desistir de enjuiciarla por injurias. Te enredaste con ella y esa tía vuelve a poner a Kingship en el candelero.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué decidirá una asamblea?—preguntó Daphne.

—Whitford es un perro viejo. No le gustó como tratamos el tema, su orgullo fue afectado, y nos quiere dar una lección. Le encantará restregarnos su visión de cómo lograr que Kingship haga su tarea al modo georgiano tradicional—dijo Horace.

—Es un hombre terrible. Me entristece que Lucille sostenga su postura—dijo su madre—. Si solo hubiese aceptado que Augusta tomara su lugar.

—Eleanor, sabes cómo es tu hermana—dijo Horace, tomando su mano, con afecto intacto a pesar de los años.

Rhett apartó la mirada. Joder, ¡qué pesados esos dos, restregando su amor en la faz de los demás!

—La tía Lucille es porfiada—murmuró Daphne.

—Eso es verlo con amabilidad—dijo Harrison—. Necesitamos gente que entienda el mundo de hoy, las carencias, los problemas.

—Trabajo en pulir las aristas de nuestra tía, en convencerla con pequeñas sugerencias—dijo Daphne—. Pero esto tomará tiempo. Me temo que la tendrás alineada con Whitford hoy.

—Kingship necesita enderezarse. Y cualquier atención indeseada la hace débil—dijo Horace—. No creo que sea buena cosa que Rhett vaya a la directiva. Sería para generar discordia. Iré yo, Harrison, Beau, Eliza. Lo tranquilizaremos, le haremos ver que no tiene de qué preocuparse.

—Todavía no se ha dilucidado lo del fraude —añadió Beau, mirando a Harrison, que negó.

Harrison levantó la cabeza, la mirada concentrada.

—Creo tener a los responsables. Necesito tiempo para comprobar los últimos datos.

—No podemos informar a los accionistas del fraude—continuó —. No todavía. Pero tampoco mentir. Así que evitemos el tema. Hablemos de las visitas a los centros de beneficencia, la buena prensa que estas tuvieron. Eso es lo que debe primar.

Daphne dejó la cuchara en el plato con un leve tintineo.

—Eliza me contó lo de la estrategia de distracción. Parece lo más sensato.

Eliza asintió, pragmática.

—Hablé con Francesca. Está encantada de acompañarte al evento. Muere por conocerte.

Rhett asintió con gravedad. Haría lo que debía. ¿Querían titulares, romance, farsa? Se las daría.

El sonido del móvil le hizo desviar la vista a la pantalla, y vio que Michelle le acababa de enviar un mensaje. No lo abrió, y levantó la vista para contestar a su hermana.

—Envíame la dirección para que pueda pasar por ella.

—Es una buena oportunidad, y sacaremos provecho de esta— dijo Eliza, sin reparar en que él había vuelto a bajar la vista y jugaba con sus dedos encima de la pantalla, sin tocarla.

Tendría que hablar con Michelle. Hacerle ver que no había chance de que pudieran seguir con sus encuentros. Torció el gesto, y elevó sus ojos, chocando con los de su madre.

Esta tenía la mirada fija en él, tratando de leer lo que escondía. Perceptiva que era, lo conocía bien. Estaba inquieto, molesto, iracundo, con dudas, con dolor. Sentía que había sido engañado, que su confianza había sido pisoteada, y detestaba que una parte idiota suya quisiera disculpar a Michelle.

Bajó la vista, fingiendo interés en el café, porque no podía permitir que lo viera como se sentía de verdad: como un idiota traicionado. Como un cateto al que habían deslumbrado unos ojos avellana.

—Bien—dijo al fin, con la voz más seca de lo que pretendía—. Francesca, entonces.

La determinación lo ayudó a tragar la rabia. *No pensar. No sentir. Solo avanzar.* No dejar que las dudas martillaran y lo hicieran débil. Tropezar una vez era aprender. Dos, era idiotez.

Capítulo 26

La Exposición Internacional de Arte Moderno, en el majestuoso *Telfair Academy de Savannah*, resplandecía con una elegancia medida.

El antiguo salón neoclásico, con techos altos y molduras doradas, se había transformado en un espacio vanguardista: sobre los muros colgaban lienzos de gran formato con explosiones de color (azules eléctricos, amarillos ácidos, rojos intensos), que dialogaban con instalaciones de neón y esculturas de acero pulido que reflejaban la luz como espejos fragmentados.

En un rincón, un grupo de cuerdas moderno (violín, viola y violonchelo) interpretaba versiones etéreas de piezas conocidas, con un aire evocador que recordaba a Enya: melodías flotantes que se deslizaban sobre el murmullo de voces y copas de cristal.

Los camareros se movían como engranajes bien aceitados entre el público, ofreciendo bandejas de champagne y canapés minimalistas sobre porcelana blanca.

Era un escenario pensado para impresionar: cultura, sofisticación y dinero mezclados en un mismo aire perfumado de flores frescas y perfumes caros.

Rhett estaba más impecable que nunca, asesorado por Eliza, que no dejó un detalle de la noche al azar. Su traje negro de corte italiano le sentaba como un guante, y la camisa blanca inmaculada parecía resplandecer, con pañuelo de seda en el bolsillo.

De su brazo colgaba Francesca Molière, la influencer italiana que parecía haber nacido para ese escenario. El contraste sería cruel, si su interior se develara: él se sentía un amasijo de dudas y rabia. Ella era la perfección hecha carne.

La había recogido en un hotel de lujo una hora antes. Francesca descendió del vestíbulo como una aparición: el cabello negrísimo, largo, liso como un río oscuro; los ojos azul cielo delineados con precisión quirúrgica; la boca en forma de corazón pintada de rojo carmesí.

Vestía un diseño de *Dolce & Gabbana* que parecía esculpido sobre su cuerpo, con un escote audaz y falda que caía hasta el suelo como una cascada de terciopelo. En las muñecas, brazaletes de Bulgari; en el cuello, un choker de oro con un zafiro imponente. Y ese aroma… una mezcla de gardenias, almizcle y dinero.

Eliza no pudo elegir mejor. Las cámaras la amaban: cada paso que daba producía un parpadeo de flashes. Francesca sonreía, lanzaba miradas calculadas, se inclinaba hacia los periodistas con la gracia de quien sabía que cada pestañeo era capitalizable en likes y contratos.

Juntos eran la imagen perfecta que cualquier fotógrafo salivaría por vender a Vogue, Vanity Fair.

Pero dentro de él, todo era tormenta. Hacía unas horas, al fin había abierto el mensaje de Michelle.

MICHELLE*: Lamento que estés en una posición tan complicada. Estoy atrincherada en mi apartamento. Pero te juro que yo no dije dónde estaríamos. Nunca lo haría.*

Lo había leído tres veces, buscando grietas. Y había respondido con la frialdad de un juez:

RHETT*: Es mejor no vernos más. Esto nunca iba a durar. Mi familia tiene mucho en su plato como para imponerle una situación que no generé, pero así estoy.*

Ahí estaba, entre líneas, lo que pensaba. No la acusaría de lleno, pero…

Pensó en bloquearla. De hecho, deslizó el dedo sobre la pantalla, listo para hacerlo. Entonces apareció su respuesta, airada, cortante:

MICHELLE*: Por supuesto. Te aclaro que no generé nada, aunque no lo creas. Pensé que eras distinto.*

Rhett dejó el móvil a un lado, molesto. No contestó. No iba a enredarse en disquisiciones o intentar que ella confesara la verdad.

En lugar de eso, se había lanzado al gimnasio y sudó como un poseso, como si pudiera expulsar el desgarro a base de repeticiones y peso muerto.

Nadie diría esta noche que su sonrisa escondía tal malestar. Resultaba que era un buen actor, porque podía estirar labios y fingir

despreocupación.

—¿Cómo está, señor Montgomery? —preguntó un periodista, estirando el micrófono hacia él.

Rhett moduló el gesto, como si fuese un entrenamiento más.

—Estoy muy bien. ¿Cómo no? El evento y la compañía ayudan, ¿no creen?—bromeó, guiñando un ojo con falsa despreocupación.

—¿Qué hay de las fotos del concierto de The Weeknd en Atlanta?

—¿Qué con ellas?—indicó, detenido, mirando a los tres adelante con curiosidad—. Fue muy bueno, es un artista genial.

—Estaba bien acompañado. Esa mujer…

—Oh, pero siempre lo estoy. ¿Y que es esta descortesía—Rhett arqueó una ceja, elegante, y señaló a Francesca—. Estoy con una dama bellísima. ¡Qué rudeza de su parte mencionar nada que no sea a mi presente acompañante!

Francesca rio alto y se pegó más a su brazo.

—Rhett es el caballero perfecto. Y lo dice alguien habituada al encanto italiano.

—¿Cuánto hace que se conocen?

—¿Tienen un romance?

—¿Piensa viajar a Italia?

—Ay, ay, queridos, calma. Disfrutemos de la noche.

—¿Qué opina del señor Rhett?

—Es encantador—dijo en un inglés cargado de acento italiano —. Y yo tengo la suerte de estar con él esta noche.

Los flashes chisporrotearon. Ella inclinó la cabeza, batió las pestañas, vendió glamur, belleza, riqueza fina.

—¿Entonces no hay romance con la mujer del concierto? ¿La dama de azul?—insistió otro.

Rhett sostuvo la mirada del reportero, el ceño apenas fruncido.

—Respeto a todas las mujeres, pero no significa que tenga un lazo con cada una que ven a mi alrededor. Sé que les encanta el cotilleo, pero créanme. Mis gustos son evidentes—Miró a su costado, dejó que su mirada se deslizara por la italiana, con teatralidad—. Aprecio la clase, la elegancia y la belleza tradicional.

—¿Eso significa que la dama de azul no tiene nada de eso?

—Por favor, no pongan en mis labios palabras…

—Celebridad italiana hermosísima bate a huérfana vendedora de vestidos siempre—dijo alguien que estaba al lado de Eliza, que supervisaba la entrevista informal, con tanta mala fortuna que sonó alto en un bache de la conversación.

Rhett quedó mudo, y Eliza agrandó los ojos, pero la que les sacó del momento fue Francesca, con exclamaciones de alegría y señalando una pintura mural que era un amasijo de colores.

—E meraviglioso! Ven, Rhett. Scusateci! ¡Discúlpenos!

El murmullo se disparó, Francesca rio de nuevo y él la condujo hacia el interior. Que la italiana no era tonta y sabía bien lo hacía lo demostró el susurro:

—Ese tonto asistente… Eliza va a triturarlo. Decir algo así.

Rhett asintió, y deseó que Michelle no escuchara las duras palabras. No era su intención lastimarla, lo que menos quería era que se sintiera…

No podía desearle mal, a pesar de su decepción con ella.

Habló poco mientras avanzaban, mirando las paredes recubiertas de obras vibrantes, sorbiendo su champagne con mesura. Saludó a conocidos, a clientes. El público era lo más selecto de la ciudad, la élite que Eliza sabía reunir.

Rhett flirteó lo justo con Francesca, habló de arte como si supiera algo que no fuesen obviedades. La realidad era que no le gustaba la abstracción, pero no estaba acá como crítico, ni como cliente.

Por dentro, nada se movió. El ánimo no se elevó ni un milímetro. Pero la tarea estaba cumplida. La prensa estaba servida.

Cuando la velada terminó, devolvió a la italiana a su hotel, y no dudó cuando ella lo invitó con naturalidad a su suite. Parecía inevitable, así que subieron.

Ella se despojó de los tacones y se acomodó en el sofá de terciopelo como una diva cansada, dejando que el vestido se deslizara lo suficiente para mostrar un muslo perfecto.

—¿Brindamos?—preguntó, sirviendo dos copas de vino blanco.

Rhett aceptó, y bebió un pequeño sorbo, tras lo cual dejó la copa a un lado. El beso que siguió llegó sin sorpresa. Francesca

había mencionado que estaba interesada, su juego seductor pausado era fino y elegante.

Su boca envolvió la suya, y la dejó hacer. El perfume le invadió los sentidos, sus manos acariciaron curvas impecables, ella ronroneó, lo guio con desenfado. Era excitante, experimentada, osada.

La cita perfecta. La mujer adecuada.

Y sin embargo, su cuerpo no respondía, para su desesperación y desmayo.

La chispa, el entusiasmo, la necesidad, no estaban. Tocar y besar mecánico, sí. La excitación faltaba a la cita.

Era como si alguien hubiese apagado el interruptor que elevaba su polla, y eso era…Increíble. Molesto y perturbador.

Joder, ¿qué no era él un animal instintivo, de normal? Era tocarlo y se prendía.

No hoy. No aquí y ahora. Se apartó con delicadeza, le besó la mano y dijo con voz baja:

—Eres hermosísima, Francesca. Pero no estoy de humor. No estos días.

Ella lo miró con sorpresa genuina, luego hubo un gesto de contrariedad. Se recuperó rápido, empero, y sonrió, restándole importancia.

—Capisco. No problem. Otra vez.

Rhett salió del hotel con la rabia bullendo. Condujo hasta la costa, al mirador sobre el río, donde el agua oscura reflejaba luces distantes. Apoyó los codos en el volante, respiró hondo y soltó insultos al viento.

Idiota. Idiota, gilipollas. Esto es karma. Te burlaste de Beau cuando cayó como un chorlito por Lila. Siempre te has burlado de la historia de amor de tus padres. Es justicia divina que te enamores cuando no debes.

No, no. Estás sobredimensionando las cosas. Es acostumbramiento. Obsesión física. Tal vez cansancio, rutina, canalizada en una relación casual que terminó mal. No puedes estar enamorado de una mujer que no duda en intentar manipularte.

Joder, ¿es loco pensar que tal vez es lo que estuvo haciendo siempre?

El viento de la madrugada le azotó la cara. Las ganas de fumar, algo que no hacía desde los tempranos veinte, le volvieron. Se incorporó. Mejor volvía a su apartamento y se ponía como una cuba.

Capítulo 27

El rostro de Clara llenó la pantalla del móvil. Tenía los ojos encendidos, la voz cortante.

—Ese imbécil no puede hacerte esto, Michelle. No tiene derecho. ¡Ni juzgarte ni a despedirte!

—Calma, Clara.

Su amiga era un torbellino, airada porque el mánager de la boutique le había enviado un telegrama para notificarle de su despido. Era algo que esperaba, por cierto.

—No has hecho nada malo. Tu vida privada es…

—No privada, precisamente—susurró.

Perder su empleo era uno de los efectos de la exposición de lo suyo con Rhett.

¿Lo tuyo con Rhett? ¡Vaya chiste! Como fuera, estaba sin empleo, por primera vez en años. Tendría que ver cómo seguir, como rearmarse. Hasta que tomara la decisión sobre mudarse de ciudad, al menos.

—Deberías hablar con un abogado, no puede ser legal.

—No tengo energía, interés o dinero, Clara—Michelle intentó sonreír, pero la curvatura apenas se sostuvo—. Y ahora, más que nunca, debo ahorrar. Escucha, no te inquietes, no vale la pena. Esto era cuestión de tiempo, lo sabes. El mánager mira por el local, por la clientela. No tengo la mejor imagen. Cazafortunas, me han dicho.

—Te juro, es que yo no acredito… Hay gente para todo. Las redes son lo peor, cualquiera opina sin saber.

—Mm, sí, y comienzan una caza de brujas en un periquete. Igual…—respiró hondo—. Ni me importa. Decidí que voy a estudiar. Voy a intentar hacerme camino en la universidad. . Sabes que Thelma siempre insistió con ello, y… Voy a ponerme con eso.

El ceño de su amiga se relajó un poco.

—¿Estudiar? ¡Eso es excelente! Eres tan inteligente, te lo he dicho siempre—señaló, sonriendo, vehemente.

—Sí, bueno, eso se verá. Será duro…

Pero lo intentaría. Algo bueno iba a salir de este colosal enredo, y sería de entre los restos de su enamoramiento y confianza en Rhett.

—¿Dónde irás?

—He estado averiguando. Mi opción más lógica es la Universidad de Georgia, en Athens. Tienen un programa de contaduría muy bueno.

—Oh, vas a irte de Savannah entonces.

Asintió. Pensar en ello la ponía emocional. De hecho, lo había estado considerando antes del desmadre, pero este fortaleció su decisión.

Casa Magnolia estaba más sólida, y por obra y gracia de Daphne Montgomery, había llegado una suma fuerte, por fuera de Kingship.

Algo inesperado, que hablaba del corazón de la mujer, y también de que había quedado muy afectada al saber lo magro que era el aporte mensual de la fundación Montgomery, y las necesidades de Casa Magnolia.

Quería creer que algunos de los niños habían dejado huella en su corazón. Como fuera, eso quitaba la culpa y la necesidad de su pecho y le daban fuerzas para pensar en ausentarse.

—Voy a aplicar para una beca que me permita subvencionar tanto como pueda de la carrera. Evitaré los préstamos estudiantiles, tanto como pueda, y buscaré un trabajo que pueda compaginar con el estudio. No quiero seguir aquí toda la vida. Me refiero...

Clara asintió, todavía con la indignación atravesada.

—Sé lo que dices. Te apoyo mil por ciento, en lo que necesites. Sabes que iré a visitar a Mae y a los niños. Si hay que firmar cartas o hacer colectas, me avisas. Ese tipejo de la boutique no sabe con quién se mete.

La pantalla se partió en dos: Lucía se unió a la llamada, con el pelo recogido de cualquier forma y la mirada inquisitiva.

—¿Cómo estás? —preguntó sin rodeos.

Michelle se encogió de hombros, levantando apenas una mano en un gesto ambiguo.

—Más o menos.

—Bien, pero ahora nos hablas, al menos.

Los primeros dos días habían sido… Complicados. Los pasó llorando, como hacía años que no le pasaba. Drenando. Dejando ir la decepción, la incredulidad. Asumiendo su realidad.

—Perdón. Es que no podía…

—Deja eso, no es reproche, es alivio. Casi hago una puta intervención aquí, solo me paró la prensa—dijo Lucia—. Y sobre esto… ¿Cómo es que tengo que saber por esta que tenías un ligue con ese Montgomery?

Michelle suspiró, bajó la vista. Tenía que contarles algo, aunque fuese un resumen escuálido de lo que había ocurrido, de lo que había sentido…

—Es lo que dices. Fue un ligue. Comenzó cuando salimos, ¿recuerdas?

—Claro, pero pensé que había sido esa vez, nada más.

—Pero fue más que un ligue, porque… ¿Qué hacían en Atlanta?

—Me invitó a ver The Weeknd. Charlábamos mucho—murmuró —. Nos veíamos tres o cuatro veces a la semana. Era… Intenso, divertido—susurró.

—Oh, Michi… Te enamoraste—dijo Clara.

Lucía entrecerró los ojos.

—¡Ese jodido Montgomery! Ha sido un bastardo, sin consideración.

—No quiero hablar de él.

—Solo dime esto, ¿por qué terminaron? Él ha estado por todos lados, haciéndose ver con otras mujeres.

—El cree que yo dije a la prensa que teníamos una relación y los cité en Atlanta para exponernos.

El silencio en la videollamada le dio pie para seguir. Las palabras le salieron como cuentas de un rosario.

—Después del concierto, cambió. La sorpresa de los flashes, su cara endurecida, su silencio en el coche. Lo último que me dijo fue por mensaje, y sonó a acusación.

—¡Que le den!

La garganta se le cerró al recordar lo que vino después.

—Fui una tonta.

—No, no, Michelle, no te culpes.

—Creí que la intimidad nos hacía conocernos, que lo que teníamos era real, aunque no fuese para siempre. Y al final no confió en mí. Y yo… —tragó saliva— yo le juzgué mal. Es un egoísta. Calculador. Un abusador emocional.

—¡Capullo miserable!

—¿Sabéis cómo me sentí cuando vi las fotos con ella? Con esa italiana perfecta. El vestido de diseñador, la sonrisa de anuncio, las joyas. Y los titulares… —le tembló la voz.

—No puedes hacer caso a eso. La prensa da asco—dijo Clara.

—Pero hay cosas que son ciertas. Vi el video en el que alguien de su entorno dijo que esa italiana era superior a una huérfana vendedora de vestidos. No fue él quien lo dijo, claro, pero era la gente de su entorno, su hermana, sus amigos. Es lo que piensan de mí.

La frase había sido una daga, rompiendo seguridad propia, autoestima, humillándola.

Se hizo un silencio largo. Michelle apretó los labios, el hipo contenido para no quebrarse ante sus amigas.

—La estupidez es imperdonable, Michelle, y quien haya pronunciado tales palabras no tiene razón. ¡Tú vales mil veces más que esos ricachones!

—No quiero sonar como una llorona, pero me doy cuenta de que tengo que descargarme para volver a funcionar.

—Siempre te contienes, es bueno que llores—dijo Clara, que también tenía una sospechosa humedad en sus ojos.

Michelle se limpió a manotones.

—Mae y Thelma están preocupadas. Me llaman, vinieron a verme. Pero evité ir a Casa Magnolia, no quería ensuciar el ambiente. La prensa hacía guardia en la puerta.

—Eso va a pasar. La siguiente noticia les hará mirar a otro lado.

—Sí, ya sé—susurró.

—Tenemos que ponernos como cubas—dijo Lucía—. Hoy mismo. ¿Podemos ir a tu casa? Llevo ingredientes para hacernos tragos y cantar baladas de desamor.

Rieron.

—Anda, Michi, ¿lo hacemos?—dijo Clara, y asintió.

Cortó, y se arrebujó en el sillón. Le haría bien verlas. El apartamento estaba en silencio, demasiado silencioso.

Por dentro, el torbellino seguía: la autoestima sacudida, la sensación de no tener nada que dar. Quería crecer, quería estudiar, quería estar orgullosa de sí misma.

Pero ahora mismo se sentía vacía, usada, como si la hubieran despojado de algo que nunca había tenido del todo.

Se obligó a respirar, a repetir en voz baja:

—Voy a salir de esto. Voy a ir por mis sueños. Voy a olvidarlo.

Las lágrimas le nublaron los ojos de nuevo, pero esta vez no las contuvo. Tenían razón. ¿Para qué negarse el llorar? ¿Ante quién tenía que demostrar fuerza? Ante nadie. Quebrarse era el preludio para rearmarse.

Capítulo 28

Michelle descolgaba y doblaba su ropa con cuidado para luego ordenarla en la maleta abierta sobre la cama. En dos cabían sus posesiones más importantes.

En el bolsillo interno de la más grande estaban los detalles más preciosos, embalados en un gran sobre.

Fotografías, los dibujos y mensajes escritos de los chicos de Casa Magnolia. Soles torcidos, corazones desproporcionados, su nombre escrito con crayones, una pulsera de hilo, cartitas con letras tembleques y algunas faltitas de ortografía.

Suerte, fuerza, sé feliz, recuérdanos, ven a visitarnos, te queremos. Estas demostraciones de afecto genuino la acompañarían y le harían la soledad menos dura, lo sabía.

Oh, ¡cuánto echaría de menos a cada uno de esos chiquillos!

Los últimos días habían sido un torbellino. Trámites, becas, inscripciones, búsqueda de alojamiento temporal en Athens. Esta había sido su principal preocupación, y por fortuna se resolvió fácil.

Una conocida de Thelma regenteaba un hogar allá, y tenía una casa pequeña que acababa de quedar sin inquilino. Aceptó rentársela a precio super accesible, para su alegría y alivio.

El dinero recibido del despido más algunos ahorrillos le permitieron hacer el depósito inicial, y Thelma la ayudó con el resto. No lo rechazó porque lo necesitaba, y porque era un aliciente más para triunfar.

Pasó horas con Mae y Thelma, ayudándolas a organizar papeles, enmendando y limpiando, ayudando con las tareas escolares. Cada día que se acercó a este había sido de emociones, de instarse a seguir.

La perspectiva de dejarlos, aun a pesar de que la distancia no era sideral, la entristecía. Pero la empujaba una renovada necesidad de demostrarse que podía lograr sus metas. No quería que el miedo al fracaso la frenara.

Una de esas tardes se había topado con Daphne Montgomery, que visitaba Casa Magnolia de tanto en tanto. Había tomado cariño a la casa, al parecer, y en especial con algunos chiquillos, como Clarita, que iluminaba su faz cuando la veía.

El encuentro hizo que Michelle sintiera su corazón latir rápido. Aquella tenía un parecido con su hermano, y apreciar esto le trajo a la superficie el rostro que se imponía olvidar.

No estaba teniendo el éxito esperado en ese aspecto, pero no por eso dejaría de pelear para eliminarlo.

Daphne la había saludado con corrección, su sonrisa educada, pero no hubo diálogo entre ambas más allá de un *Buenas tardes.*

Muy diferente de las ocasiones en que se habían visto antes, en que la millonaria se había mostrado proclive a saber de Michelle, de su vida, de su tarea con los números, o de Casa Magnolia a través suyo.

La distancia helada se lo dijo todo. Estaba claro lo que pensaban los Montgomery sobre ella. Y estaba bien. No eran nada suyo, no les conocía, no de verdad.

Si creían que era una mujer que tramaba conspiraciones para seducir millonarios, que gustaba de ser despanzurrada y humillada por la prensa… Allá ellos.

—¡Qué ridículo!—murmuró, doblando un suéter—. Pensar que alguien como yo, inocua, sin poder, sin maldad, pueda ser la villana en la vida acomodada de Rhett Montgomery… ¡Si la única que perdió en el esquema fui yo! Sin empleo, cancelada por quienes me consideran una trepadora…

¿Qué sabían esos millonarios de lo precario que podía ser un trabajo, o una reputación?

Sonrió con tristeza. *Michelle, ni siquiera puedes ser la heroína de tu propia historia*, pensó. Y luego, más firme: *Pero vas a serlo. Vas a ser la mejor versión de ti misma. Te mereces darlo todo. Los que sí te quieren, creen en ti.*

El teléfono vibró sobre la mesita. La que mensajeaba era Clara:

CLARA: *Mira, amiga. Está clarísimo lo que pasó. Nadie va a poder pensar gilipolleces después de esto.*

Había un enlace a TikTok. Michelle pulsó. En pantalla, una chica jovencita de cabello fucsia empezaba su *story time*:

—Chicas, no lo vais a creer, pero yo estuve en el concierto de The Weeknd en Atlanta, y fui la que reconoció a Rhett Montgomery. ¡Sí, el multimillonario! Estaba con una mujer preciosa. Seguro que vieron las fotografías, pero no tenían idea de que fui yo la que mandó aviso a dos periodistas que cubrían el evento. Nadie más se percató, pero es que claro… The Weeknd estuvo maravilloso. El caso es que estoy flipando con lo viral que se hizo… Se los veía acarameladísimos…

Michelle sintió que el aire se le escapaba.

—Entonces fuiste tú—susurró—. Listo, misterio resuelto.

No era como si esto significara mucho en este momento. Tal vez sí, consideró, y por brevísimo momento el corazón le aleteó, nervioso, esperanzado, como si ese pedazo de verdad pudiera echar el reloj atrás.

Por un segundo imaginó que Rhett vería el vídeo, que se arrepentiría, que llamaría. Pero el pensamiento se deshizo en el aire.

¡*Ja!* Él había superado esto en el momento en que cerró su portezuela luego del concierto, al dejarla en su apartamento.

—Lo que había se rompió apenas la luz iluminó lo que él pretendía oscuro y sin visibilidad.

Michelle no había sido más que un secreto culposo. La intimidad, la confianza… Se enderezó, respirando despacio.

La confianza… ¿Cuál? No había una. Naufragó ante el primer soplo de brisa fuerte.

El vínculo entre ellos no había sido más que un barco de papel, frágil, condenado desde el inicio. ¿Cómo ella pretendió cargarlo de equipaje, de emociones, de sentimientos, si era fugaz?

¡Tonta, tonta, tonta!

Cerró la maleta a tirones, disgustada, y el clic del cierre sonó como un punto final.

Un golpe suave en la puerta le avisó que el tiempo aquí estaba contado. Bajó la maleta al piso, colgó su bolsa al hombro, y tomó las dos manijas para echar a rodar el equipaje. *Aquí voy*, pensó.

—¿Lista?—Lucía apareció con una sonrisa tibia, las llaves del coche en la mano.

—Lo estoy. Gracias por venir por mí.

—Por supuesto. ¿Tienes todo?

—Creo que sí.

Miró alrededor. Lucía le acarició el brazo.

—No pongas esa cara, ¿vale? Sabemos lo valiente que eres. No todas se atreven a ir por su sueño.

Michelle sonrió, aunque la voz se le quebró.

—Valiente o tonta. Y sí que me demoré.

—Valiente. Más vale tarde que nunca, además—corrigió Lucía, apretando su mano—. Vámonos antes de que cambies de idea.

El trayecto hasta la estación de buses fue breve. Lucía hablaba de tonterías para mantener el ánimo: del clima, del tráfico, de una película que quería ver. Michelle asentía, pero la mente estaba en otro sitio.

En los niños de Magnolia, en la voz de Mae, en las advertencias y consejos de Thelma. Espantó la imagen de la sonrisa que más le dolía, y que parecía un fantasma empeñado en ponerla triste.

Ya en la terminal, se abrazaron.

—Es solo el comienzo—dijo Lucía, casi en un susurro.

Michelle subió al autobús con la maleta a cuestas. Se sentó junto a la ventana, apoyó la frente en el cristal.

Savannah se desplegó ante ella cuando el bus comenzó a rodar: el puente de Talmadge, los robles cubiertos de musgo, las farolas de hierro, el brillo del río.

Las calles que conocía de memoria se fueron disolviendo, volviéndose pequeñas, lejanas. *No seas boba, vas a venir a visitar pronto*.

Sí, así sería, sin duda. Pero este era un quiebre, un dejar atrás que le costaba. Parpadeó, pero una lágrima le corrió igual por la mejilla. No la limpió. Dejó que cayera.

Se estaba permitiendo las emociones, ¿no era así? Pues que fluyeran. Tenía 336 kilómetros para penar.

Cuando pisara Athens, esto se acababa, se prometió.

Capítulo 29

El extenso jardín de la mansión Montgomery, impecablemente mantenido, olía y se veía como la mejor versión de la primavera: azaleas abiertas, jazmines trepando en los arcos, magnolias con sus pétalos gruesos como porcelana.

La luz se filtraba entre los robles y las mesas dispuestas bajo las guirnaldas de vidrio devolvían destellos. El aire era fragante, dulce. Marco ideal para el almuerzo dominical que reunía a los Montgomery y los Beaumont.

Ese ritual de los suyos en el que siempre flotaba la apariencia del orden perfecto. Platos que iban y venían, copas tintineando, conversaciones en pequeños grupos.

Elegancia sencilla, sofisticación atemperada, la familia al completo interactuando sin testigos.

Solo él desentonaba. Rhett se sentó con desgana. No se había afeitado, llevaba el cabello desordenado, y su polo estaba arrugado. Bah.

No era como si le fuesen a decir nada por presentarse sin su compostura habitual. Esta le estaba fallando las últimas semanas.

Se quejó al mover su cuello con brusquedad. Tenía los músculos tensos, aún dolidos del intento de alpinismo del día anterior. Intento fallido. Había discutido con su guía, que lo acusó de ponerse en peligro innecesario.

No será bajo mi mirada que harás esto, Rhett. Soluciona lo que te ocurre, porque no es buena idea venir emocional a la montaña. Necesitas claridad.

Quizás Kay tenía razón. Sí, probablemente. No dejaba de ser frustrante. Esos instantes de adrenalina eran los que le quitaban de pensamientos recurrentes y emociones que se le escapaban de control.

Su madre llegó a él, y lo besó en la mejilla antes de dejarle un plato delante.

—Come. Estás pálido y flaco—dijo con voz suave—. Esas ojeras me dicen que estás trasnochando.

Él obedeció, en silencio, y mordió el pastelillo con desgano. Trasnochaba, pero enredado en el saco de boxeo que colgaba en su gimnasio, o bebiendo detrás de la ventana que tenía la bahía a sus pies.

—¿Qué te ocurre, querido? Me preocupas.

Sonrió, aunque le salió una mueca, pero no quería a su madre inquieta.

—Tonterías, nada importante.

—¡Eleanor, ahí estás!

Rhett miró a su madre sonreír y recibir el beso gentil de Douglas, un amigo entrañable de su padre, y por ende de Eleanor Beaumont.

Él hombre venía de Detroit y se quedaba en la mansión por una semana. Esas eran sus vacaciones anuales, y sus padres disfrutaban de recibirlo.

Rhett le apreciaba, en especial porque no hablaba sandeces ni demasiado. Ahora mismo, se sentó a su lado con su vaso de limonada y por unos minutos solo observó, en muda compañía.

—Tienes cara de demonios, muchacho —le dijo luego, directo —. ¿Qué te pasa?

Rhett se encogió de hombros.

—Nada. ¿Qué podía ocurrirme? A la gente que lo tiene todo no le pasa nada, ¿no?

El hombre lo miró con ojo experto, sin molestarse por la obvia ironía de sus palabras.

—Tonterías, Rhett—replicó, tranquilo—. No está bien sentirse vacío cuando se tiene tanto a mano. No es justo ni responsable, eso te habrán enseñado. Pero tampoco exageremos, que somos humanos.

Rhett soltó una risa seca.

—Suena a discurso paterno.

—No. No me gusta filosofar o dar lecciones—Douglas apoyó el vaso en su muslo y lo miró de frente—. Son las palabras de un

hombre que ha vivido, ganado y perdido. El tiempo da perspectiva, y aprendí que la vida te da pocas oportunidades para sentir de verdad.

—Sentir…—Rhett enarcó las cejas—. Ahí está el problema. Es… complicado dejarse llevar por eso.

—Ah, por ahí viene la cuestión—Douglas meneó la cabeza—. Típico. Los Beaumont tienen un tema con las emociones.

Rhett arqueó una ceja, pero luego asintió. Sí, no iba a negar que la familia de su madre gustaba de esconderlas, de presentar fachadas.

—¿Cómo supiste que estabas enamorado de tu esposa?

El hombre sonrió, nostálgico. Ella había muerto hacía cinco años. Una mujer encantadora, recordó Rhett. Y Douglas veneraba el suelo que aquella pisaba.

—Lo estoy todavía—Se tocó el pecho—. Aquí. No fue una decisión, fue algo que entendí después. Y te diré algo, Rhett: esa es una pregunta juvenil.

—Supongo que es que nunca había sentido curiosidad—admitió él, medio en broma.

Douglas lo observó, serio.

—¿Estás enamorado?

Rhett se encogió de hombros.

—Creo que… Pues yo creo que sí. Pero tal vez por eso de la inmadurez que dices, y reconozco, me di cuenta tarde.

Douglas no sonrió, y asintió con lentitud.

—Nunca es tarde para lo que importa. La oportunidad de amar es limitada. Cuando la tienes, te aferras. La persigues. O la pierdes.

Las palabras le quedaron resonando.

El resto del almuerzo fue un murmullo lejano. Rhett pretendió escuchar a los primos, sonrió a medias a los niños que jugaban entre los rosales, pero su mente estaba en otra parte.

Enamorado. Claro que lo estaba. Lo había ido comprendiendo a trozos, en los días huecos. Nada funcionaba como antes. La escalada, las motos, el vértigo, todo le sabía a cartón.

Pensaba en Michelle en cada detalle: en cómo fruncía la nariz cuando se concentraba, en el sonido de su risa, en el modo en que

doblaba las mangas de sus blusas. La echaba de menos. Y no era deseo: era necesidad.

Sabía que su madre lo observaba desde el otro extremo del jardín, que las hermanas cuchicheaban. Daphne finalmente se acercó, copa en mano.

—Rhett. Estás vuelto un desastre—dijo sin rodeos—. ¿Qué te pasa? ¿Todavía piensas en Michelle? No creímos que te habías involucrado tanto.

Rhett la miró, dejándola hilar preguntas, y no contestó ninguna.

—Hablé con Mae y Thelma. Ella ya no está en Savannah, Rhett —añadió—. Va a estudiar contaduría, becada. Me alegra por ella.

Rhett apretó los labios. No dijo nada, pero algo se encendió por dentro. Alegría y orgullo. Tristeza. Todo mezclado.

Así que se fue. Claro. Mientras yo me lamía las heridas, ella avanzaba.

En ese momento, Harrison irrumpió, eufórico, con el móvil en la mano.

—¡Lo tengo! Acabo de entregar las pruebas al equipo de abogados. Ya te las envié, Rhett, pero quería contarlo en persona.

Daphne parpadeó.

—¿Quién…?

Harrison se dejó caer en la silla frente a ellos.

—No te va a gustar. No te lo quise adelantar hasta no tener total seguridad. Lo cometió tu asesor, Daphne. Santo…

Daphne palideció y se llevó las manos a la boca.

—¿Qué? Pero… Pero… ¿Cómo? Él no tenía acceso. O eso creía.

—De algún modo lo obtuvo. No es difícil cuando estás cerca, a diario. Pero no actuó solo. Enredó a un contador. Martin, es gay. Joven, algo naive. Lo sedujo, lo convenció de aceptar las transacciones.

—Era de mi absoluta confianza. Ingrato—susurró—. Mala gente, tomar ventaja de esa manera.

—Lo es—replicó Harrison—. El contador se quebró. Me confesó entre sollozos que no quiso ver la verdad. Me puso bastante incómodo, porque fue tan obvio que Santo lo estaba usando.

—Hacemos elecciones a diario—masculló Rhett.

—Martin es consciente. Dijo que es cierto eso de que el amor ciega. Y va a tener que pagar por eso, con cárcel.

Rhett miró al horizonte, el vaso de agua detenido en el aire. El amor t*ambién anula.*

Amar, en su caso, era como estar encadenado. Lo había limitado, hecho desconfiar, reaccionar con miedo. Michelle lo conquistó y de algún modo lo usó. Eso creía.

Harrison continuó:

—Cuando le pregunté a Santo por qué había elegido a Casa Magnolia y a las otras dos fundaciones, me dijo que eran blancos fáciles. Regenteados por mujeres orgullosas, que daban y daban sin pedir nada. Dijo que ese tipo de personas son las más fáciles de manipular. ¿Pueden creer su frialdad, el desprecio por los demás?

—Tal vez me vio de la misma forma—susurró Daphne, llorosa, frustrada.

Rhett la rodeó con un brazo y la abrazó contra sí. Entendía su decepción. Pero esto pasaría y no dejaría más huella.

Él no podía evitar que la situación le pegara de un modo profundo. Las palabras se reordenaban en su cabeza y ayudaban a formar un nuevo escenario, casi como un puzle de ideas en tiempo real.

Michelle. Con poco, haciendo lo imposible. Sin quejarse. Sin demandar. Un blanco fácil.

La culpa le cayó encima como un golpe. *Yo fui uno de los que la abusaron, de otra manera. Dudé. La juzgué.*

Eliza apareció justo entonces, elegante, el teléfono aún en la mano.

—Buenas noticias—anunció—. Kingship estará blindada a partir de ahora. El fraude está contenido.

Harrison asintió. Daphne exhaló, ya más compuesta, rehaciéndose de la sorpresa. Dolida. Era tan feo cuando se violaba la confianza.

Eliza le miró con gravedad.

—Rhett, ¿ya escuchaste el rumor, presumo?

—¿Mmm? ¿Qué cosa? —dijo Rhett, confundido.

—Sobre quién filtró la información del concierto.

Rhett la miró sin pestañear.

—¿Qué?

Eliza se cruzó de brazos.

—Una bloguera. Subió un vídeo contándolo. Ni Michelle, ni nadie de Magnolia. Solo fue una fan buscando atención.

El jardín se difuminó. Rhett apenas escuchó el resto. Las voces de su familia se hicieron ruido blanco.

Mierda. Este día cambiaba y las noticias se apilaban.

Así que… Se había equivocado, más. Lo que había construido en su cabeza, ese relato donde él era la víctima de una trampa, de la seducción, se le derrumbaba.

—¿Rhett?

—Deja, tengo que pensar—gruñó, y se incorporó, mesando su mandíbula.

Había estado viviendo en una nube hecha de supuestos, elevada por su temor a sentir y a creer en alguien, por miedo a perder control de su vida.

Guardarse había parecido mejor que arriesgarse. ¡Qué ironía! El adicto a la adrenalina y el riesgo temía saltar sin garantías.

Michelle no había pedido nada. Nunca. Le había dado tiempo, compañía, ternura, sin exigencias. Lo único que le ofreció fue su casa, su espacio, sus noches.

Y él, miserable bastardo, lo pagó con desconfianza. Alejándose apenas consideró que le traicionó.

Se levantó sin decir palabra y subió las escaleras, veloz, hasta su antigua habitación. El aire olía igual que años atrás. Se dejó caer sobre la cama, las manos cubriéndose el rostro.

—Idiota —murmuró—. Idiota, idiota.

Buscó el vídeo en su móvil. Lo encontró rápido. Una chica de voz chillona contaba:

—… Se los veía tan dulces. Él, guapísimo, sonriente, no le quitaba ojo de encima. Y ella… tan común como tú y yo. ¿No es como un cuento?

Rhett apoyó la cabeza en el respaldo. *Eso. Eso que vio había sido real, y era lo que perdió.* Era para flipar. Una extraña había visto

lo que él sentía por Michelle, mientras él…

—Tenías miedo, cabrón—se dijo en voz baja—. Puedes jugarte la vida en una moto o colgando de una roca, pero cuando se trata del corazón… eres débil.

El reflejo del espejo le devolvió a un hombre que no reconocía. Vacío, arrepentido. Consciente de lo mucho que había perdido. Un pobre idiota.

Pero uno que estaba habituado a recomponer entuertos. De eso se trataba su trabajo. Su pasado era la prueba de que lo que rompía o malograba, lo arreglaba.

Rhett podía ser acomodado, pero nunca había permitido que le allanaran caminos. No en sus estudios, no en los deportes, no en los negocios. Esta idiotez, la más grave de su vida…

Vería de resolverla. Uno no se curaba de la idiotez sin hacer algo al respecto.

—Podrán decir que soy un playboy, un consentido, lo que quieran…—susurró—. Pero no que no lucho por lo que deseo.

Se incorporó, con una claridad nueva en la mirada. Por primera vez en semanas, supo exactamente qué quería hacer.

Iría por la segunda oportunidad con Michelle. Esta vez, para quedarse.

Capítulo 30

El cristal de la cafetería en Athens le permitía ver lo que ocurría en el interior. Rhett hizo sonar sus yemas en el volante mientras no quitaba su mirada del recinto en el cual Michelle servía café con una sonrisa en sus labios.

Se removió en el asiento. Hacía horas que estaba aquí, y no era el primer día. De hecho, desde hacía seis que se había convertido en la sombra de Michelle.

Hacía una semana que había venido a Athens, preparado para la reconquista. Adelantó la cabeza y apretó los labios al observar que el cateto que ya había visto los días anteriores entraba al lugar.

El idiota era tan transparente que daba grima. Se posicionaba en la misma mesa a diario, llamaba a Michelle, a pesar de que había otra mesera en su área.

Ella venía a él y tomaba su pedido, y hoy no fue distinto. Rhett se adelantó, fija la vista. Michelle perdió la sonrisa y su gesto se hizo más serio, compuesto, y su cabeza negando no parecía la de una empleada diciendo que no quedaba crema.

Si ese gilipollas creía que podría invitarla, o molestarla, se equivocaba de plano. Rhett no tendría ningún problema en enseñarle que no tenía lugar al lado de Michelle.

A menos que ella lo desee, recuerda, Neandertal. Lo que faltaría es que te conviertas en un obsesivo que no distingue la realidad del deseo propio.

La magnitud del desafío entre manos se le había hecho obvia estos días. Athens no era su ciudad, Michelle no esperaba nada de él, y todo estaba por hacer.

El investigador, Ivar, había hecho lo que le solicitó: encontrarla, darle la dirección de los lugares en los que se movía.

Contactarla era su asunto, y era… Complejo. Su idea primaria había sido ir por sus afectos, llamar a Mae o a Thelma para convencerlas de que le allanaran el camino.

Descartó la idea. Ellas eran sus guardianas, y si él aparecía, le cerrarían la puerta en la cara. Michelle era la que debía abrirle las puertas de su vida.

Probó llamarla, pero la falta de respuesta le indicó que tal vez le había bloqueado. Aparecer así como así era riesgoso, tenía que abonar el terreno. Entendió que tenía que reconstruir lo perdido paso a paso, sin atajos.

Así que empezó con flores. Nomeolvides azules y pequeñas, envueltas en papel blanco fueron su primer envío, y eran un mensaje en sí mismas. Había estado allí al momento en que las entregaron.

Su rostro sorprendido le encantó, le anticipó que… Okay, no que leería la tarjeta en la puerta y que arrugaría la misma y llevaría las flores al contenedor, arrojándolas con fiereza. Auch. Strike uno.

Había bateado y fallado.

Nadie dijo que sería fácil.

++++

El café donde trabajaba era un lugar acogedor, y su dueña un encanto de persona. Estaba muy bien. Athens le hacía bien. Instalarse en la casa, comenzar a conocer gente, encontrar empleo, iba todo funcionando.

Hasta que el pasado que quiso dejar atrás al venir lanzó un zarpazo en forma de llamado. El primer timbrazo del móvil la encontró lavando tazas detrás del mostrador.

Se secó rápido, y fue a él, confiando en que sería Mae o Carla. Pero el número en la pantalla del móvil la congeló.

*Rhett***.** El corazón le dio un vuelco. Por un instante, la rutina del café, el vapor de la máquina, el ruido de los platos. se borró.

Apretó el teléfono en la mano. Podía contestar. Ver qué deseaba, aprovechar para decirle lo que pensaba de su actuar para con ella. Podía decirle que no tenía derecho a contactarla, seria, compuesta.

Pero no lo hizo. Lo miró sonar hasta que el nombre desapareció de la pantalla. Lo mismo con las otras llamadas, dos esa

misma tarde y otra al día siguiente.

No lo bloqueó. Demandó a su corazón que aceptara el desafío que le imponía: negarse el contacto con el que quería, pero la había dañado. Y que probablemente buscaba hacer lo mismo.

No sería la sumisa en una relación masoquista. No. Había empoderamiento en decir que no, aunque fuese en una decisión silenciosa.

No esperó las flores.

—¿Michelle Evans? —preguntó el repartidor, sujetando un ramo envuelto en papel blanco.

—Soy yo.

—Esto es para usted.

El olor dulce la golpeó antes de verlas. *Nomeolvides*. Azules, pequeñas, fragantes. El pecho se le encogió.

Ah, corazón idiota, aleteando, queriendo. Confiando.

Mas su mente era más astuta. Por ella la tarjeta no la engañó. *Tenemos que hablar. Sé que me equivoqué. Por favor, dame la oportunidad.*

No leyó dos veces. No tenían que hablar, las acciones de él habían sido mensaje suficiente, y las pocas palabras de aquel mensaje habían sido reformuladas en las galas en las que otras estuvieron en su brazo y en las declaraciones que hablaban de su gusto por la belleza clásica, la elegancia.

No en la cutre, poco sofisticada, ilusa huérfana que él follaba a escondidas. Joder. Sí que él había hecho un número en ella. No se tenía por rencorosa, pero… Estaba claro que lo era.

La satisfacción que sintió al ir al contenedor y arrojar las hermosas flores había sido un regocijo. Pequeñas revanchas.

Las flores cayeron sobre cajas vacías, y el azul del papel brilló como si se resistiera a desaparecer. Cerró la tapa de golpe y respiró hondo, furiosa y… triste. Porque, a pesar de todo, su primer impulso había sido llevarlas a un jarrón.

—Se acabó, Michelle—se dijo, entrando otra vez—. No vas a tropezar dos veces con el mismo apellido.

Su nuevo comienzo no iba a mancharse con recuerdos de Savannah.

El fin de semana el camión apareció frente a su casa. Lo vio al salir hacia su clase de yoga, una a la que se había apuntado apenas llegar. El vehículo estaba estacionado frente al portón, y en un costado, un cartel pintado a mano decía:

MICHELLE: NO HE PODIDO OLVIDARTE. SÉ QUE ME EQUIVOQUÉ. ¿CHARLAMOS?

—Madre mía…—susurró.

Se quedó plantada en la acera, con su colchoneta al hombro, mirando aquella declaración pública como si fuera una broma de mal gusto. El vecino del frente salió con una bolsa de basura y la saludó, divertido.

—Bonito mensaje, ¿eh? Alguien está enamorado.

—Equivocado. Alguien está errado—contestó ella, forzando una sonrisa.

Cerró la puerta y apoyó la espalda contra la madera. No podía creerlo. ¿El orgulloso Rhett Montgomery haciendo… esto? No tenía sentido. Era… desconcertante, y la molestaba.

¿Por qué mierda jugaba con ella, otra vez? Lo tenía por intenso, pero no imaginó que podía ser también cruel en su necesidad de quebrarla.

¿Era eso lo que buscaba? ¿Revancha porque creía que ella le engañó…? No lo creía. Debía haber visto el video de la chica que se vanagloriaba de haberles descubierto. Su mensaje decía que se había equivocado.

No caigas, no pienses dos veces, no des vueltas a cosas cerradas.

Le costó dormir esa noche. Cada vez que cerraba los ojos lo veía: de pie, en la puerta del orfanato, la forma en que le acariciaba el cuello antes de besarla. El calor, la ternura que tanto quiso olvidar.

Pero no. No iba a rendirse al recuerdo. Athens era su territorio nuevo, su aire limpio.

++++

Le gustaba la rutina. Por las mañanas, el olor del café recién molido llenaba el local y los rayos de sol entraban por los ventanales

amplios. La mayoría de los clientes eran estudiantes o profesores del campus. La ciudad tenía otra cadencia, más amable, menos prepotente.

Suspiró cuando uno de los habituales, el más pesado y enfocado en su atención, levantó la mano. Él no hacía caso al hecho de que este sector lo atendía Sally, que rodaba los ojos cada vez.

—¿Me traes un café largo? —preguntó.

—Claro. ¿Con azúcar o sin?

—Sin. Pero con tu número, si es posible.

Michelle se detuvo un segundo, con la jarra a medio inclinar.

El chico sonreía, confiado. Ella negó, seria.

—No es buena idea.

—¿Segura? Prometo que puedo ser interesante.

—Segura.

Le dejó el café en la mesa y se alejó. Cuando volvió al mostrador, algo la hizo mirar hacia la ventana. Y allí estaba. El coche oscuro, vidrios polarizados, estacionado frente al local.

Uno de sus vidrios estaba bajo, y ese perfil, esa mirada clara intensa… El corazón se le detuvo un instante. Rhett.

¿Qué hacía acá? ¿La… acechaba? ¿La vigilaba? Pero… no parecía propio de él. No tenía miedo, no la preocupaba. No lo entendía.

Pero la idea no debería haberle generado estas sensaciones. La noche le devolvió el silencio de Athens, y con él una certeza amarga: podía huir de Savannah, pero no de lo que todavía sentía por él.

++++

Patético, diría Harrison, y tanto él como Beau reirían a lo grande si lo vieran. Lo sabía. Pero era un Montgomery sin filtros cuando amaba. Y estaba decidido a hacer ruido.

Encendió el vehículo y se alejó. Tenía que dormir, descansar. Por la noche, enviaría comida, otra vez. Había probado con pizza, sushi y comida tailandesa. La primera vez vio desde el coche cómo ella llamaba a un indigente para que se lo llevara. Le dolió, pero volvió a intentarlo.

Ayer, el hombre (mismo abrigo raído, mismo andar tranquilo) lo encontró aparcado en la esquina. Golpeó el cristal del coche y, cuando Rhett bajó la ventanilla, le habló sin rodeos:

—Hermano, si vas a mandarle comida, que no sea picante ni oriental. No me gusta.

Y se alejó sonriendo.

Cada detalle era su manera torpe de decir *estoy aquí, y no quiero perderte*.

Pensó escribirle, pero la hoja quedó en blanco. No sabía decir las cosas, solo sentirlas. Así que un día se plantó ante su puerta, sin aviso. El golpe de sus nudillos sonó hueco.

Michelle abrió. Lo miró apenas, la mirada fría, el gesto contenido. Y le cerró la puerta sin decir una palabra. El sonido del pestillo fue un tiro seco.

Rhett se quedó quieto, con el alma en los talones. Luego bajó los escalones despacio, respirando hondo, como si el aire doliera. Pero no se fue derrotado. No aún.

Dijo a sus hermanos que se tomaría un mes. No lo había hecho nunca. Ahora ese mes era suyo. Para enmendar. Para ella.

Condujo sin rumbo, las manos tensas en el volante, el ruido del motor llenando el silencio. La radio seguía encendida, sintonía local. Una voz femenina hablaba animada:

—Y ahora abrimos la línea para gestos de amor, reconciliaciones imposibles y confesiones en directo. Si quieres decirle a alguien lo que nunca te atreviste, este es el momento.

Rhett miró el dial, incrédulo. La voz repitió:

—Un gran gesto público. Eso buscamos hoy.

El aire se le detuvo en el pecho. Un gran gesto público. Eso. Justo eso.

Enderezó la espalda, giró el volante y se incorporó al carril contrario. Era una locura, sí. Pero por fin sabía qué tenía que hacer.

Capítulo 31

Rhett respiró hondo. Estaba en la habitación del hotel, expectante, preparado.

La llamada pautada entre él y la producción del programa ya estaba en espera, mientras los locutores avanzaban en su rutina. Este era su salto de fe para recuperar a Michelle.

Desechó una llamada entrante de Eliza, que había intentado hablar con él tres veces desde que le comentó lo que haría. No esperó que lo alentara, de ser así habría hecho contacto con Daphne.

No, había sido simple aviso previo para que preparase la artillería de prensa si esto iba mal.

<<Estás loco>> le había dicho Eliza desde algún spa con música zen de fondo. <<Loco o enamorado. No sé cuál da más miedo.>>

<<Voy a hacerlo.>>

<<Rhett, ¡no puedes salir en directo a decirle eso! Busca otra manera. Internet te va a triturar.>>

<<Pues que me trituren.>>

<<¿Y si te ignora?>>

<<Entonces sabré que lo intenté.>>

<<Te desconozco.>>

<<Bienvenida al club.>>

Había colgado antes de que ella siguiera desgranando razones para no hacerlo. No lo discutiría más. Era el momento.

La voz de la locutora sonó como una fanfarria de despedida del sentido común.

—¡Buenas noches, Georgia! Bienvenidos a *El Amor No Duerme*, vuestro streaming favorito de confesiones, reconciliaciones y locuras románticas. Soy Candy Malone, y hoy tenemos un programa especial: *Gestos imposibles*.

Sonido de la cortina musical del programa.

—Conmigo, los de siempre: Tuck, el escéptico residente, que asegura que el amor es un mito inventado por los publicistas, y Marla, la abogada del corazón, convencida de que todo el mundo merece una segunda oportunidad. ¿Listos, chicos?

—Preparado para convencer tontos—respondió Tuck, con tono sarcástico.

—Preparada para escuchar—añadió Marla.

Candy soltó una risita, el sonido ligero como una copa de champán.

—Hoy empezamos fuerte. Tenemos en línea a un hombre que quiere hacer una declaración en directo. Dice que, cito textual, *fui un imbécil y quiero demostrar que he entendido y quiero otra oportunidad*. Rhett, ¿nos oyes?

Rhett tragó saliva. Su confianza parecía más pequeña.

—Sí. Los escucho. Buenas tardes.

—Hola, Rhett.

—Rhett, amigo, Cuidado con lo que dices, ¡piénsalo!

La voz del llamado Tuck pretendió ser graciosa, pero Rhett no le hizo caso. Este era un caso divertido para estos tres, para el público que escuchaba, pero para él, era *la* oportunidad.

—Dices que fuiste un imbécil. ¿Podemos ponerle contexto a eso o prefieres mantener algo de dignidad?

Risas en el estudio. Él contuvo el impulso de enviar a estos idiotas a tomar por culo. Que se rieran si querían. Este era un medio para un fin, y lo tomaría con las dos manos.

—Bien, fui un asno y lastimé a alguien que quiero, así que eso va adelante de la dignidad.

—Oh, esto promete —soltó Marla.

Rhett inspiró hondo.

—Estuve con una mujer maravillosa. Se llama Michelle. Digamos que al comienzo lo tomamos como un simple ligue. Pero al pasar las semanas, esto creció. De todos modos, yo me mantuve… Escéptico.

—¿Cómo es eso? —preguntó Marla, suave.

—No soy… expresivo. Sí desconfiado, cerrado. Cuando este ligue se hizo público, lo consideré un ardid para atraparme.

—Ohh. Eso suena a que fue un momento desagradable—dijo Tuck.

—Digamos que no le hablé más.

—¡Desalmado, Rhett!

—Pero no parece que eso funcionara para ti—dijo Candy—. Estás arrepentido.

Rhett tomó aire. Aquí iba la información que más quería entregar al éter para que llegara a Michelle.

—No he podido dejar de pensar en ella, y la eché de menos cada día.

—No parece algo que no pueda resolverse con una conversación. ¿Hay amor entre ambos?

—Es que… En el medio, me mostré con otras mujeres. No pasó nada, aclaro, pero necesitaba dar una imagen.

—No me estás gustando mucho ahora mismo, Rhett—dijo Candy, ácida.

—Sí, lo entiendo, yo tampoco me gusto al pensarlo—confesó.

—¿Qué te hizo cambiar?

—Me di cuenta de que Michelle es la mujer de mi vida, no respiro bien sin ella, no me divierte lo que solía hacerme vibrar, no me interesa tocar a otra.

—Yeah, eso suena como enamoramiento—acotó Marla—. Son síntomas de eso que definen como amor.

—¿Qué pasó después, Rhett?—preguntó Tuck—. Déjame adivinar, tú pensaste que mandar flores arreglaría los traumas.

Rhett soltó una risa seca.

—Mandé flores, sushi. Hasta un camión con un cartel luminoso.

—*¡Caray!*—exclamó Candy—. Eso es una inversión importante. Parece el típico gesto de millonario romántico o de un acosador.

—No soy un acosador, lo juro. Estoy enamorado, nada más.

—Bien, al menos hay autocrítica.

Un silencio pequeño, luego Rhett bajó la voz.

—Sé que la cagué. Fui egoísta, inmaduro, arrogante.

—¿Y qué quieres?—intervino Marla.

—Que me escuche. Solo eso. Que sepa que la quiero. Que no hay orgullo, ni apellido, ni error que pese más que ella.

Hubo un segundo de pausa. Se oyeron teclados.

—Tenemos comentarios variados—dijo Candy, profesional, involucrando a la audiencia—. @SweetGeorgia dice: *Dios, este hombre me está haciendo creer en algo otra vez*. @RealTuckFan no confía, dice que *Esto huele a manipulación emocional, gente*. Y @TiffanyHearts tiene un mensaje para Tuck**:** *Cállate el hocico, Tuck*.

—Ey, eso dolió—señaló este, y hubo nuevas risas.

Aguanta, Rhett, un poco más, se instó. *Es por el bien mayor. Esta es una vez en la vida.*

—Rhett, esto se está retransmitiendo en las plataformas y hay unas ochenta mil personas escuchando, y creciendo. Tu mensaje está trascendiendo.

—Lo sé—Se frotó la nuca—. Si algo voy a hacer bien por una vez, que sea a lo grande.

El estudio estalló en aplausos y gritos.

—Vale, Rhett. Aguanta ahí. Vamos a hacer nuestra magia—Candy alzó la voz—. ¡Llamemos a Michelle, gente!

Rhett respiró hondo y se tensó. Esto podía salir muy mal, tal y como Eliza lo previó. Podría quedar como un imbécil a escala nacional, y su familia le iba a colgar de las pelotas.

Y entonces, la voz de Candy se elevó, triunfante:

—Hola, ¿Michelle?

—Sí, ¿Quién es?

Aquí estaba.

++++

Estaba estirada en la silla de vaivén que tenía en el jardín, tomando un té con ojos cerrados, disfrutando del descanso, cuando el móvil sonó.

Con temor de que fuese él, miró la pantalla, pero era un número desconocido. Tal vez de la administración del campus para avisarle del estado de su trámite.

—Hola. ¿Michelle?

—Sí, ¿quién habla?—dijo, seca.

El ruido de fondo le parecieron exclamaciones, risas, y frunció el ceño.

—¡Michelle, soy Candy Malone, y conduzco un programa de streaming radial llamado El amor no duerme, y tenemos aquí a alguien que desea hacerte saber algo.

La voz sonaba alegre, eufórica incluso. Michelle se quitó el móvil de la oreja y parpadeó. ¿Qué cojones?

—Voy a colgar—indicó.

—No, no, no, tenemos a Rhett en línea, y nos ha contado acerca de su romance.

¿Qué… mierda… era esto?

—¿Quién dices que habla?

—Candy. Sintoniza *Radio Savannah 102.5 FM o nuestro canal de YouTube*. Esto es real, Michelle. Te aseguro que no vas a querer perdértelo—exclamó la mujer.

Fue hasta su laptop y abrió YouTube.

—Dime el nombre del programa.

Se lo repitió. En unos toques Michelle tuvo frente a sí la imagen de dos mujeres y un hombre, y el nombre del programa atrás.

—… Demos tiempo a que Michelle se ubique, audiencia.

—No es fácil, la llamamos por sorpresa, ustedes saben cómo funciona esto.

—Rhett, amigo, esa mujer sonó dura—dijo el hombre.

—Es fiera y decidida—La voz de Rhett llenó el estar, y Michelle desmesuró sus ojos, boqueando.

Esto era real. Rhett estaba… Estaba en un streaming hablando de ella.

—¿Michelle? ¿Puedes bajar un pelín el volumen? Interfiere con nuestros micrófonos—le pidió la locutora, que además sonrió y movió sus manos en saludo a la cámara—. Aquí estamos.

—Hola—murmuró—. Yo… No sé qué está pasando.

—Estás en directo, corazón. Rhett está al otro lado—dijo la otra chica, sonriendo con amplitud. Le gustó de inmediato—. Nos ha contado una historia un poquito complicada, pero él está enamorado y quiere arreglar las cosas.

Hubo un murmullo de expectación, un crujido leve, y luego su voz, más suave que en sus recuerdos:

—Michelle… Perdón. No sabía qué más hacer.

Su voz grave le vibró en el pecho.

—No entiendo. No sé qué esperas lograr con esto, Rhett.

—Que me escuches. Quiero enmendar, reparar…

—Considéralo hecho.

—Quiero que volvamos a estar bien. A estar juntos.

—Eso suena tan romántico. El amor es…

Interrumpió a la locutora:

—Entiendo que hacen un espectáculo, mis felicitaciones, pero mi vida no lo es, y ciertamente… No sé qué has dicho, Rhett, pero te recuerdo que no estábamos juntos. Lo dijiste varias veces antes, alto y fuerte.

—Me equivoqué.

—La vida es así, vive y aprende. Voy a colgar.

—No, no, no. Michelle, ya estás en esto, ¿un poquito de paciencia? Rhett parece muy decidido, y hasta que no diga lo que quiere va a insistir.

—Lo haré. No voy a detenerme.

—Si intentas sabotear mi vida ahora que la compuse y tiene dirección…

—¡No quiero eso! Te amo, Michelle. Tienes razón, fui egoísta, un gilipollas, tenía miedo de reconocer que te quería, que me hacías bien. Esas fotografías con otras mujeres fueron pantalla, no hubo nada. No podría haber nada, porque tú hiciste que desapareciera interés en alguien más. Michelle, por favor, desde el fondo de mi corazón, que te lo ofrezco en mi mano, dame una segunda oportunidad de estar contigo. De conquistarte como debió ser desde el principio. A vista de todos, como mereces. Eres tú la que debería estar avergonzada de que la vean conmigo, eso es tan claro.

Su voz apasionada en la tirada larga que era declaración monumental la dejó muda. Había un murmullo, los locutores estaban impresionados, y ella no podía pensar.

—¡Guau! Eso fue… Mis respetos, Rhett—dijo Tuck—. Fue hermoso.

—Increíble—dijo la otra mujer, que parecía tener los ojos húmedos.

—Michelle, no sé lo que has pasado, tal vez haya mucho por sanar, pero… Rhett se la ha currado, ¿o no?

—Es real. No hay nada fingido. Mis hermanos no lo van a poder creer, esto va a traer cola, pero no importa. Solo que me perdones y aceptes otra vez.

—Michelle, cariño, no queremos incomodarte. Pero todos aquí sentimos que Rhett es sincero.

Michelle apretó los labios. Eso parecía. Un hombre desesperado, sonaba.

—Me equivoqué, lo sé. Fui un asno. Pero si decirlo aquí me da una sola posibilidad de que me mire de nuevo, vale la pena.

Michelle sintió que las lágrimas le subían, pero apretó los dientes.

—No puedes pretender resolver las cosas por radio, Rhett.

—Este es mi grito para que me des la chance. Pasaré el tiempo que quieras arreglando lo que rompí.

Candy suspiró, teatral.

—Chicos, ¿alguien más necesita pañuelos?

Marla aplaudió. Tuck bufó.

—Esto es pornografía emocional, pero admito que el tipo tiene agallas.

Michelle no podía pensar bien.

—El chat explota, amigos.

@SavannahGirl: ¡Dios, que lo perdone!

@FeministaConCafé: Si es sincero, que lo demuestre con hechos, no palabras.

@MarlaFan**:** Yo ya estaría en su coche.

@TuckRules: Ni loco. Bandera roja gigante.

Michelle respiró hondo.

—No sé, Rhett. No sé si puedo confiar otra vez.

—No te pido que confíes. Solo que me dejes hablarte.

El estudio guardó silencio. Candy rompió la tensión con un suspiro y una sonrisa audible.

—Bueno, chicos… ¿qué decimos?

—¡Que le dé una oportunidad!—gritó Marla.

—Que no la cague otra vez —dijo Tuck.

—Tres cuartas partes del chat apuesta por reconciliación— agregó Candy.

Michelle se pasó una mano por el rostro.

—Tal vez —susurró.

Rhett contuvo el aliento.

—¿Tal vez?

—Es lo más que puedo darte hoy.

Y colgó. Se llevó las manos al cabello, y jaló, llamándose a la cordura. Su corazón pugnaba por salirse del pecho.

Tenía que procesar lo que acababa de pasar. Y tomar una decisión.

Entonces, la voz de la locutora, sonó, y le prestó atención.

—Pues, señores, un *tal vez* en este programa equivale a una puerta entreabierta. Rhett, eso es mejor que nada.

—Lo sé. A veces una rendija es suficiente para que entre la luz.

—Y así termina esta historia en directo, amigos. Por ahora. Rhett, vamos a querer saber qué pasó, pero te daremos tiempo. Quizá con suerte mañana alguien más se atreva a llamar. Porque si este chico ha tenido el valor de decir te quiero en vivo, ¿qué excusa os queda a vosotros?

La música subió, los panelistas se despedían, los comentarios seguían ardiendo en la pantalla.

++++

Dormir fue imposible. Había quedado activado, su cabeza dando vueltas a lo ocurrido, la adrenalina alta, y su mente elaborando esquemas para proceder.

Se desconocía en su ansiedad, en la desesperación de las acciones emprendidas. Sí que uno cambiaba y se dejaba arrastrar cuando el enamoramiento superaba a la sesera.

Eliza había dejado un audio:

ELIZA: *Te odio y te adoro, idiota. Acabas de convertir a miles de personas en tu terapeuta. Por fortuna nadie ha atado cabos,*

todavía. ¿Qué vas a hacer?

RHETT: *Hacer que ese tal vez valga la pena*.

ELIZA: *Juro que no quiero beber de la misma agua que tú y Beau consumen. Ha de ser algo de los genes de nuestro padre*.

Rhett se pasó la mano por la cara y miró el techo de la habitación del hotel de Athens. Luego, bajó al restaurante y con un café en la mano se enfocó en el afuera.

La mañana estaba tibia, el aire quieto. Por la rendija que ella abrió, entraría. Sin fanfarria, sin dobleces, determinó. Dejaría los grandes gestos para cuando ella aceptase que era suya.

Capítulo 32

El restaurante brillaba bajo una luz ámbar que hacía que cada detalle resplandeciera: vajilla labrada, cubertería finísima, el lino con hilo de oro de los manteles, la música de violines creando una atmósfera soñada.

Los ventanales daban al jardín interior, donde las lámparas colgaban entre ramas de magnolias en flor. Era el lugar más emblemático de Athens, y Michelle se sintió un pelín impresionada al ingresar. Lo más granado de la región estaba aquí.

Cuando él le envió un mensaje con cinco opciones de salida: cena en público, picnic rural, paseo en globo, cena a solas, confesión de rodillas frente a toda Casa Magnolia de su amor, ella eligió la primera opción.

Dramático, había pensado, pero al parecer estaba dispuesto a todo.

La mano de Rhett se posó en su espalda y le miró. La sonrisa sensual y sincera la arropó.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Señores, bienvenidos. En un instante vendrán a guiarlos a su mesa—dijo el maître.

Asintió, y Rhett se colocó a su lado. Olía exquisito, y ella aspiró suave para llevar el aroma añorado a sus pulmones. Una de las tantas cosas que había echado de menos.

Este parecía un sueño, uno que surgía luego de semanas de pesadillas, de tristeza. Todavía no se lo creía mucho, y se había prometido no crear locas esperanzas.

Estaba elegante y adecuada, lo sabía. Rhett le había hecho llegar un vestido divino, cuidadoso de cada detalle. Su instinto primero, ignorarlo, y vestir el negro de salir, pero…

Había sido pasar la mano por la tela marfil con bordes de encaje sutil, elegante y simple, y se enamoró. Le sentaba como un

guante. El cabello recogido con mechones sueltos le daba un aire de naturalidad que contrastaba con el brillo tenue de los pendientes.

Él estaba impecable. Traje azul medianoche, corbata gris perla, el reloj justo asomando bajo la manga. Pero lo que la golpeó no fue la ropa, sino la mirada: no había arrogancia en ella, solo una mezcla de emoción contenida y respeto.

Rhett tomó su mano cuando el mozo se acercó para conducirlos a su mesa, en un rincón reservado, y ella sintió el calor envolver sus dedos. Lo permitió. El aire parecía más denso.

—Gracias por venir—dijo él, en cuanto se sentaron.

—Gracias por las flores. Y los planes—respondió, bajando la vista hacia la carta, más para evadirlo que por hambre.

Él sonrió apenas, entendiendo.

—Vertí toda mi pólvora en planear cada detalle, porque quiero que ese tal vez que sonó en la radio sea un sí pleno. .

Directo, claro. Hubo un breve silencio, interrumpido por el mozo.

—¿Algo para tomar?

—Vino para mí. ¿Michelle?

—Agua, gracias.

—Tenemos esta selección, caballero—le mostró, y Rhett hizo un gesto a una de las botellas.

El maître vertió vino en su copa, agua en la de ella.

—¿Qué tal tus estudios? —preguntó Rhett, con un tono sereno, sin urgencias.

—Bien. Apenas comencé, pero estoy contenta. Me gusta la universidad, las clases, la ciudad—Se encogió de hombros—. Vine por eso, por mí.

—Y me alegra —dijo él—. Que vayas por lo que quieres.

—¿Y tú? —preguntó ella, sin poder evitarlo—. ¿Qué te empujó a venir? ¿Arrepentimiento? ¿Culpa?

—Quizá ambos—admitió Rhett, sin esquivar el tema—. Pero esos sentimientos se agotan rápido. Lo mío va más hondo. Sé que me equivoqué. Muy feo. Y te pido perdón.

La sinceridad en su voz le erizó la piel. Michelle lo observó, cautelosa, buscando grietas, señales de impostura.

Él siguió, sin titubear.

—Estaba dolido, y en cierta forma, decepcionado. Se me mezcló todo. Tenía miedo. No he estado enamorado antes, y eso… Quita control. No supe cómo manejarlo.

Esas palabras en su boca. La derretían, joder, pero… *No cedas, no tan rápido. Las palabras se vierten fácil, cuentan los actos. Y va a tener que haber varios para que le crea.*

—No es excusa.

—No lo es—Asintió—. Pero lo entendí cuando vi mi estupidez expuesta al mundo. Me tomó tiempo, pero reconocí que estoy enamorado.

La frase cayó entre ellos como un cristal rompiéndose.

—No he podido mirar en otra dirección desde aquella noche en el club —añadió.

Michelle tragó saliva.

—Lo hiciste, sin embargo—Sus palabras salieron más bajas de lo que pretendía—. Y me dolió.

El maître volvió con las entradas: pequeñas bruschettas con queso de cabra, miel y nueces. Michelle agradeció la distracción, cortó un trozo minúsculo, lo llevó a la boca, sin saborearlo. Rhett apenas tocó su plato.

Cuando el maître se alejó, el silencio volvió a apoderarse de la mesa.

—¿Por qué la radio? —preguntó ella al fin.

Rhett soltó un suspiro.

—Desesperación. No hacías caso a mis intentos.

—Y pensaste que la humillación pública era romántica.

—Pensé que no tenía otra manera de hacerte oírme—Sonrió con un dejo de ironía—. Estaba en una encrucijada. Aceptar la derrota, y perder lo que más quiero. O luchaba con todo. Me sorprendí yo mismo. Y a mi familia también. No he hecho algo así antes.

Michelle bajó la vista, su dedo tocando el borde de la copa.

—No entiendo por qué crees que esto podría funcionar cuando ya fracasamos.

Él no dudó.

—Porque no fracasamos. Yo lo arruiné, me alejé.

Le tomó la mano. El gesto fue suave, sin forzar. Su piel, tibia. La mirada, limpia. La fuerza contenida de un hombre que no temía mostrarse vulnerable. Sí que había dado pasos Rhett.

—Michelle, caímos porque empezamos mal. Yo quise controlarlo, y tú merecías ser mostrada, cuidada. Pero aprendí—Su voz bajó—. Estoy listo para un vuelo de larguísima duración, contigo.

—¿Y si te hago arrepentir? —preguntó ella, con un temblor apenas perceptible—. ¿Si alguien sugiere que no soy suficiente?

—Eres mucho más que suficiente —respondió Rhett sin vacilar, vehemente, inclinándose hacia ella, atravesándola con sus ojos grises—. Lo eres todo.

Michelle sintió cómo el aire se le espesaba en los pulmones.

El camarero llegó con el plato principal: salmón sellado en salsa de limón y hierbas, con puré de batatas y espárragos. El aroma era delicioso, y por unos minutos se abocaron a disfrutar y a mirarse.

Ella lo observó. Tan guapo. No dudaba en ir por lo que quería, y al parecer, esa era ella. Se lo hacía saber con gestos increíbles. Si acaso, eso lo volvía más masculino y poderoso a sus ojos.

Tal vez la verdadera fuerza consistía en dejarse ver vulnerable.

La conversación derivó en cosas menores, recuerdos suaves, anécdotas que terminaron en sonrisas. Cuando salieron del restaurante, la noche de Athens olía a jazmín y lluvia próxima.

Rhett la acompañó hasta el coche.

—Te llevo a casa.

El trayecto fue breve. Ella miraba las luces de la ciudad reflejadas en las ventanillas; él, el perfil de su rostro, grabándolo en la memoria.

Al llegar, bajó para abrirle la puerta. Michelle titubeó.

—Gracias por la cena.

—Gracias por aceptarla, y por darme una chance. Estás tan bella, querida mía.

Rhett tomó su mano. La besó despacio, sin apartar los ojos de los suyos.

Después, con la otra mano, le acarició el cabello, una caricia leve, casi reverente.

—¿Elegirás una segunda cita? —preguntó, con voz baja.

Ella lo miró un instante, sin responder. Luego, asintió apenas.

—El picnic—dijo—. Iré al picnic.

Rhett sonrió, la sonrisa que una vez la desarmó y ahora la envolvía sin imponerse.

—Perfecto —susurró—. Prometo llevar las servilletas a juego con tus ojos.

Ella asintió, y cuando él se alejó hacia el coche, con las manos en los bolsillos y el aire sereno, Michelle se quedó mirándolo, consciente de que su mundo, otra vez, estaba empezando a moverse.

Capítulo 33

El picnic había sido un bálsamo. Una tarde luminosa, brisa suave sobre el campo abierto de Athens, el aroma de los eucaliptos y el rumor de los insectos llenando el aire.

Rhett había llegado con una cesta grande y un mantel a cuadros. El contenido, en cambio, era humilde: panes frescos, aderezos, fiambres, fruta cortada y varias cosas embolsadas que se notaba no había cocinado él.

<<Prometí que te prepararía algo,>>bromeó, extendiendo las manos, <<pero esto es lo más honesto que puedo ofrecer: sin pretensiones.>>

<<Te estás superando>>sonrió ella, abriendo un paquete de galletas. <<No recordaba que supieras elegir bien.>>

<<Aprendí que el esfuerzo sincero pesa más que la ostentación.>>

Comieron entre risas, hablaron de su niñez, de las cosas pequeñas que extrañaban. Michelle sintió que él la escuchaba de verdad. No había interrupciones, ni ego, ni la sombra del apellido Montgomery.

Solo Rhett, con los pies descalzos sobre el pasto, observándola como si todo lo demás se hubiera desdibujado. Al final, antes de guardar las cosas, él le pidió una foto.

<<¿Podemos?>>dijo, alzando el móvil con una sonrisa tímida.

<<¿Para qué?>>

<<Para que el mundo sepa que te tengo enfrente. Que estoy intentando volver a merecerte.>>

Ella dudó, pero terminó inclinándose hacia él. El clic del disparo selló el instante. Cuando le preguntó si podía publicarla, tardó en responder, pero asintió.

Un paso a la vez, pensó. Estas salidas le estaban ayudando a entender que él no engañaba, no mentía, estaba dispuesto a la reconquista. Y hacerse la difícil le encantaba.

El efecto de la foto en línea fue inmediato. Mae y Clara la bombardearon de mensajes.

MAE*: Madre mía, hija, ¿Qué ha pasado? ¿Y esto qué es?*

CLARA*: ¡Amiga! ¿Volviste con él?*

LUCÍA*: Tienes cinco minutos para decirme todo, niñata. Que estoy que me salgo de los nervios.*

Michelle les envió el enlace del programa de radio, y terminó riendo ante las respuestas llenas de emojis, corazones y promesas de apoyo.

CLARA*: Okay, eso fue romántico de cojones.*

MAE*: ¿Ves, mi querida? Dios aprieta pero no ahorca. Estoy tan feliz.*

El vuelo en globo, su tercera cita, fue otra historia. El amanecer los encontró en un claro, rodeados de montículos dorados de trigo. El aire olía a hierba y a promesa. Ella estaba rota de los nervios, pero él la calmó y le hizo ver que era seguro.

El globo ascendió lento, y el suelo se volvió una pintura: campos, tejados antiguos, el río Oconee serpenteando como una cinta de plata. Michelle apretó la mano de Rhett con fuerza, enferma de vértigo que no sabía que tenía, pero dispuesta a disfrutar de la maravilla.

—Me emociona y me aterra—susurró.

—Ambas cosas están bien—le respondió, con esa sonrisa que no fallaba en desarmar sus pretendidas defensas.

El viento les golpeaba la cara, frío, puro. Desde allí, todo parecía posible. Sin cámaras, sin nombres. Solo ellos, suspendidos en el cielo.

Cuando ella lo miró, sus ojos reflejaban el atardecer, y le abrazó la cintura. Le dejó hacer, porque añoraba el contacto, sentirse viva en sus brazos. ¿Para qué seguir fingiendo que no estaba rendida?

El beso llegó tibio, profundo, tan largo que el aire se volvió innecesario. Allá arriba no existía el pasado, ni el miedo. Solo la certeza de que, pese a todo, se elegían.

++++

La certeza de que no podía postergar su deseo latía en el pecho de Michelle mientras cruzaba la entrada del pent-house de Rhett.

La noche de Savannah era cálida y la ciudad brillaba bajo la ventana panorámica. El apartamento era amplio, elegante, con un estilo sobrio y masculino: tonos grises, madera oscura, arte contemporáneo.

La esperaba una mesa servida con gusto: velas, copas, platos blancos con detalles de plata. El aroma del vino y de la carne asada recién salida del horno llenaba el ambiente.

—Bienvenida—dijo él, acercándose para ayudarla con el abrigo.

Su voz tenía esa calma que ella ya asociaba con su nueva versión.

—¿Has preparado esto tú?

—He supervisado —confesó con una sonrisa—. Pero las flores, las velas y el vino son mérito mío.

Michelle recorrió la sala con la mirada. Se sentía como dentro de una escena que había soñado mil veces, pero era distinta: no había promesas vacías, solo una tensión dulce y el eco de lo no dicho.

Se sentaron. El primer plato era simple: risotto de setas con parmesano y un toque de limón. El segundo, un filete de ternera con puré de batata y verduras glaseadas.

Comieron entre pausas largas y miradas que decían más que las palabras.

—Sigo sin acostumbrarme a verte así —dijo Rhett al fin.

—¿Así cómo?

—Conmigo, sin odiarme.

Ella sonrió apenas.

—No te odié, aunque lo intenté.

—Y me alegra—Su tono se suavizó—. No quiero cortarte las alas; solo aprender a volar contigo.

El silencio los envolvió, el tipo de silencio que no incomoda, que se siente necesario. Rhett se levantó, rodeó la mesa y se detuvo

junto a ella. Le tomó la mano, la ayudó a levantarse.

Sus miradas se encontraron. El aire cambió.

—Michelle… —murmuró él, y su voz se quebró—. No quiero volver a perderte.

Ella alzó la vista, y ese gesto, apenas un respiro, bastó.

El beso fue distinto al del globo. Más terrenal, más urgente.

Sus manos se buscaron, sus cuerpos se reconocieron como si hubieran esperado demasiado.

Las palabras se quedaron atrás, sustituidas por caricias lentas, respiraciones entrecortadas, promesas sin verbo.

El mundo se redujo a la piel y a la memoria. Ella lo sintió temblar al rozarle la nuca, él se perdió en su cuello, en el perfume de su cabello.

Michelle le dejó hacer, pero luego se separó y con la valentía que le daba saberse apreciada, se quitó las prendas una a una, sintiendo sobre sí la mirada de deseo feroz de Rhett.

Eso no había cambiado. Los había unido la química, y esta fue el puntapié para el amor. En la intimidad de la recámara, el juego sexual cobró una dimensión de infierno candente.

Él atacó su boca, la besó con fervor, y Michelle sintió que volvía al lugar donde pertenecía. Las yemas ásperas cruzaron su piel en todas direcciones, despertándola, volviéndola desesperada por más.

Sin paciencia, fue por los botones de su camisa, y él la ayudó rompiendo la misma de un tirón, mientras desesperaba por desprender su cinturón y quitarse los jeans.

Ella se puso en cuatro y mordisqueó su bulto a través de la tela, sin guardarse nada. El calor de su boca provocó el gemido contenido de Rhett, cuyos movimientos se hicieron frenéticos.

Estuvo sobre ella en un santiamén, colocándose en su centro, rozándose como si el contacto curase frío, desapego, tiempo.

—No tienes idea de lo que te he soñado… Las veces que me toqué contigo en la retina… Imaginándome justo esto, tus sonidos… Tu piel…

Sus labios la recorrían y se deleitaban en humedecerla, en dejar su huella de saliva, de dientes que marcaban sin lastimar.

Lo abrazó para atraerlo, sus manos acariciando esa espalda de nadador, los bíceps que habían crecido, estirándose para apenas alcanzar sus glúteos de acero.

—Estás enorme.

—Horas y horas de pesas, de boxeo, de perderme en el cansancio para no pensar.

—Fóllame, Rhett.

—Creí que no volverías a pedírmelo.

Elevó la cadera y con un movimiento sutil la penetró.

—¡Ohh!

Se abrazó a él y se dejó llevar por el compás de sus embates, gimiendo, disfrutando de ser llenada, mientras su boca la besaba suave, a contrapelo de lo fuerte que la follaba.

Su dedo índice se instaló entre sus pelvis, y se abocó a que el clítoris vibrara. El orgasmo le llegó rápido, urgente, vibró como corriente por toda ella, y como un cable conectado llegó a Rhett.

Se acabaron juntos, y el clímax fue el sello físico de la reconciliación de dos personas cansadas de extrañarse

Cuando la respiración se aquietó, Rhett la sostuvo entre sus brazos, el pecho aún agitado.

—Eres mi casa, Michelle—susurró contra su frente—. Lo fuiste incluso cuando no me dejabas entrar.

Ella le acarició la mejilla, con ternura y cansancio.

—Solo si prometes no volver a derribarla.

—Prometo construir contigo, no sobre ti.

La besó otra vez, despacio. Luego, con la mirada encendida pero serena, preguntó:

—¿Habrá otra cita?

Michelle rió, con un hilo de voz.

—Ya estás en racha.

—¿Entonces?

—Sí, Rhett—dijo, mirándolo fijo.

Rhett sonrió, esa sonrisa que ya no era arrogante, sino agradecida. La estrechó con fuerza. El amor, ese que dolía, ese que curaba, había vuelto para quedarse.

Desenlace

El parque se abría ante ellos como un sueño hecho de risas. Las luces de colores parpadeaban aunque era de día, los carruseles giraban al compás de una música alegre y el aire olía a algodón de azúcar y a promesa.

Casa Magnolia entera había llegado en un autobús decorado con globos y cintas. Rhett, desde el portón, los recibió con una sonrisa que no le cabía en la cara.

Los niños corrían por todas partes, y los empleados del parque, en camisetas que decían *Montgomery Family Event*, los seguían con paciencia.

Beau y Lila habían llegado temprano con Henry, que sostenía un mapa del parque como si fuera un tesoro. El niño miraba todo con los ojos muy abiertos.

A un lado, una pequeña de cabello oscuro observaba en silencio, aferrada a una muñeca de trapo.

—Hola—le dijo Henry, acercándose—. ¿Quieres venir conmigo a los carritos?

La niña levantó la vista, tímida.

—No sé si puedo.

—Claro que puedes. Yo soy Henry.

—Clarita—susurró ella.

Lila los miró con ternura.

—Parece que nuestro hijo ha encontrado una amiga.

Beau le pasó un brazo por la cintura.

—Y parece que tú no puedes dejar de emocionarte—le dijo, besándole la sien.

En la zona del lago artificial, Rhett y Dylan se ajustaban los arneses para la escalada. El adolescente, alto, moreno y fuerte, miraba la pared con decisión.

—¿Listo, jefe? —bromeó.

—No me llames jefe, que me haces viejo.

—Ídolo entonces—replicó Dylan, y ambos rieron.

—Si me ganas, hay sorpresa—dijo Rhett, guiñándole un ojo.

—¿En serio?

—En serio. Pero solo si no me haces quedar mal delante de Michelle.

La competencia comenzó entre risas, y pronto los niños formaron un círculo alentando a ambos.

Rhett, con los antebrazos tensos y la respiración entrecortada, alcanzó la cima segundos después de Dylan.

El chico lo miró, jadeante, y ambos levantaron las manos en señal de empate.

—¿Qué hay para mí? ¿Dulces, algún libro?

—Una beca completa para que estudies lo que desees en la Universidad que elijas—dijo Rhett.

—¿Qué?

El rostro del más grande de los huérfanos era una muestra de asombro y confusión.

—Bajemos—dijo Rhett, y en segundos, merced a rebotes, estuvieron en tierra.

Michelle vino a su lado y le abrazó, y también se acercaron Mae y Thelma, por un lado, y Horace y Eleanor por otro.

—¿Le dijiste?—preguntó Michelle, y Rhett asintió.

—Michi, es… ¿Tu lo sabías?

—Sí, y apenas pude contenerme de contarte.

Lo abrazó.

Él muchacho movía la cabeza, incrédulo.

—Es cierto, Dylan. La familia de Rhett estableció becas de estudio para todos. Puedes comenzar a soñar—dijo Michelle, y lo abrazó.

Este tenía lágrimas en los ojos.

—Dy, ¿qué ocurre?—gritó Sam, el hermano menor, que apareció como un acorazado con algodón de azúcar en la mano—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy contento. Voy a ir a estudiar.

—¿De verdad? ¡Pero qué aburrido!

Hubo risas y chicanas.

—Jovencito, no creas que te vas a escapar de eso—dijo Thelma, y Sam rodó los ojos.

—¿Eso va a ser posible para todos?—susurró Aisha, que se colocó al lado de Michelle, y esta asintió y se arrodilló a su lado.

—Sí, cariño. ¿Ves que te dije que si te esforzabas con tus tareas esto tendría su recompensa?

—No te creí—dijo la niña, con una sonrisa—. Pero ahora sí.

Rhett estaba conmovido. Había sido Michelle la que trabajó con Harrison para establecer prioridades, y la futura educación de los huérfanos estuvo en los primeros lugares.

Era extraordinaria, perfecta, suya.

A su lado se colocó su hermana Eliza.

—Muy bien, Rhett. Esto fue mejor de lo esperado. ¿Estás feliz?

—Lo estoy.

—Bien por ti. Confieso que me tienes que no me lo creo.

—Ah, ya verás, cuando te llegue el turno.

—Vade retro.

Rhett soltó la carcajada.

En una de las mesas bajo las sombrillas, Daphne charlaba con Mae y Thelma.

—El proyecto para ampliar Casa Magnolia está aprobado—dijo, revisando unos papeles—. Kingship ya donó el terreno contiguo.

—¿Más habitaciones? —preguntó Mae.

—Y un taller de música y otro de carpintería—añadió Daphne —. Michelle lo sugirió como un modo de que los niños descubran lo que les gusta.

Thelma, emocionada, se secó una lágrima.

—Ella nació para esto. Lo lleva en la sangre, el cuidar. Y ustedes el dar.

Daphne negó, seria.

—Es devolución.

A media tarde, Rhett la buscó entre la multitud. La encontró observando a Henry y Clarita subirse juntos a una montaña rusa infantil. Los gritos se mezclaban con la música y el olor dulzón del caramelo.

Se acercó despacio, la abrazó desde atrás, apoyando el mentón en su hombro.

—Esto es… impagable. Disfruto ver cómo se entusiasman con cada sorpresa. Es distinto, muy distinto… Cuando se tiene casi todo, la capacidad de asombro disminuye. La maravilla en esos ojitos… No tiene precio—dijo él.

Michelle entrelazó sus dedos con los suyos.

—Me encanta que lo entiendas.

El día terminó con un desfile de luces y música. Los niños bailaban, los adultos reían, y el cielo se llenaba de fuegos artificiales. Rhett, con un brazo alrededor de Michelle, la miró en silencio.

—¿Sabes? —dijo, apenas audible—. Cerramos este parque solo por un día, pero ellos lo recordarán toda la vida.

—Y yo también—susurró ella.

—¿Por qué?

—Porque hoy lo acepté. El amor se alimenta de promesas. Pero lo construye la acción, los hechos. Viene con risas, con niños felices. Gracias por esto.

—Haría lo que fuese por ti. Gracias por elegirme por segunda vez.

Ella lo besó, suave.

El último estallido de luces pintó el cielo de dorado. Henry giró y corrió hacia ellos.

—¡Rhett, mira! ¡Parecen estrellas!

Él lo alzó en brazos, riendo.

—Sí, campeón. Pero las de verdad están aquí abajo.

Michelle apoyó la cabeza en su hombro. A su alrededor, la vida seguía, vibrante y luminosa.

Casa Magnolia tendría más habitaciones, más niños, más futuro. Y su corazón, por fin, estaba lleno.

La próxima es la historia de Eliza, no te la pierdas. Reserva aquí: https://rxe.me/9VM41B

FIN

NOVEDADES



El capricho de la millonaria:

rxe.me/9VM41B

Una millonaria caprichosa, y un hombre que no se arrodilla ante nadie. Opuestos que se atraen como magnetos. Un romance fogoso

Eliza Montgomery es la socialité por excelencia. Su don de gentes y su estilo son proverbiales, y las referencias a sus apariciones públicas son cosa de todos los días en la prensa. Un pelín vana, mucho acostumbrada a brillar y a conseguir lo que quiere a nivel material y con la gente que la rodea, se siente... ¿Sola? ¿Vacía? Algo así.

Cuando un hombre ajeno a Georgia, impregnado de ideas que ella defenestra, se para en su camino y se niega a inclinarse ante sus deseos, el conflicto... (y el romance) están servidos.

Gary Superville no se arrodilla ante nadie, y menos ante una caprichosa heredera que juega a la beneficencia y cree que su

tiempo y su vida no valen. Esa mujercita tendrá una decepción servida en bandeja... Entre otras cosas.